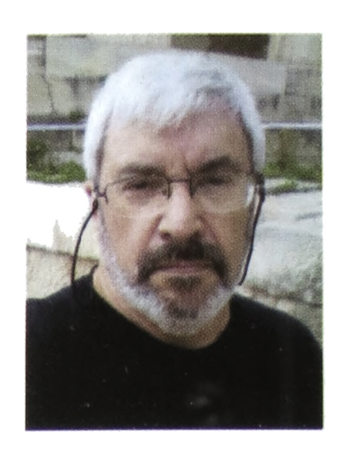
la calle de los árboles secos

novela



Mauro Barboza

RUMBO EDITORIAL



Mauro Barboza es uruguayo, nacido en Rivera pero naturalizado montevideano.
Ha sido Director de Liceo y Profesor de Literatura, es aficionado a la literatura española del Siglo de Oro, a la novela del Siglo XIX y al ajedrez.
Ha publicado dos libros de narrativa: *Las Trampas del Tiempo* (Cuentos, 2007) y *El Caballero, la Dama y el Arcipreste* (Nouvelle, 2010), ambas muy bien recibidas por los lectores, además de varios ensayos dados a conocer en revistas, manuales y páginas de Internet, sobre Bocaccio, Cervantes, Arthur Clarke (2001, Odisea del Espacio) y Ciencia Ficción.

La calle de los árboles secos

ISBN: 978-9974-734-29-6

Tel. 23360565 - 094 392 773
rumboeditorial@gmail.com
Montevideo - Uruguay

Foto de tapa: Gimena Barboza
gimena@keyproducciones.com.uy

La calle de los árboles secos

Mauro Barboza

A mis hijas Mariana, Gimena y Serrana,
por la esperanza y la alegría.

Más que comunes y corrientes

Historias de seres comunes: cuidacoches, pequeños comerciantes, estudiantes, profesores, madres e hijas explotadas por el mismo hombre, algún ministro... personajes de una ciudad en lucha por la supervivencia, con muchas bajezas y escasos heroísmos. Dilemas morales, atracciones socialmente reprobadas pero íntimamente irrefrenables, forman parte de un realismo crudo donde los restos de dignidad solo laten en los seres más desprotegidos.

Las menciones locales: a Dieciocho, al Hospital Maciel, a algún otro identificador de Montevideo, no disipan la universalidad de las situaciones, antes bien, las enfatizan.

"Los justos, las mujeres embarazadas, los cansados laburantes, los niños, los ancianos, todos ellos duermen y esperan." afirma sintética y reflexivamente el narrador: *"esperan por el nuevo día que traerá lo suyo, para unos mejor que para otros, pero todos aguardan algo, sueñan quizás, desean, se refugian en su lugar del mundo, el único posible."*

Con abundante lenguaje coloquial, absolutamente creíble y bien manejado, Barboza ha creado una de las más entrañables y cercanas entregas de la última narrativa uruguaya.

Son nuestros corazones que andan por las calles, nuestros conflictos, incertidumbres, debilidades y pobrezas. Que el espejo presente imágenes por momentos desagradables, no parece achacable al autor.

Despojados de la moralina y la hipocresía, desnudados magistralmente en su carnadura más humana, estos sobrevivientes se parecen peligrosamente a nosotros.

Prof. Lauro Marauda

Prólogo

Principio de los años noventa. Un barrio de Montevideo, personajes reconocibles, queribles en su mayoría. Todos ellos provienen de la cantera inagotable de tipos humanos que se podían recoger entonces a poco que se detuviera alguien a mirar a su alrededor. Las personas que vemos en la novela recorren una calle indeterminada, se detienen un momento a conversar con algún conocido, se suben a un ómnibus o entran en un negocio cualquiera a hacer sus compras, pero se advertirá una diferencia fundamental entre esas gentes y las que podemos ver hoy en circunstancias similares: la ausencia casi total de aparatos celulares, muy incipientes por entonces. Los personajes no se comportan como autómatas, siempre pendientes de la cajita de vidrio y circuitos electrónicos que se ha apoderado de sus vidas. Y dentro de sus casas tampoco existía prácticamente esa otra omnipresencia mediadora con el universo que es la computadora, el ordenador, o como quieran llamarle. Era una época de transición, un mundo en retirada, pero allí se daban las manifestaciones multiformes de la vida, de muchas vidas, de muchas historias. Que quede claro, esa precisión histórica es impres-

cindible. No se entendería ese mundo sin su tiempo y su circunstancia.

El autor no ha querido reflejar exactamente, punto por punto, la vida y las historias recogidas en la calle. Muchos de los seres que transcurren en sus páginas se inspiran en personas reales, pero sus historias son literarias, han sido modificadas, enriquecidas o envilecidas, dramatizadas, completadas, "redondeadas" de alguna manera en busca de esa otra manifestación de la inmanencia, la del arte y la escritura, que crea su propio espacio, su propio marco, su propia verdad. El parecido con la realidad no es casual, pero dista mucho de ser exacto. Se diría que en manos del autor las personas que lo inspiran han cobrado vida propia, a la manera de una pintura expresionista.

En el universo que intentamos acercar al lector los personajes sufren o son felices, o ambas cosas, o ninguna, pero están vivos, y eso es lo mejor que podía pasarles, aunque entonces todavía no lo sabían, no lo sabíamos.

Un mundo próximo, remoto, querible, no sé si mejor –¿quién tiene derecho a afirmar algo así?– pero un poco más humano, seguro.

M.B.

1

Los grandes edificios se recortaban impasibles sobre un horizonte gris, flemático. Figuras encorvadas, agobiadas, protegidas a medias por exiguos e inútiles paraguas regresaban a sus hogares y poco a poco en los enormes bloques oscuros se iban abriendo los ojos de la ciudad.

El *Papi* sacó su colchón del balcón de la casa deshabitada y lo llevó a la esquina, allí donde la saliente del piso superior de un edificio cortado en ochava le proporcionaba un lugar a cubierto para pasar la noche. Cubierto a medias, porque una llovizna obstinada empujada por el viento que barría la calle lo había mantenido húmedo y malhumorado todo el día. Pero ese era el mal menor, algo que podía remediar aceptablemente con cartones y bolsas de plástico. Lo peor era que con aquel tiempito no había podido hacerse de unos pesos extras por lavar autos, su principal ingreso. Cobraba la mitad que cualquier lavadero y con eso se había agenciado de algunos clientes; bastaba con un par de lavados al día para hacerse de una módica "fortuna" suficiente para el vino, los fasos y alguna extra, entiéndase una milanesa al pan o una torta de fiambre. Pero ese día no había tenido suerte, claro, ¿quién iba a mandar lavar el auto con esa lluvia y ese vien-

to? Se consoló pensando que al día siguiente quizás los dueños necesitarían con cierta urgencia que les limpiaran las carrocerías de todo aquel desecho de hojas de árboles y salpicaduras de lodo. Trabajo más duro, pero ganancia segura. Y si fueran más de dos los autos podría llamar a su amigo el *Moncho* o algún otro y pagarle unos pesos para que lo ayudara. Aquello le gustaba, le daba poder, había que verlo cuando le decía a su ayudante ocasional: –¡limpiame bien ahí, ese guardabarro, los clientes tienen que quedar satisfechos, o *se me van* al lavadero de la otra cuadra!–, y se quedaba sacudiendo la cabeza como rezongando de la indolencia de su "empleado" que favorecía a "la competencia". Pero eso sería mañana, con suerte; ahora mismo lo esperaba una noche rigurosa. Se consolaba pensando que "no hay mal que por bien no venga", y que la miseria de hoy podía ser abundancia mañana. Y si la recaudación fuera buena podría mostrarse generoso con la barra de marginales que se reunía alrededor de un fueguito frente a la casa desocupada. Pensar en esa casa lo distrajo de sus sueños de prosperidad. ¡Qué desperdicio tenerla allí, abandonada, pudriéndose, en vez de permitir que la ocupara la gente necesitada como ellos! Los motivos que podían tener los dueños para clausurar la casa con bloques, tablas y vigas de hierro se le escapaban, lo atribuía vagamente al egoísmo de aquella gente. Se revisó los bolsillos y encontró unas pocas monedas, las que había recolectado entre los dueños de la media docena

escasa de autos que estacionaron ese día en la cuadra. Los había espantado seguramente el temor de que les cayera encima una rama, algo muy común en esa calle ornada con paraísos y jacarandás, árboles de madera dura pero que por eso mismo se rajaban en vez de hamacarse, como los plátanos. Tendría que hocicar y acercarse a la rotisería del gordo, a ver si le tiraba con alguna sobra. Y si no, se iría "a la cama" con el estómago vacío, estaba acostumbrado. Las monedas locas que tintineaban en su bolsillo ya tenían su destino prefijado. A la mañana, apenas abriera, se presentaría en la carnicería del vasco y se compraría su sempiterna botellita de vino suelto. Ese era siempre su desayuno. Le ayudaba a combatir el frío matutino y a cobrar fuerzas. Le importaba poco la mirada desdeñosa del vasco, su rictus despectivo, ¡bien que se embolsaba sus reales!

El gordo estaba de buen humor aquella noche, casi no le había sobrado comida y la caja registradora estaba llena. Eso lo hacía ser generoso. Por el contrario, cuando le iba mal y se veía con la estantería abarrotada de mercadería que no había podido colocar se ponía con un humor de perros y más valía ni acercarse a la rotisería. Todo un contrasentido: cuanto más le sobraba, menos daba. Cuando vio al Papi, al que tenía prohibido ingresar cuando había clientes, echó una ojeada a la vitrina y exclamó:

–¡Tenés suerte, Papi, me quedaron unas alitas de pollo al horno y unas papas, hoy vas a comer como un rey!

Metió lo mencionado en una bandeja y se lo extendió por encima del mostrador.

–¡Eso sí, eh, cuidame el negocio! ¡La otra noche me cortaron un candado y doblaron una punta de la cortina, menos mal que mi hermana que volvía tarde, como siempre, los vio y les pegó el grito! ¡Se fueron corriendo, lástima que no me avisó a mí primero, les hubiera abierto la cabeza con un fierro a esos chorros faloperos!

El Papi mostró los dientes amarillos y negros, escasos, en una media sonrisa.

–Yo estaba internado –aclaró–. Me agarró una "hipotermia", dijo el médico, y me vino taquicardia. Pero hoy estoy bien, no te preocupes, estando yo nadie se anima a robar en la cuadra, ¡y a mano limpia eh, no necesito armas ni nada!

Esa era la historia de su vida, sobre todo en invierno. Entraba y salía de los hospitales. Su historia clínica en el Maciel ocupaba varias páginas. Cuando no era un minicoma alcohólico, era una taquicardia, o las várices sangrantes de sus piernas escuálidas y nudosas, y ni hablemos de los episodios gastrointestinales que lo mantenían en vilo, a él y a todo el barrio.

–Sí, me enteré, pero ahora estás bien, ¿no? ¡Y no te preocupes por tu salud, a vos no te quiere ni la Parca!

Le dio un manotazo en la espalda, un gesto que quiso ser de camaradería y agregó:

–¡Agarrá de ahí, ayudame a bajar la cortina! ¡Y mañana vení a eso de las tres y te doy un pedazo de torta con merengue, de esas que te gustan a vos, si me queda, claro!

Al Papi no le gustaba el gordo. Le molestaba que lo "botijeara", que le diera órdenes, que le tirara la comida como a un perro, y tenía que aguantar todo eso por una limosna con la cual ni siquiera podía contar de antemano. "Pero algo es algo", se decía; a él no le convenía llevarse mal con nadie, y aceptaba resignadamente y hasta con una sonrisa el mandoneo y las bromas groseras. Volvió a la esquina, se sentó en el colchón y se puso a comer. Tomaba grandes bocados que tragaba casi sin masticar, tarea que le hubiera costado mucho trabajo. ¿Se pensaría el gordo que iba a estar toda la noche despierto por él? Era distinto cuando venían sus amigos y se reunían alrededor del "fogón", una lata en la cual quemaban lo que tuvieran a mano. Ahí se estaban casi toda la noche. Repartían la comida, la bebida y se quedaban farreando hasta la madrugada, a veces, soportando las quejas de algún vecino fastidioso que exigía a gritos que se callaran. ¡Y cuando aparecía la policía chitón! A hacerse los buenitos y esperar que se fueran, era jodido pasar la noche en el calabozo, era más duro y más frío que la misma calle, sin hablar del hambre y la abstinencia forzada. Pero esa noche sus ami-

gos no vendrían. La lluvia los había ahuyentado, la mayoría se habría ido a algún refugio, ¡los flojos de mierda!, no tenían aguante, no eran como él, al que nada lo movía de allí, día tras día, noche tras noche. Ya ni se acordaba cómo era el mundo, ni la ciudad, aquella calle constituía su vida...

2

El gordo cruzó la calle y entró a su casa, la que compartía con su madre, una hermana y un hijo pequeño de esta última. Como de costumbre tiró el paquete de comida sobre la mesa, se fue directo al baño y llamó a gritos a su madre. La aludida dejó de mala gana el televisor en el cual una morocha veterana, entrada en carnes y un tanto monstruosa y una especie de duende con galera y levita verde y un ridículo bigotito se desgañitaban insultándose con una rubia tetona, obviamente rediseñada y medio desnuda, detrás de la cual se escudaba un joven bailarín con aire de virgen ofendida.

–¡Ya estás prendida con esas mariconadas! ¡Hacé algo útil, querés y traeme una toalla!

Se bañó y secó sin dejar de despotricar un momento contra todo, en especial contra esa manga de bichicomes que circulaban por el barrio y pasaban frente a la rotisería mirando las vidrieras con aire de perros apaleados, esperando dar lástima. Y también contra su hermana, que seguramente andaba de puta por ahí, y ni siquiera ganaba nada con eso, que seguía dependiendo de él para comer y para tener un techo, todo esto mientras el chico, de unos tres o cuatro años, su sobrino, escuchaba desde la cucheta

que compartía con su madre en el ínfimo cuartito del fondo. La madre del gordo lo oía rezongar como si oyera llover, indiferente, acostumbrada, vencida.

–¿Vas a salir? –fue su única respuesta a toda la diatriba.

–¡Claro! –respondió él–. ¡No me voy a quedar encerrado aquí, me enfermaría! –y siguió despotricando contra la televisión, contra la pasividad de su madre, contra la inseguridad pública, contra los inspectores del gobierno, contra todo. Un rato después reapareció con una camisa colorida y semi abierta, una pulsera en un brazo, una muñequera en el otro y un collar con una cruz colgando sobre el pecho. Se perfumó profusamente, se echó una campera sobre los hombros, dio un portazo y salió, para alivio de su madre que suspiró ruidosamente.

Desde el cuartito del fondo se escuchó la voz del niño que preguntaba:

–¿Abuela, por qué está enojado el tío?

–El tío siempre está enojado, no le hagas caso.

–¿Puedo ir contigo? Tengo ganas de llorar...

–Sí, podés venir. Deberías estar durmiendo pero en fin, vení acá... – lo abrazó tiernamente y le canturreó una vieja canción infantil que había aprendido de memoria en su ya difusa infancia, algo así como "Al viejo hospital de los muñecos/ llegó un día Pinocho malherido/..." mientras en la televisión toda aquella galería de seres ridículos y vulgares seguían discutiendo, insultando y exhibiéndo-

se en algo parecido a un baile, con mucho erotismo y muy poco arte. Con pesar tomó el control remoto y bajó el volumen. Aquel programa no sólo la distraía, además era motivo y tema de conversación al día siguiente con las obreras y empleadas que concurrían a mediodía a la rotisería, hora en que ella se encargaba de atender a los clientes, antes de volver a su casa para ocuparse de las tareas y cuidar a su nieto. De hecho era su única ventana al mundo fuera del negocio y de aquel purgatorio que llamaba "hogar", y mientras mecía suavemente al niño se fueron quedando dormidos, abrazados, confortados el uno en el otro.

3

El joven de largo cabello renegrido y piel muy blanca, bajito, rostro claro, de líneas agraciadas, tomó el estuche con la guitarra y salió al pasillo del cuarto piso. Se dirigía a un Taller de Música Popular donde había ido a dar esperando desarrollar las condiciones que suponía algún día le permitirían triunfar como músico. Ya había estudiado música clásica, pero no había obtenido los resultados que soñaba. Su habilidad, que para muchos, sus amigos y conocidos sobre todo, era exquisita, para otros en cambio, los serios y formales jurados de los concursos oficiales no era suficiente para asegurarle un lugar ni en la Orquesta Sinfónica del SODRE, ni en la Sinfónica Municipal. "Está cerca" le habían dicho, "pero aún debe estudiar y trabajar más su técnica". ¿Estudiar más, trabajar más? ¡Cómo si hiciera otra cosa! Prácticamente había abandonado sus estudios para dedicarse por entero a la música, su pasión.

Ya en la planta baja se cruzó con las muchachas del apartamento 02, la una rubia y la otra morocha, ambas hermosas y provocativamente vestidas, que volvían de una larga noche oliendo a alcohol y a sexo, alegres y desafiantes sobre altísimos tacones. Las miró con indiferencia

y advirtió que también lo hacía la veterana del apto.01, que salía a hacer los mandados, pero en su rostro mordían la admiración y la envidia. Era esta una mujer de unos cuarenta años, aunque representaba algunos más, muy pintarrajeada, pelo furiosamente teñido de colorado, cuya pollera escandalosamente corta descubría unas piernas flacas y que muy pocos considerarían atractivas. Hubo una época en que solía traer a su apartamento muchachos jóvenes, que se retiraban temprano, cuando ella se iba a trabajar, hasta que uno de ellos, conocido como "el Kito", se había quedado, un poco de prepo, y hacía ya unos meses que vivía con ella y con su hija. Se rumoreaba que la mujer tenía un buen empleo en la Intendencia, obtenido gracias a los generosos favores otorgados en otro tiempo a cierto jerarca que sería el padre de su hija.

Coincidió también en el hall del edificio la mujer del segundo piso, hija de un militar, quien al igual que su padre trabajaba en alguna dependencia del Ejército y tenía un marido ingeniero, al cual llevaba y traía con una correa invisible. La mujer, conservadoramente vestida, miró con desaprobación a todos, a las cortesanas, al músico y a la veterana, hizo una mueca de desprecio y haciendo caso omiso de las risitas de las dos sensuales mujeres salió a la calle con aire altanero, empujando la puerta con irritación. Cada uno siguió su camino. La jornada empezaba para algunos, terminaba para otros. Vidas distintas, nunca paralelas, en las cuales las frustraciones, los resen-

timientos, el simple placer sin mañana difícilmente dejaban resquicios para sentimientos más positivos.

El joven caminó unas cuadras hasta el taller. Saludó y se sentó empuñando el instrumento, bajo la mirada displicente de un hombre desgreñado, de edad indefinida, que aparentaba andar cerca de los cincuenta, pero seguro no tendría más de treinta y pico. "Dame un cigarro" fue lo primero que le espetó, y luego, como recordando algo, casi con desprecio. –Ah, cierto, vos sos de esos que no fuman... Bueno, es igual, vamos a ver si aprendiste algo... Tocá ese tema de Mateo, el que vimos ayer, ¿ensayaste, no? –No contestó, simplemente dejó correr sus dedos por las cuerdas arrancando extraños arpegios, sonidos que a él le parecían inarmónicos, casi imposibles de reproducir, pero al otro en cambio le hacían poner los ojos en blanco cuando era él mismo quien los ejecutaba, en esos momentos parecía trepar a las cumbres del éxtasis. Fabián dudaba del valor de esos ejercicios, pero su propia dificultad de alguna manera lo desafiaba, sabía que si podía "sacar" esos temas, podría hacer cualquier cosa en el futuro, por compleja y exquisita que fuera. Futuro, futuro, maldita palabra que daba vueltas en su cabeza todo el día, y que nadie, ni en su familia ni fuera de ella le permitían olvidar. Pero él había perdido todo interés en sus estudios de bachillerato, estaba jugado a la música. A todo esto la mirada de su preceptor era por momentos neutra, en otros afectaba una mueca de desaprobación cercana a la

burla, pero también advertía algún que otro gesto de conformidad que lo alentaba, un suave balanceo de cabeza que quizás significara "y bueno, no está tan mal después de todo". Decidió ocuparse de lo suyo sin dar importancia a su dómine, y siguió acariciando las cuerdas, la cabeza inclinada sobre la guitarra, el largo cabello renegrido cayéndole sobre la cara.

4

El profesor regresó a su departamente del piso cuarto tarde en la noche. Las clases del nocturno le agotaban, pero le producían la satisfacción de encontrar en los alumnos, en la mayoría de ellos, una respuesta respetuosa, atenta, y poder ejercitar al máximo las dotes actorales que, estaba convencido, eran la parte de su tarea que mayor influencia tenía sobre los estudiantes. "El profesor es un seductor" le había dicho su docente de didáctica en el Instituto de Profesores, pocos años atrás. Esto había sido entusiastamente convalidado por algunas de sus compañeras de clase, que en reuniones sociales, de las que abundaban en su época de estudiante, reconocían haber estado enamoradas de alguno de sus profesores, y más de una, con desparpajo, contaba sus amores y aventuras. Una había salido con su profesor de Filosofía; otra había hecho lo mismo con su profesor de Derecho en sexto año, y algunas más habían estado enamoradas en secreto, sin esperanzas. Él se decía a sí mismo que eso no debía ocurrir, que estaba mal, y siempre se había planteado que sería inconmovible ante los avances y sugerencias de sus alumnas, las desenvueltas chicas del nocturno. Pero esta vez titubeaba. Ana María, la escultural alumna de quinto

humanístico con la cual se "ratoneaba" la clase entera y la mayoría de los profesores, según confesiones hechas en los habituales corros masculinos, lo había esperado a la salida y le había buscado conversación con el pretexto de pedirle bibliografía, y algún repartido para ir acumulando material para el examen, e incluso le confesó que una vez que terminara el bachillerato estaba dudando entre estudiar literatura en el Instituto de Profesores o entrar a la Facultad de Psicología, y que podría necesitar su ayuda para decidirse. Pudo entonces advertir que ella lo miraba fijamente, como buscando una señal, un interés quizás, en la penumbra de la calle arbolada que conducía a la parada de ómnibus.

"¿Qué quiere conmigo este pedazo de hembra descomunal?" no pudo menos que preguntarse, atónito. "Bastaría una caída de ojos para que se desplomen a sus pies ejecutivos, profesionales, políticos, quien ella quiera". Y además de esa incredulidad natural, estaba su estado civil: se había casado poco tiempo atrás y su joven, delicada y linda esposa– nada que ver con aquella mina con cuerpo de *vedette*– estaba embarazada, aguardando su primer hijo o hija. Se dio cuenta de que le sudaba el cuello pese a que la noche estaba fresca y le temblaban las manos cuando contó las monedas para pagar el viaje. Agradeció haber dejado su viejo auto por razones de ahorro. El ómnibus le brindaría un tiempo valioso para ordenar sus pensamientos y controlar sus nervios. ¡Qué mala suerte! ¿Por qué no

se le había presentado aquella oportunidad cuando aún era soltero; por qué justo ahora que había decidido formar una familia como extensión natural de su vida?

Le prometió traerle algún material y bibliografía para la próxima clase, y se escurrió hacia la parada. No se la pudo sacar de la cabeza en todo el trayecto. Miraba hacia el exterior oscuro, salpicado acá y allá por retazos de luz. No quería que lo distrajera la gente que subía y bajaba, gente que entraba y salía de su vida mecánicamente, sin antes ni después. El ómnibus hendía las sombras silenciosas; la ventanilla era azotada por un vendaval de hojas que pasaban a centímetros de su cara, del otro lado del vidrio. No les prestaba atención, ni siquiera pestañeaba. Su mente estaba ocupada por una geometría inquietante de razonamientos, emociones e imágenes libidinosas que giraban vertiginosamente. Con dificultad encontraba la punta de una madeja y tiraba de la misma extrayendo una idea, un hilo conductor. ¿Se estaba haciendo expectativas exageradas quizás? No sería la primera vez. Sin embargo a él le había parecido una insinuación casi descarada. Y si estuviera en lo cierto, ¿dejaría pasar una oportunidad como aquella obligado por códigos morales, o tomaría la oportunidad por las astas, resueltamente, como esas cosas que da la vida y que no hay que andar preguntándose por qué y menos aún por qué a mí y qué pasará mañana? Le vinieron a la cabeza las desinhibidas afirmaciones de Sofía, a quien conociera en el Instituto, amistad prolongada

luego en talleres literarios, quien proclamaba a viva voz que "la fidelidad no existe. Es una imposición cultural, grosera y violatoria de la naturaleza de hombres y mujeres", y que solía unir el dicho al hecho. Recordaba que en una alegre reunión del grupo, acompañada como siempre por generosas libaciones alcohólicas, había tomado de la mano uno de los contertulios, un rubiecito lindo, simpático, con un sofisticado bigotito, y lo había conducido al dormitorio del escueto apartamento, donde le había practicado una salvaje *fellatio*; bueno, eso es lo que habían sospechado todos, porque poco después reaparecían con expresión satisfecha, sin dar muestras de haberse quitado la ropa. Sin disimular nada tomó ella un vaso de *caipiriña*, caña con hielo, limón y azúcar, y tras hacer una especie de gárgara bebió dos o tres tragos de una sentada. Se preguntaba por qué nunca le había tocado a él, ya que Sofía parecía dispuesta a hacer una suerte de censo de la población masculina del instituto. No era por un problema de atractivo, porque en verdad ella no le hacía ascos a nadie ni a nada. ¿Tenía miedo de tomarlo demasiado en serio, quizás? Alguna vez le preguntaría, si tenía la oportunidad... El sexo había sido quizás el principal componente de aquellas sesiones, de aquella amistad generada en grupos de condiscípulos y la literatura, la estética, la política, el fútbol, y todos los demás temas que eran tratados en profundas, eruditas y hasta "espirituales" polémicas, no parecían a veces más que excusas para el encuentro y

la satisfacción de necesidades mucho más carnales. Estas disgresiones lo distrajeron un poco. Todo eso pertenecía a un pasado no muy lejano pero que creía haber dejado atrás. Ahora estaba en otra etapa de su vida. ¡Y de repente esto! Ingresó a su departamento, cansado, recordando que debía levantarse temprano al día siguiente para concurrir a su otro trabajo. Sólo con las clases no podían subsistir, al menos por el momento. Se fue directo a la cocina y bebió un vaso de agua helada, como si quisiera descubrir en ese trago largo y hondo, presente puro, el sentido mismo de la vida. "Como Don Zoilo, lo que me falta ahora es echarme la soga al cuello..."– se dijo. Pero su voluntad de mantenerse al margen de ciertos pensamientos flaqueaba y se diluía rápidamente. No podía apartar la imagen de Ana María que volvía obstinadamente a merodear en su cabeza. ¿En qué diablos se estaba metiendo? Se desnudó y se introdujo en la cama, silenciosamente. Abrazó a su esposa que instintivamente se arrinconó contra él, y se quedó quieto, callado, disfrutando el cálido contacto, intentando no pensar en nada.

5

El Papi se sentía bien esa mañana. No llovía, el viento había amainado bastante y tenía cien pesos en el bolsillo que había ganado en las últimas horas. No le faltaba nada. Se recostó a la pared, puso un pie sobre la misma y empezó a armar un cigarrillo. Nada de drogas, las rechazaba, eran muy malas. Él veía muchas cosas en la calle, sobre todo de noche, y había visto los estragos que hacía esa cosa en la gente, más que nada en muchachos jóvenes, que andaban de acá para allá, perdidos, desgreñados, flacos como galgos, robándole a los vecinos, y todo por la maldita droga. Había visto a más de uno boqueando, medio muerto, en medio de un charco de orín y vómito, levantado por las ambulancias en plena noche, que luego partían con destino incierto. Algunos volvían a aparecer; de otros nunca más se tenía noticias. Eso no le pasaría a él, no renunciaba a hacer su voluntad en todo, estar en la calle era una elección, no una imposición, y nada, menos aun las drogas podían apoderarse de su vida. Obviamente el alcohol no entraba en esta limitación, era algo que estaba integrado a su persona, era tan natural como respirar.

Echó la primera pitada y dejó vagar su mirada por la calle arbolada. Media docena de autos estacionados:

por allí podía sacar algo más de propina. Gente que iba y venía. Algunos se detenían en la rotisería del gordo, otros seguían de largo, cada uno preocupado por sus propios asuntos. Pasó el profesor que saludó amigablemente. Era buen tipo, siempre saludaba, le hablaba bien, pero dejaba poca propina, aunque eso era comprensible. Tenía un auto viejo y era profesor, y todos decían que los profesores ganaban una miseria. Pasó la petisa, la mujer del ingeniero, esa ni lo miraba, aunque lo registraba: siempre ponía cara de asco cuando pasaba a su lado. El marido tenía flor de auto, y él se lo cuidaba, como a todos, pero únicamente le daba propina cuando estaba solo, cuando estaba con su mujer miraba para otro lado, se hacía el sota. "¡Pobre tipo, la mujer lo tiene abajo de las patas!" pensaba el Papi y se ponía ufano de que a él nadie lo mandoneaba ni le decía lo que tenía que hacer. En cuanto a eso de tener mujer, bueno, había tenido una tiempo atrás, ya casi ni recordaba cuánto tiempo antes, veinticinco años quizás, o más. Pero un día desapareció, simplemente se fue, como todo en su vida. Después durante unos años había ido a un quilombo, eso ocurría cuando todavía trabajaba en la barraca. De ese trabajo duro y maloliente le habían quedado callos en las manos, várices en las piernas y un dolor persistente en la columna. Hasta que lo había dejado, o lo habían echado, ambas cosas se confundían en su memoria. Se había acostumbrado a vivir en la calle, y su presencia ya no era aceptaba en los quilombos. Hasta

cuando tenía unos pesos en el bolsillo no le permitían pasar de la puerta, se limitaban a mostrarle un cartel: "La casa se reserva el derecho de admisión", ¡y afuera! Así que también se había olvidado de lo que significaba tener sexo con una mujer de verdad. De vez en cuando recurría a la autocomplacencia y se quedaba de lo más contento por la plata que había ahorrado. Pensaba en que se acercaba el verano, ya estaba ahí. Esa era su mejor época, la de todos ellos, la época en que no le pesaba estar en la calle, más bien era una bendición comparada con la vida de toda esa gente que vivía recluída entre paredes, en esos gigantescos gallineros que eran los edificios de apartamentos.

–¿Qué hacés Papi?– le gritó jovialmente un hombre que pasaba todos los días con una valijita de herramientas rumbo al taller.

–Aquí me ve, vecino, trabajando– contestó el Papi sin que se le moviera un músculo.

El joven se alejó riendo y todavía se lo oyó gritar:

–¡Conseguite una silla, que te vas a cansar!

El Papi se encogió de hombros, no valía la pena contestar. Algunos no entendían la importancia de su trabajo. Gracias a él muchas personas podían quedarse tranquilamente en su oficina, o en el living de su casa, sin estar temblando por lo que pudiera pasarle a su auto. Y reafirmando esta idea paseó una mirada fiera por la calle, controlando sus dominios.

6

Gladys, la "veterana vestida de pebeta", como la llamaban en el barrio, bajó del ómnibus, estiró la minifalda sobre sus piernas flacas y comenzó a caminar hacia su apartamento. Antes de llegar se detuvo en el almacén, compró unas verduras, fiambre y pan.

–¿Algo más, vecina, no va a llevar un refresco?– le preguntó el dueño del almacén, un veterano de piel cetrina, canoso, de modales untuosos.

–No, hoy no, todavía tengo el que llevé ayer– mintió. La verdad es que apenas le alcanzaba la plata para una modesta cena, y todavía tenía que pensar en guardar dinero para el ómnibus del día siguiente, suyo y de su hija, que andaba buscando empleo y tenía que ir hasta la Ciudad Vieja para una entrevista. "¡Ojalá consiga algo– pensaba–, no aguanto más!".

–¿Tiene papas, don Santiago?– preguntó, pensando en ampliar un poco la cena con unas papas hervidas, "con un huevo duro rallado quedan muy bien y llenan bastante", se dijo.

–¡Pah, no, recién se terminaron señora, mañana me traen! ¡Pero mire, estos boniatos están muy buenos!

La vieja historia: "mañana me traen, mañana me traen" pensó remedando el tonito del almacenero. "Una vuelve mañana y tampoco hay y termina llevando algo que no vino a buscar. Y bueno, hoy se tendrán que conformar con fideos y unos refuerzos...".

Cuando abrió la puerta sintió unos ruidos y voces apagadas, aunque encrespadas, que no identificó al momento de dónde provenían. Instintivamente gritó:

–¡Hola! ¿Qué está pasando ahí, quién es?

Al momento cesaron los ruidos. Solo se oyó algo como un sollozo sofocado, y vio salir del cuarto de su hija a su propio novio, el Kito, un muchachón de unos veinte y pocos años, con su cara de ratón contraída, cejijunto, agitado, quien la miraba con una mezcla de irritación y desafío.

–¡Ah, ya volviste! Estaba dándole unos consejos a tu hija, esa muchacha está muy deprimida, necesita hacer algo con su vida...

Gladys no contestó. Presa de un súbito presentimiento se precipitó en el cuarto de su hija, una pequeña habitación con un vetanuco hacia el patiecito del fondo. Su hija sollozaba quedamente sentada en la cama, pero no notó otra cosa fuera de lugar.

–¿Qué pasa, por qué llorás, qué hacía el Kito en tu cuarto?

–Nada.

–¿Cómo que nada, por qué llorás entonces?

–Es una consentida. La sentí quejarse, entré a preguntar qué le pasaba y se puso a llorar– se escuchó la voz irritada del Kito– ¡Ya, dejala que es peor! ¿Qué trajiste para comer?

Gladys se acercó a su hija y le acarició la cabeza.

–¿Me vas a contar que te pasa?

La muchacha no contestó, escondió la cabeza en un pañuelo y redobló su lloriqueo callado, hondo, sentido.

El Kito reapareció en la puerta.

–¡Ya te dije, dejala que es peor! Vení, preparame algo de comer que tengo que salir– y uniendo la acción a la palabra la tomó de un brazo y la sacó del cuarto, cerrando la puerta tras de sí.

–¿Qué hay de comer?– volvió a preguntar–. ¡Andá, andá, haceme algo, ya te dije que tengo que salir...! – y le dio un par de palmaditas en los glúteos.

–Estamos a fin de mes, tengo fideos y fiambre, y si querés te puedo hacer un huevo duro...

–Huevos duros son los que tengo yo, je, je... y bueno, dale, ya ves, me conformo con poco, no soy pretencioso...

–¿Y adónde vas, si se puede saber?

–Voy a encontrarme con unos amigos. Tenemos que arreglar unos negocios, vos no te preocupes, capaz que salen unos mangos...

Sí, seguro, capaz que salen unos mangos... la única vez que lo vio aparecer con unos pesos no le dio nada, se

gastó todo en alcohol, ropa y salidas con sus compinches, que de otra manera no podía llamarlos.

Algo en la mirada de él le advirtió que había agotado su tolerancia, que ya no iba a permitir más cuestionamientos ni preguntas. Cuando se ponía así era muy violento, había que agachar la cabeza para evitar males mayores. Preocupada, resignada, se dirigió a la cocina y puso una olla con agua sobre el fuego.

7

El profesor salió de su casa rumbo al nocturno con rostro de preocupación. Llevaba en su cabeza un intríngulis, un laberinto del que no lo sacaba ni el hilo de Ariadna. Tenía ante sí la oportunidad de levantar la mejor mina que iba a tener posiblemente en toda su vida, y por otro lado estaba la imagen de su joven esposa, linda, virtuosa, embarazada. Esto último sobre todo le creaba tanto temores como sentimientos de culpa. Si ella se enteraba de su aventura no podía esperar comprensión. "Las convenciones culturales han deformado la naturaleza de las relaciones humanas– se repetía convencido–, se ha llegado a negar algo esencial, largamente demostrado por la biología, la antropología y la historia, incluso la religiosa, y ahí están la Biblia y el Corán para demostrarlo: el hecho elemental de que las necesidades sexuales y la psicología de género son muy distintas en hombres y mujeres. Los prejuicios y una moralina hipócrita condenan al hombre a una monogamia contraria a su naturaleza". Pero este ampuloso discurso, estas retóricas argumentaciones no servían de nada en la práctica. Sabía que su matrimonio podía quedar irremediablemente acabado, arruinado, justo ahora que iba a ser padre, algo que deseaba fervoro-

samente. Pero por otra parte estaba necesitando algo de comprensión y cariño. Sin proponérselo, o más bien pese a proponerse lo contrario, había tenido una fuerte discusión poco antes de salir para el trabajo. Su esposa estaba muy susceptible. La más nimia contrariedad la irritaba, le hacía reproches airados, se ponía a llorar inconsolablemente o salía disparada rumbo a la casa de su madre y se quedaba hasta el otro día. Otras veces compraba cualquier cosa, un derroche sin sentido sólo para fastidiarlo, porque sabía que eso le preocupaba, el dinero no era algo que les sobrara precisamente. Al mínimo reclamo de su parte se enojaba, se alborotaba y se ponía a gritar que ella no le importaba, ni ella ni su hijo, que sólo se preocupaba por el dinero, y él que no, que le importaban ella y el bebé, pero que no tenían más remedio que cuidar la plata, y todos los razonamientos de ese estilo, de uno y otro lado. Él se decía entonces que era lógico que ella estuviera nerviosa, que se sintiera insegura, que lo hacía para reclamar su atención, que sentía aprensión y miedo; miedo a ya no ser atractiva y a la maternidad, y sobre todo al parto mismo, con todo el trauma que supone para una primeriza. No podía dejar de preguntarse si todo eso cambiaría después, si volvería a ser la misma o tendría que soportar el nuevo carácter y comportamiento de su esposa por el resto de su vida. Recordó una sentencia que había leído en algún lado: "las mujeres se casan pensando que el hombre va a cambiar, y los hombres creyendo que la mujer nunca

va a cambiar, pero en los hechos ocurre exactamente lo contrario". ¿Palabras sabias o cínicas? Deseaba fervorosamente que no se hicieran ciertas... Pero incluso esos razonamientos, esas dudas, esos reproches y sus novedosas ideas antropológicas le creaban nuevas interrogantes: se preguntaba si no serían simples excusas, si no estaba buscando justificar algo que ya venía pregustando, y a lo que no quería renunciar.

Esa noche la exuberante morocha de larguísimos cabellos, con aquellos pantalones tan ajustados que casi explotaban –¿cómo haría para ponérselos?–, aquella sinuosa y cautivante hembra que atrapaba las miradas de todos los varones, lo esperó entre las sombras de los árboles que los semiocultaban de miradas indiscretas; de la mayoría, claro, aunque no de todas. Estaba seguro que al otro día alguna risita irónica, envidiosa quizás, lo seguiría cuando atravesara el pasillo rumbo a los salones de clase.

–¿Y, me trajiste esos apuntes?– le preguntó ella, melosa, arrimándose al caminar de tal manera que sus cuerpos se tocaban en las sombras. Hubo también un roce de manos buscado, deliberado. Sintió que le subía la temperatura, sin metáfora, le subió en serio, el calor le arrebató las mejillas, le sudaban las sienes, le temblaban levemente las manos. Deseaba que ella no advirtiera aquellas señales de debilidad, seguramente no serían de su agrado, o peor

aún, le provocarían risa o compasión, y no deseaba ninguna de las dos cosas.

–Vení, vamos por acá ¿te importa?– le dijo él señalando una calle lateral, que les permitiría salir del chorro de gente que caminaba hacia la avenida para tomar el ómnibus.

–No, para nada– fue su resuelta respuesta.

A un par de cuadras había una placita. Se sentaron sobre un murito de ladrillos y comenzaron con aquella cháchara insustancial que postergaba el momento que tanto deseaba, que, adivinaba, ambos deseaban. Se contemplaban en las sombras, agazapados, aunque ninguno se animaba al salto, al movimiento decisivo que iba a precipitar el desenlace inevitable.

¿De qué charlaron? De todo, menos de estudio. Ella le contó que estaba divorciándose, que tenía un hijo de diez años. Él se sorprendió ante esta revelación. ¿Qué edad tenía ella, veinticinco, veintiséis? Veintisiete, le corrigió. Un matrimonio prematuro, desgraciado, embarazada por supuesto; una cárcel que duró diez años... Él extendió la mano y le acarició el rostro, ella la retuvo entre la cara y el hombro y puso sus labios sobre el dorso. El contacto lo enardeció, y un instante después se besaban apasionadamente. Sintió su lengua invadirlo, registrar su boca, su paladar, sus dientes, sus labios. Se dejó llevar por aquella pasión arrasadora, olvidado de todo, en un torbellino, una licuadora donde giraban y se desintegraban todas las

imágenes, las personas y las convenciones que un momento antes lo retenían.

Un rato después sus distraídos pasos lo devolvieron a la puerta de su casa. No hubiera querido, no aquella noche. Volver ahora a su casa era reencontrase con sus culpas, con esa precaria construcción en que se había convertido de repente su vida. Pero tenía responsabilidades, horarios que cumplir temprano al día siguiente, y ella también. La cita se hizo para un par de días después, prometiéndose el tiempo suficiente "para lo que viniera". Disfrutaba por adelantado el jardín de las delicias que le proponía aquel monumento de mujer, saboreaba la miel del éxito y el placer, se sentía contento, excitado, pero no feliz, porque las nubecitas negras se amontonaban ahora en un horizonte dudoso, crecían, se resistían a desaparecer. Se daba cuenta de que su ego había aumentado considerablemente, y se convencía de que un episodio así era bueno para cualquiera, aumentaba su autoestima, le daba fuerzas y ganas de abordar metas que antes parecían lejanas. Cierto que en forma residual aquellas sombras amenazantes no le permitían una felicidad completa. ¿En qué terminaría aquello, qué era lo que realmente quería: una vida de aventuras o una vida de familia? ¿Y si quería las dos? Bueno, eso no parecía posible, tarde o temprano tendría que elegir, si todavía existiera esa posibilidad...

Distraídamente llegó a la puerta del edificio y estuvo a punto de pisar al Papi que había tirado su colchón en

plena vereda, junto a la ventana de la carnicería. Era un lugar poco frecuente, ya que obviamente prefería los edificios con saledizos, a cubierto del sereno. La explicación la tenía enfrente: a un par de metros de donde dormía el Papi habían estacionado un lujoso auto gris metalizado, novísimo, brillante, lleno de chiches, con chapa oficial. "El ministro", pensó, ya lo había visto entrar una vez, medio avergonzado, escondiendo el rostro con un gesto de la mano que pretendía rascarse la frente. Pero igual lo había reconocido, a cada rato estaba en la televisión: aquel rostro amplio, claro, transparente, una mirada soñadora que se perdía en un horizonte luminoso mientras se alisaba los largos y cuidados aunque escasos cabellos rubios. Por esos días se estaban discutiendo un par de leyes muy importantes que tenían que ver con su cartera, y todas eran entrevistas y notas. Estaba en la cumbre, hasta sonaba como precandidato presidencial. Le satisfizo pensar que lo que a unos le cuesta, a otros le sale gratis, recordando a la sensual y hermosa Ana María, que esa misma noche prácticamente se había arrojado en sus brazos. "*Las mujeres son una extraña mercadería, las peores se venden, las mejores se dan*". Una verdad de a peso. ¿Dónde había leído eso? Sus lecturas numerosas como siempre le proporcionaban el comentario exacto, las referencias culturales de las que se sentía orgulloso y enriquecían su vida. A través de la puerta del apartamento dos le llegaron unas risitas y voces. "¡Las dos, está con las dos! ¿Qué estarán hacien-

do?" Inmediatamente su cerebro se incendió con imágenes de una "fiesta", donde ellas se daban la biaba entre las dos con juguetes y todo, mientras el ministro observaba y se calentaba, y luego se ocuparían de él, de todas las formas posibles. En este punto de su imaginación, mientras abría la puerta de su departamente tuvo un sobresalto. Se dio cuenta de que se estaba "haciendo el bocho", y que tenía una erección incipiente. Tendría que andar con cuidado si quería mantener el control de sus emociones más primarias, no quería que su vida se transformara en un caos de sentimientos confusos y procesos químicos incontrolables. Se olvidó de ellas y del ministro y se dirigió al dormitorio, donde depositó sus labios sobre la nuca de su dormida esposa, y los dejó allí un rato, tierno, afectuoso, culpable, hasta que la sintió moverse.

–Es tarde –dijo ella, tras contemplar el reloj despertador sobre la mesita de luz–. ¿Dónde estabas?

–Me quedé a tomar un café con algunos alumnos en el boliche que está frente al liceo. Vos sabés como son, me insistieron mucho...

Y en eso quedó la cosa. Ella estaba muy somnolienta para prestarle atención. Últimamente necesitaba dormir mucho, y cuanto menos la molestara mejor. Otra cosa hubiera sido si no estuviera embarazada casi a término, en ese caso hubiera tenido que dar muchas explicaciones, sin duda.

Volvió a la cocina, se hizo un refuerzo de fiambre, lo comió acompañándose con un vaso de leche, y mientras rumiaba más que masticaba, seguía preguntándose adónde lo llevaría aquella situación, qué sería de su vida en los próximos meses.

Se acostó tratando de ver las cosas con más claridad, pero contra lo que afirma el común de la gente la almohada es una pésima consejera, y el asunto le siguió dando vueltas en la cabeza, sin solución, hasta que llegó el alivio del sueño.

8

El Papi, arrebujado en su colchón, cuidaba de cerca el auto del ministro, celoso guardián de una valiosa propiedad ajena. No pensaba en nada. El Papi nunca había deseado nada que no le perteneciera, en nada le importaban el auto ni que el ministro estuviera refocilándose con aquellas dos bellas y corrompidas muchachas. En realidad el Papi ignoraba completamente de quién se trataba, para él sólo era otro "cliente". Por suerte existía gente como esa, que proveía generosamente para que él pudiera seguir tirando, gente que vivía pendiente de horarios y obligaciones y que no sabía lo que era la libertad. Esa noche su única expectativa era la propina que recibiría la mañana siguiente: cien, quizás doscientos pesos si el hombre estaba satisfecho y de buen humor. Esa plata alcanzaría para un litro de vino, su prioridad absoluta, una milanesa al pan y un paquete de cigarrillos de cualquier marca. El Papi hacía tiempo que no le hacía ascos a nada. No podía pensar en un futuro mejor, su horizonte próximo estaba completamente cubierto con esas expectativas. Si el tiempo acompañara con un solcito tibio estaría feliz, en la cúspide de la gloria. Vio pasar al profesor, quién casi le saltó por encima. Prefirió hacerse el dormido, "el profesor" te-

nía un auto viejo, no daba propinas, no lo mandaba lavar, se encargaba él mismo los domingos de tarde. Ni siquiera era un tipo comunicativo, siempre andaba distraído, concentrado en sus propios pensamientos, y cuando le hablaba, lo hacía de cosas que a él no le interesaban ni entendía tampoco. No había bebido desde la tarde. El ministro, previsor, no había querido adelantarle ni un peso para que no se emborrachara. Así que no había tenido más remedio que acostarse sobrio, prometiéndose un copioso desquite el día siguiente. Le costaba dormir sin la ayuda del alcohol. Dormitaba inquieto, medio entumecido por el frío, y para peor todo el cuerpo le picaba cuando se quedaba quieto. Entonces se rascaba vigorosamente, haciéndose heridas, que más tarde, uno de esos días, tendría que ir a hacerse curar a la policlínica del barrio.

–¿Y éste qué hace aquí?

–No le des pelota, es un pichi, ¡a él que le importa! Seguí con lo tuyo.

Estas voces apagadas, casi inaudibles y un chasquido metálico producido por una pinza lo sacaron de su letargo, parpadeó varias veces sin moverse para acostumbrar sus ojos a la penumbra apenas atenuada por la mortecina luz del alumbrado, y ahí nomás, cerquita de su cabeza, vio unos pies que se movían arrastrándose bajo el auto del ministro. Un relámpago de conciencia le advirtió lo que estaba ocurriendo. Alguien estaba cortando los cables

de la alarma para poder robarse el auto sin problemas. Se incorporó en su improvisado lecho, fue entonces que vio a otra persona agazapada en las sombras, en actitud vigilante.

–¡Ché, no hagan eso! –dijo, mientras terminaba de erguirse apoyado en la pared.

–¡Y este qué quiere ahora! ¡Pero decime una cosa, a vos qué te importa lo que estamos haciendo!

–Me pagan para cuidar este auto, necesito la plata para la comida y los vicios, ¿entienden?

–¡Pero si serás arrastrado! ¿Desde cuándo sos defensor de estos ricachones? ¡Seguí durmiendo que te conviene!

–¡No, no puedo, es mi trabajo, muchachos!– su voz quería ser componedora, tranquila.

El hombre que estaba bajo el auto sacó la cabeza.

–¡Dejate de joder, borracho de mierda! ¡Y vos, qué esperás para hacerlo callar!

Sin responder el tipo que estaba parado sacó un cuchillo y se lo puso en el pecho. Pero el Papi ya había decidido lo que tenía que hacer. Retrocedió hacia el auto y le dio un golpe fuerte sobre el capot.

Al instante emitió la alarma su chillido nítido y vibrante que taladró la noche. Casi simultáneamente el brazo armado describió un semicírculo, una hoja de metal brilló un segundo y luego desapareció, hundiéndose en el hemitórax del Papi, quien se dobló y cayó emitiendo gritos de dolor acompañados por insultos y solicitudes

de auxilio ¡Hijos de puta, garroneros, maricones! y luego ¡socorro, me matan, ayuda por favor! Los ladrones decidieron que ya nada había que hacer y corrieron hacia abajo, para el lado de la rambla, donde las calles oscuras y solitarias ofrecían mayor protección.

A los gritos del Papi algunos vecinos abrieron sus ventanas en los pisos altos, de las dos pensiones de la calle, ubicadas una frente a la otra, salió gente solidaria a medio vestir que acudió presurosa, alguien llamó a la policía y a una emergencia, y en medio del desbarajuste el ministro salió presuroso, se subió a su auto y arrancó. No le convenía que lo asociaran a ese episodio, tan lejos de la casa donde vivía con su familia en una ciudad del interior, y en un auto oficial para peor. Esperaba que nadie lo hubiera reconocido en medio de la semioscuridad y el escándalo. En cuanto al cuidacoches, estaba seguro de que no tenía ni idea de quién era él.

Llevaron al Papi al Hospital Maciel, donde constataron que la herida no le había afectado ningún órgano, ninguna arteria.

–¡Una herida limpia, un cirujano no lo hubiera hecho mejor!– le había dicho el médico de guardia– ¡Pero no te cebes, eh! ¡No vas a tener tanta suerte la próxima vez!

Un par de muchachones que lo habían acompañado, procedentes de la pensión, compañeros ocasionales de alguna borrachera, de algún bochinche nocturno, suspiraron sinceramente aliviados y lo dejaron prometiendo volver.

El Papi se quedó tirado en la misma camilla en que lo habían atendido, a la espera de una cama disponible. Miraba hacia el techo mientras trataba de recordar la cara de los delincuentes y se irritaba "¡Ya los voy a encontrar por ahí y me van a conocer, les voy a devolver el garrón!". Vendado, dolorido, orgulloso, inquieto, deseaba tener un cigarrillo. Eso era lo que más extrañaba mientras el sedante hacía su efecto y se iba quedando dormido.

Al día siguiente recibió la visita de la matrona de la pensión, que a veces le cambiaba algún trabajo por comida, y de un par de compañeros de la noche, de esos que preferían la seguridad de un refugio al frío y a los riesgos nocturnos. El ministro no era mala persona, se sentía obligado con el Papi y pocos días después vino uno de sus secretarios que le trajo unos pesos y le dejó un teléfono para lo que pudiera necesitar. En suma, que una semana después el Papi estaba otra vez en la esquina, extrañamente limpio y recién bañado: las enfermeras lo habían refregado de lo lindo, pese a sus protestas, antes de permitirle abandonar el hospital. Adoptó un aire de héroe nacional mientras armaba un tabaco, y recibía los saludos, las bromas y también regalos de los vecinos. Alguien le trajo ropa, otro le dio un colchón que tenía en un altillo, comida no le faltaba, y agreguen a eso los pesos que le había mandado el ministro y que le quemaban en el bolsillo.

Me alegro de verlo restablecido le dijo el profesor, siempre tan formal. El viernes de noche vamos a hacer una parrillada en la vereda, estás invitado fueron las palabras de algunos muchachones del barrio, buena gente, y esta noche nos tomamos unos vinos y nos contás toda la historia de sus camaradas de siempre. Hasta el gordo se arrimó, le trajo una milanesa y con su habitual delicadeza le espetó ¿No te dije que a vos ni la Parca te quiere? ¡Vos nos vas a enterrar a todos! y jua, jua, jua, como siempre. Esta vez no se molestó, estaba feliz por estar otra vez en el barrio, en *su* cuadra y ser centro de atenciones.

Pasó un conocido que le gritó:

–¿Qué haces Papi, qué es de tu vida?

Se recostó a la pared, apoyó un pie sobre la misma, cruzó los brazos y se tomó su tiempo para contestar:

–¡Aquí me ve vecino, como siempre, trabajando!–, compartió una risita breve, suficiente, levantó la cara para absorber mejor el tibio sol y ahí se quedó, inmóvil.

Se acercaban los buenos días.

9

Larga es la noche para los que velan, para los que no pueden dormir, para los que buscan una luz y revolean inútilmente los ojos en la oscuridad. Hay sonidos característicos que rompen el silencio: el traqueteo de un auto que sube con dificultad la empinada cuesta de la calle que desemboca en la exacta esquina donde comienzan los dominios del Papi, el prolongado ulular de un husky, un perro esquimal que llama desde un sexto piso impulsado quizás por el recuerdo ancestral de una planicie nevada donde huyen despavoridos ciervos ante la inminencia de la persecución; un tipo que pasa cantando a voz en cuello una canción relacionada con un cuadro de fútbol, preparándose seguramente para la barra que cada fin de semana se reúne en la cabecera del Estadio Centenario. Pero algo falta, hoy no están los vagabundos que suelen reunirse en torno al Papi y conversar animadamente pese a los chistidos de los vecinos. No, hoy no está el Papi ni sus amigos, corridos por el frío. Recordemos que el Papi se recupera aún de su heroico acto en resguardo del auto del ministro y aprovechando que está recién bañado sus solidarios compañeros de la noche lo han obligado a concurrir a un refugio, pese a sus protestas.

Los justos, las mujeres embarazadas, los cansados laburantes, los niños, los ancianos, todos ellos duermen y esperan, esperan por el nuevo día que traerá lo suyo, para unos mejor que para otros, pero todos aguardan algo, sueñan quizás, desean, se refugian en su lugar del mundo, el único posible.

Para otros en cambio no llega el olvido momentáneo y salvador. La veterana del Apartamento 1 es una de esas personas que no recibe la visita del "reparador de sueños". Acostada al lado del Kito, quien se expande a pata suelta ocupando casi toda la cama, se encoge y se envuelve en sí misma, como un bichito de la humedad. Trata de dormir pero es imposible. La escena de la tarde aún permanece vívida en su cabeza. Ve al Kito salir del cuarto de su hija, agitado. La encuentra a ella sollozando, congestionada y la explicación no puede ser más que una. Debe encontrar la forma de sacar del medio al Kito, pero no sabe cómo, le teme, sabe que si le reprocha abiertamente su comportamiento este le dará una paliza, la amenazará de muerte y seguirá tan campante. La policía poco puede hacer en estos casos, lo llevan, al otro día el juez lo libera, vuelve y todo es peor. Eso es lo que ocurre, lo sabe en carne propia, no es la primera vez que le pasa. ¿En qué estaba pensando cuando metió al Kito en su casa? Sabía que andaba en la mala vida, que era muy joven para ella, pero se sintió halagada, y sobre todo sintió la necesidad de recibir un poco de afecto, caricias, placer, una migaja de amor, como todo

hombre o mujer sobre la tierra. Después... un día llegó su hija a quedarse, desempleada, había roto su pareja, no tuvo más remedio que recibirla. Era una muchacha de unos veinte años, bonita, delgada aunque no tanto como su madre. Desde el principio descubrió las miradas cargadas de intención que le dirigía su compañero. Se propuso vigilarlo, pero el Kito se había cuidado de no acosarla estando ella presente, y la muchacha trataba en lo posible de no quedarse a solas con él. Una vez lo soprendió con "aquella" mirada de lobo que acecha a la presa, se lo reprochó y él la tranquilizó: Pero si solo tengo ojos para vos, bobita y luego la había llevado al dormitorio se había quitado el pantalón, la hizo sentar en la cama y la obligó a practicarle una fellatio salvaje, impulsando ferozmente su cabeza con las dos manos hasta casi sofocarla, mientras gemía ruidosamente, sin importarle que su hija estuviera en la habitación de al lado. En otro momento ella lo hubiera disfrutado, le gustaban sus arrebatos, su pasión juvenil, pero en ese momento sintió que él tenía en su mente a otra persona. "Mejor así de toda formas, por lo menos se calma y no busca a... otra". Estas cosas pesaban sobre su esmirriado y encogido cuerpo, aplastándola, estrangulándola, provocando un apagado y hondo sollozo que ni la desahogaba ni podía controlar.

Tampoco el joven músico podía dormir, no encontraba una salida para desarrollar su vocación. La música constituía su vida, pero no solventaba sus gastos. Depen-

día de su padre y de su tío, con quienes vivía y no tenía una buena relación. Y no podía sacarse de la cabeza a Joaquín, el novio de su amiga Clarita. Esa tarde habían estado en su casa, en una reunión de amigos del Bachillerato Artístico, que él ya no cursaba. Pero con su guitarra y su voz siempre entretenía a la barra, podía tocar casi cualquier cosa que le pidieran, y entonces cantaban desafinadamente mientras él trataba de guiarlos entre risas, bromas y manoseos, que avanzaban a medida que la cerveza iba haciendo su efecto. En esos momentos podía pasar cualquier cosa. Muchas escenas subidas de tono había presenciado, y otras que ocurrían en los altillos o en los cuartos más apartados, y que todos presumían, pero cada uno en la suya, y la premisa era no meterse. En uno de esos jugueteos, mientras cantaban a coro "La vida loca", o trataban de hacerlo, desinhibidos, alcoholizados, eufóricos, sintió que la mano de Joaquín le palpaba las nalgas. Lo miró sorprendido, seguramente Joaquín, al igual que los otros, presumía de su inclinación sexual, pero jamás se hubiera imaginado que el novio de Clarita, el peludo y hormonal Joaquín... Pero luego éste se alejó, se rió toda la noche y se deslizó en torno a su novia, esquivando sus miradas. Su perplejidad era grande, ¿había sido un gesto casual, una mala broma, un simple desliz de borracho "fumado", porque a esa altura de la noche ya habían circulado un par de cachimbos con marihuana, o había sido algo deliberado y provocativo, como una invitación? No

se había animado a preguntárselo, tampoco hubo ocasión, pero cerrando los ojos en las tinieblas de su habitación trataba de imaginarse escenarios posibles para confrontarlo mientras abrazaba fuerte la almohada, se sentía más huérfano de afecto y de apoyo que nunca, y se preguntaba una y mil veces qué hacer con su vida, aunque ahora había una lucecita: Joaquín. Trataría de pensar en él en lo sucesivo como remedio para tanta desolación.

A todo esto el Profe no tenía paz en su cama de matrimonio. Acostado junto a su esposa, quien le daba la espalda como hacía siempre últimamente, sus pensamientos iban inevitablemente hacia la hermosa Ana María. Se dio cuenta de que tenía una soberana erección, y no era para menos. Pero su esposa embarazada parecía haber perdido todo interés por la intimidad más profunda, y él mismo cuando estaba con ella se sentía más inclinado a la ternura que al sexo. Por otra parte hubiera sido hipócrita desahogarse en esa circunstancia, mientras tenía a otra en la cabeza. Metió la mano dentro del calzoncillo y lentamente, sin apuro y con movimientos casi imperceptibles comenzó a masturbarse.

Así transcurrió el resto de la noche, apacible para algunos, tormentosa para otros, pródiga para los menos. El ruido de los camiones recolectores, los gritos de los feriantes y el estruendo de los ganchos de la carnicería que hacían su carrera desenfrenada por los rieles cargando su media tonelada de res desollada y sangrante, desper-

taron a los que habían dormido durante la noche y a los que aguardaba otra fatigante jornada, y por el contrario, fueron como una señal para los que velaban, y finalmente se vieron vencidos por el sueño y las evidencias de la cotidianeidad recuperada.

10

Otro día en la ciudad. El sol asoma perezosamente sus rosados dedos entre las sábanas oscuras de la noche. El alto perfil de los edificios de la rambla recorta un horizonte geométrico, planetario. El barrio despierta y se despereza ruidosamente. ¿Cómo pasar recuento de las personas que conviven en una abigarrada zona cerca del centro, un gran muestrario social?: gentes de clase media, profesionales, comerciantes, muchachos y muchachas albergados en pensiones entre los cuales se encontraban honrados laburantes, estudiantes, jubilados, pero también gente de hábitos nocturnales y sospechosos, prostitutas, travestis y "chorritos de cuarta", como dijo una ministra. Mientras tanto, allá afuera, en el último de los estratos sociales, circula un grupo de marginales, uno de los cuales, el Papi, era el único residente fijo y acaso el referente del barrio ¡Paradoja, el más miserable y abandonado de la suerte era el único al que todos conocían! Nadie sabía que en el segundo piso del edificio de la esquina vivía un Fiscal de Corte, por ejemplo, o que en un apartamento en la otra esquina, frente a la rotisería del gordo, habitaba un conocidísimo director técnico de fútbol, que por esos días estaba en el pináculo de su gloria dirigiendo a un cuadro

grande y ya aprontaba las valijas para irse al exterior, y que a mitad de cuadra, en una casa profusamente enrejada, con dos garajes, residía el propietario de una conocida cadena de tiendas. Claro que estas personas rara vez se hacían visibles en el barrio: de la casa al auto y viceversa, no frecuentaban los negocios de la cuadra ni se dejaban ver en la vereda. Para hacer los mandados estaban las empleadas y para sacar al perro los paseadores profesionales. ¡Pero pregunten, pregunten por el Papi, todo el mundo sabe de quién se trata! De hecho, el barrio no sería el mismo sin él...

En este exacto momento está besando y estrujando a un niño de unos cinco o seis años que va saliendo para la escuela mientras proclama a gritos: "¡Pero-qué-grande-que-lindo-que-está-este-nene!-¿y-ya-va-a-la-escuela? -¡va-a-ser- ingeniero-por-lo-menos!" verso que recita a diario ante la mirada horrorizada de la madre, que trata de arrancarlo de sus manos a toda costa, y más tarde comentará a sus amigas que no sabe cómo hacer para quitarle esa costumbre al andrajoso y seguramente piojoso cuidador de autos.

Y para el inventario de tipos raros ninguno como el veterano que vive solo en una enorme y vieja casa, de esas que tienen altos techos de bovedilla siempre a punto de desmoronarse, antiguas persianas de visillos y celosías, que se hunde en la manzana con un largo pasillo a cuyo lado van surgiendo cuartos y más cuartos hasta rematar

en una especie de patio andaluz. Ese hombre vive sólo, no trabaja, y nadie sabe cómo hace para pagar la luz y la comida, sus únicos lujos. A veces viene un viejo travesti que se queda unos días, y luego seguramente encuentra algo mejor y desaparece. Se sabe también que tiene un sobrino que se arrima esporádicamente, y se le oye discutir, aunque sin pasar de la puerta, porque el viejo no se lo permite. En la cuadra se corre la voz de que está esperando que el viejo se muera para heredarlo, y no ve la hora. Ese mismo viejo sale cerca de la medianoche y se lo ve volver con todo tipo de objetos ruinosos, cajas, bolsas, electrodomésticos desechados y quién sabe cuántas cosas más ¿Será esa su forma de vida? Sin embargo nada de lo que entra se ve salir, si vende algo para subsistir nadie se entera, nadie sabe cómo lo hace. Vive cerrado a cal y canto, no habla con nadie, hace caso omiso a las pullas y alusiones del Papi y sus amigos, recoge verdura desechada en la feria y esporádicamente compra un trozo de pollo en la carnicería. Alto, canoso, derrengado, es otra figura típica, pero no provoca ninguna simpatía, algunos lo miran con lástima, otros con asco, o con recelo. El Papi y sus amigos trataron de acercarse, vieron quizás a alguien de su misma naturaleza, y con una enorme casa desaprovechada. Pero el viejo no quiso saber de nada, ni una palabra siquiera pudieron sacarle. Una vez el Moncho, cansado de su incomprensible intransigencia y aislamiento lo siguió y cuando le cerró la puerta en la cara la emprendió a pata-

das contra la misma agregando una retahíla de insultos. Pero esa vez estaba el travesti en la casa, salió con un cuchillo en la mano y con una voz rasposa le ordenó que se retirara y no molestara a la gente que no se metía con él ni con nadie, así que violín en bolsa y a otra cosa. Pero le tenía una manifiesta antipatía, y cuando pasaba siempre le gritaba algo: Pulgoso y Come mierda eran los más suaves, y el viejo metía la cabeza entre los hombros y seguía su camino, rengueando abstraídamente, desviando la mirada a un lado y otro, buscando cualquier cosa abandonada en la calle para meterla en su bolsa de arpillera...

11

Fabián, el guitarrista, tomó su instrumento y salió a la calle.

Un alboroto de gente, unas veinte o treinta personas se habían reunido frente a la casa del "viejo de la bolsa", el acopiador de basura. Por la puerta abierta entraban y salían personas vestidas con monos de trabajo sobre los que se leía "IMM", quienes retiraban de la casa cosas de indecible vejez y deterioro y las iban lanzando dentro de un camión de la Intendencia. Se acercó curioso y pudo ver al viejo dueño de casa que se lamentaba mesándose los ralos y sucios cabellos al tiempo que exclamaba dramáticamente:

–¡Son cosas que todavía sirven, es una injusticia!

Decía esto y le saltaban las lágrimas mientras los obreros municipales iban extrayendo y arrojando a la caja del camión restos de lavabos y bidets, carritos de feria herrumbrados y sin ruedas, cajas de todo tipo, ropas y zapatos percudidos, restos de muebles, bolsas todavía cerradas extraídas vaya a saber de qué basurero, retratos viejos de hombres bigotones y mujeres con cuellos de gorguera, y un montón de cosas irreconocibles que se iban amon-

tonando en una masa informe de objetos hediondos y verdosos.

–¡A quién le hacían mal estas cosas, a quién!– reclamaba el viejo, al borde de la deseperación, enfundado en unos pantalones que le llegaban sólo a la mitad de la pantorrilla, un saco a cuadros sin botones y unos viejos zapatones destartalados. El patético cuadro se interrumpió cuando salieron de la casa el sobrino de marras acompañado por dos hombres y una mujer con guardapolvos, guantes y mascarilla, y tomándolo de los brazos, casi como a un niño lloroso, lo fueron llevando hasta que lo introdujeron en una ambulancia y partieron. El sobrino cerró la puerta con llave, cuidadoso de su herencia, subió a su auto y partió en seguimiento de la ambulancia.

–¡Estaba visto, el viejo está loco!

–¡Vieron eso, tenía la casa llena de basura, salía a medianoche con una bolsa a juntar desperdicios y cosas que no sirven para nada!

–¡El olor era insoportable, y las ratas, todos los vecinos se quejaban, había un montón de denuncias!

–¡Por fin la policía se decidió a hacer algo!

–Es que la policía no puede hacer nada. Necesitan una orden de juez, y eso demora...

–Ése que iba con él es un sobrino. Lo va a hacer internar y se va a quedar con la casa, ¡con lo que debe valer el predio en este barrio, a pocas cuadras de Dieciocho!

Con lo visto y estos comentarios Fabián se hizo un panorama bastante completo y siguió su camino. Se dirigía a la casa de su amigo Joaquín, y se sentía explicablemente nervioso. Había quedado de pasar temprano para darles unas lecciónes de música, una de las materias del bachillerato artístico, y la que él dominaba, precisamente. El mismo Joaquín le abrió la puerta. Estaba solo, sus padres, como era habitual, trabajaban hasta la tarde.

–¿Ya llegó Clarita, y los otros?– preguntó.

–No vienen, Clarita tiene que acompañar a la madre al médico, y los demás se acostaron tarde, hasta mediodía no existen– contestó su amigo.

Fabián encontró algo rara esta situación. Sintió crecer su desasosiego y una tensa expectación. Estar sólo con Joaquín era algo que temía y deseaba al mismo tiempo. Después de todo Joaquín era el novio de una amiga, además temía el rechazo, la burla, ¿y si estaba malinterpretando las señales que creía percibir?

–Vení, vamos a mi cuarto.

Vencido de antemano, sintiendo que los huesos se le derretían, Fabián obedeció. Sentado en la cama de Joaquín, cada uno en un extremo, trató de entrar en tema, quería enseñarle a su amigo unos acordes que debía exponer esa misma tarde ante su profesor de música en el bachillerato, pero esa mañana su compañero estaba para otra cosa. Sus palabras parecían buscar siempre el doble sentido, cosas vulgares y sin gracia, como ¿a vos qué ins-

trumento te gusta más, la guitarra o la flauta?, a lo que se sorprendió contestando: ¡Aunque toco muy bien la guitarra siempre preferí la flauta! y comenzó a reírse con una loca energía, como para no dejar duda de que había entendido la indirecta.

¿Y esta flauta te gusta? le dijo Joaquín, sacando el pene por la entreabierta bragueta y agitándolo frente al rostro asombrado de Fabián. Por un momento pensó en salir corriendo, "esto no está bien" pensaba, pero no podía evitar la fuerte atracción que le provocaba Joaquín, un magnetismo animal y poderoso. Se dio cuenta de que no tenía voluntad para negarse. ¿Estás seguro de lo que querés? balbuceó apenas, mirando ansiosamente a Joaquín, buscando la verdad detrás de sus opacos ojos oscuros. Le pareció advertir el deseo en esa mirada y ya no se resitió, se inclinó sobre el regazo de su amigo, tomó delicadamente el pene y comenzó a lamerlo. En pocos segundos lo sintió endurecer y lo introdujo en su boca. Gimió de apagado placer, sintiendo a su vez los quejidos del otro.

Cuando hubieron terminado buscó ansiosamente la mirada de Joaquín, para tratar de encontrar en ella un significado para lo que terminaban de hacer. Con los ojos cerrados, lánguido, como evitando aquel contacto, Joaquín seguía recostado en los almohadones, el torso semi erguido, la cabeza descansando sobre el respaldo. Tenía una expresión plácida, pero nada en ella reflejaba un sentimiento. Fabián recostó la cabeza en su pecho y se quedó

así algunos segundos. ¿Es tu primera vez? preguntó finalmente, a lo que Joaquín respondió: Sí, de esta manera sí, y vos, ¿también es tu primera vez? Sí mintió, y en cierta manera lo era. Sus experiencias anteriores, con un compañero del taller de música y con un portero, no merecían considerarse, habían sido bastante frustrantes. Le habían proporcionado un módica consolación mientra esperaba algo así, como lo que terminaba de vivir y que ya ansiaba con toda su alma y su cuerpo que no terminara ahí, en ese mismo momento. No se atrevía a preguntar, no quería ni hablar, para no romper el encanto.

Vamos le dijo de repente Joaquín. ¿Cómo, ya, y adónde, no tenías que estudiar? La verdad no tengo ganas de estudiar. Me voy a lo de Clarita, anoche nos peleamos, quiero ver si puedo arreglar las cosas.

Un golpe artero, consciente o no. Fabián tragó saliva y se dio cuenta de que debía callar, que su papel en aquel asunto era bastante triste y pobre, que Joaquín quizás se sintiera atraído hacia él de una manera "perversa", por los servicios que podía ofrecerle, pero no por sí mismo, que su papel era simplemente de "sacaganas", y que Joaquín no pensaba asignarle otro espacio que ése, que quizás ni siquiera se daba cuenta de que él podría necesitar algo más. Eso, ni le pasaba por la cabeza. Un puto es un puto, está para eso y punto.

Conteniendo sus deseos de llorar dejó la casa de Joaquín y se fue a caminar por la rambla. Con el desconsuelo

pintado en el rostro y en todo su cuerpo se sentó en el murallón, la guitarra atravesada a la espalda, viendo el agua machacar las piedras a sus pies, tres o cuatro metros más abajo. Se veía tan deprimido que una señora, de esas bien intencionadas, se asustó y se acercó preguntándole qué le pasaba y si se sentía mal. Primero la miró como a una araña, la mujer se dio cuenta y agregó, con tono plañidero, como disculpándose es que tres personas se ahogaron en este mismo lugar en los últimos meses, ahora veo una persona sentada acá y me asusto, ¿necesitás hablar con alguien? Se dio cuenta de que la mujer pensaba que se iba a tirar, y no estaba tan lejos de la verdad, aunque por el momento esa era sólo una fantasía, un pensamiento con el cual jugar, en realidad estaba seguro de que no llegaría a tal extremo, que todavía tenía margen para encontrarle algún sentido a su vida. No, gracias, estoy bien contestó secamente, se levantó y comenzó a caminar por Minas para arriba. Allá al fondo veía la postal extática del Parque Rodó, cuyos juegos comenzaban a despertarse, las banderas ondeantes del Teatro de Verano, y una cinta multicolor de autos que circulaban por la rambla adelantándose unos a otros, o pistoneando apresurados frente a los semáforos. ¿Qué hacer? Tenía necesidades de todo tipo, no veía una salida, ni personal ni económica, en unos días volvería a aquel lugar, y quién sabe si entonces... Pero no quiso pensar más en eso, ahora debía concentrarse en llegar a su casa, enfrentar la mirada decepcionada de su

padre, la crítica de su tío, el que trabajaba como utilero en la Comedia Nacional, ¡gran cosa!, y la expresión afectuosa de su hermana, la que más ternura le demostraba, pero cuya mirada entre compasiva y perdonavidas también le dolía.

12

Las imágenes que trajo el noticiero del mediodía fueron lo más comentado ese día en el barrio, casi no se habló de otra cosa. Se veía al viejo acopiador de basura, porque reciclador no era, el mismo que había sido sacado a la fuerza con un montón de cosas inútiles y malolientes de la casa de mitad de la cuadra, repitiendo la escena que habían visto casi todos en persona a media mañana, sólo que ahora estaba frente a un edificio de apartamentos en el exclusivo barrio de Pocitos, a un par de cuadras del mar. El viejo proseguía con su tarea de mesarse minuciosamente sus cabellos, y a cada pasada de manos se quedaba con un mechón de pelos blancos y duros entre los dedos, mientras dolorosamente exclamaba: ¡Son cosas que eran de mi madre, a nadie le hacen mal! La gente del barrio se quedaba con la idea de estar viviendo un "deja vu", la misma escena de la mañana, sólo que ahora se repetía en otro lugar, mucho más caro y lujoso. ¿¡Cómo, así que el viejo tenía también un apartamento en pleno Pocitos!? ¡Pero miren ese edificio, ese apartamento debe valer una fortuna! y ¡Hay que vivir así con la plata que debe tener ese tipo, sólo con el alquiler de la casa y el apartamento podía darse la gran vida! y otras consideraciones por el

estilo seguidas de las manidas frases: que Dios le da peine al que no tiene pelo, y qué desperdicio y quién iba a decir y todo lo que pueda uno imaginarse. Y mientras tanto la cámara se hacía una fiesta con el pobre viejo y su desesperación, y la gente del edificio que agradecía al cielo y acusaba a la comuna– ¡faltaba más!– por haber demorado tanto en tomar medidas y el periodista, un muchacho joven y con alguna dificultad para redondear sus ideas exponía enfáticamente: ¡Según parece este señor es dueño además de otras propiedades, todas las cuales están llenas de basura, es que padece lo que se llama "síndrome de Sófocles", que es una enfermedad mental que sufren las personas que acumulan basura, vaya uno a saber por qué! y porque están enfermos, precisamente, y me acotan acá que es "síndrome de Diógenes", y no de Sófocles, ése es otro filósofo, completó adoptando un aire de sabiduría condescendiente el informativista de estudios. A todo esto el periodista de exteriores adoptó fugazmente un aire de ira por la corrección hecha al aire, y pensó seguramente "eso no se lo harían a Fernando Vilar", pero se aguantó porque aún no estaba en condiciones de rebelarse contra sus jerarcas de estudios, los agrandados esos que estaban cómodamente sentados detrás de un escritorio poniendo la facha mientras ellos hacían todo el trabajo sucio, literalmente. ¡Bueno, es otro griego, pero entendieron la idea, ¿no?!, dijo desacomodado, como por decir algo, mientras en su casa el profesor se desternillaba de risa ante tantos

disparates. ¡Ignorante como periodista de televisión!, dijo en voz alta para consumo de su mujer, y para sus adentros pensaba que mejor hubiera seguido la carrera de periodista, que no se necesita estudiar tanto, y que de tanto abarcar no saben nada de nada, que él seguramente lo hubiera hecho mucho mejor, pero entonces siguió el hilo del razonamiento y se dijo que claro, que si hubiera sido periodista no habría tenido tiempo de formarse y hubiera sido casi tan iletrado como esos pobres muchachos y muchachas que por tener un micrófono en la mano están obligados a hablar de un montón de cosas de las que no tienen ni la más remota idea. Paradoja sin solución, se dijo, y volvió a prestar atención al viejo, cuando dos personas con túnica lo tomaban de ambos brazos y lo volvían a meter a la ambulancia. La misma escena de la mañana. ¡Cuántas propiedades tendrá, cuantas veces se repetirá el espectáculo denigrante que ofrece ese pobre viejo enajenado para consumo de morbosos! Y se quedó pensando que a esta gente no se la protegía de las cámaras, pero a los delincuentes sí, a esos no se les podía mostrar la cara, ni dar sus nombres, aunque hubieran asesinado sin remordimientos a una familia entera...

A todo esto el almacenero, don Santiago, contestaba por enésima vez a una clienta, ¡Justo se me terminó, pero mañana me llega, eh!, respuesta que todos habían oído más de una vez, y se preguntaban cómo subsistía

el raleado almacén. Pero quien no se hacía problemas era "la Vero", la exhibicionista inquilina de la pensión, siempre despechugada, que según todos los indicios se estaba iniciando en la prostitución y por el momento, a manera de aprendizaje aceptaba los canjes más variados, de hecho cualquier oferta le "cabía", como dicen los muchachos. Al almacén iba siempre por cigarros y la gente se preguntaba por qué nunca pagaba. ¡Me los anota, don Santi!, decía simplemente y allá se iba con un par de cajillas, contoneándose provocativamente. Se corría la voz de que había estado con los dos obreros que hacían un trabajo de refacción en una casa de la cuadra y que su única retribución había sido una tirita de asado que había compartido con unos vasos de vino. La mina tenía un par de piernas finitas, pero una plataforma descomunal que exhibía generosamente con un vestido ligero y un escote en V que le llegaba casi hasta el ombligo. Y no era la única en exhibirse de esta manera. En la misma pensión vivía una pardita de ojos claros, que no era linda, pero tenía un par de piernas espectaculares, y estaba la hermana del gordo, furiosamente rubia, con su cuerpo de guitarra y sus pantalones que parecían pintados en el cuerpo, y otra morocha que vivía en un edificio de la vuelta, pero frecuentaba la carnicería y el almacén, un minún que salía y volvía en taxi, siempre vestida "para la guerra", sin mucho misterio. Y ni qué hablar de las vecinas del apartamento dos, hetairas de las caras, aunque no vivían ahí, usaban el

apartamento sólo para atender y para cambiarse, siempre llamaban la atención cuando se las veía entrar y salir. Y como resultado de tener estas hembras revoloteando por ahí todo el día los hombres de la cuadra andaban siempre alborotados, para escándalo de las vecinas, sobre todo las casadas o las que tenían novio.

¡Lindo barrio! exclamó una vecina cuando vio salir a la Vero y cruzar la calle mirando descaradamente a todos los hombres que se le cruzaban ¡Sí, lindo!, contestó el Papi, como siempre atento y vigilante, mientras se le perdía la mirada babosa detrás de la mujer.

La veterana hizo un gesto despectivo, no se sabe si dirigido al paria o a la mina y se metió a la carnicería, donde el vasco, con un risita le espetó ¡Estamos cada vez mejor, eh, querían un gobierno comunista no, bueno, ahí tienen!, la cuadra es una mugre, ya no se puede más con tanto impuesto, ¡está lleno de locas y bichicomes y nadie hace nada!... Estas frases iban y venía en un contrapunto sin guitarra entre el comerciante y la vieja, de hecho ambos solían representar ese número día tras día para consumo de los demás clientes, Uno de ellos, hastiado por la diatriba, y como el que calla consiente afirmó de repente, en voz bien alta: ¡Pues lo que soy yo nunca había estado mejor que ahora!, y me animo a decir que ustedes tampoco, ¿o se olvidan de cómo estábamos hace unos años? Los susurros de aprobación de uno o dos de clientes y las risitas de un par de empleados a sus espaldas terminaron

por fastidiar al carnicero quien afiló con ira el cuchillo contra la chaira, como si tuviera ganas de apuñalar a alguien. Se volvió hacia el hombre que había hablado antes: ¿Y usted qué quiere? le preguntó con cara de pocos amigos. Un paquete de papas naturales, cortadas para fritar fue la respuesta sencilla, sin matices, a lo que el comerciante dirigiéndose en voz alta a uno de sus empleados reclamó de mala gana, señalando un freezer ¡Alcanzame un paquete de papas baratas, de esas que están abajo de todo! Un color rojizo se apoderó del rostro del cliente, quien tras titubear un momento exclamó, conteniendo la ira: ¡Deje, no voy a llevar nada, no se vaya a molestar por tan poca cosa!, se dio vuelta y salió. El carnicero lo siguió un momento con una mirada dura, injuriosa, y luego con un gesto de desprecio dijo por lo bajo, como para sí mismo pero para que lo oyeran ¡Comunistas de mierda, qué se creen, tantas pretensiones y siempre pichuleando! y se quedó ufano, con el cuchillo en la mano, como quien termina de ganar una batalla en nombre de la democracia. Estas actitudes le hacían perder algunos clientes, pero también ganar otros. Y estaba el profesor, quien filosóficamente se decía "El tipo es un asco, pero tiene las milanesas más tiernas...".

A todo esto el Papi, parado en la esquina, ajeno a estas pequeñas polémicas barriales, contaba sus monedas cuando vio venir al "Dulce de Leche", otro "pichi", a

quien le decían así no por su dulzura, sino porque era lo más parecido a la mierda, y entró a recular buscando la protección de un árbol y luego empezó a caminar en sentido contrario. El "Dulce de Leche" advirtió la maniobra y de lejos empezó a gritarle Che, Papi, ¿que hacés, ya no conocés a los amigos?, ¡Sos un hijo de puta y un cagón, me debés cincuenta mangos del auto que te ayudé a lavar el otro día– deuda que el Papi aseguraba haberle pagado y con interés–, y no te hagas el gil que si te agarro te voy a reventar el culo a patadas! y etc., etc. De lejos contestó el Papi ¡A vos ya te pagué y mejor dejame tranquilo, no me hagás volver que vos no sabés cómo soy yo! y repetía una y otra vez Vos no sabés como soy yo, vos no sabés cómo soy yo sin dejar de caminar y todos se quedaron sin saber cómo era porque llegó a la esquina, le dio vuelta y desapareció.

Ante el griterío el carnicero salió a la puerta y sacudió varias veces la cabeza reiterando cada tanto: ¡Yo no sé adónde vamos a parar, yo no se adónde vamos a parar!

Y así, entre marginales, comerciantes, honrados vecinos y vecinas, hechos cotidianos y alguno más o menos inesperado transcurría otro día "normal" en el barrio del Cordón. El antiguo Cordón, el mismo que en la época colonial se extendía desde "el Ejido" (la salida), marcado por un tiro de cañon desde la muralla de la ciudadela, hasta el límite de las tierras comunales, las tierras de "Propios", y ahora, mucho más modesto, restringido hasta Bulevar

Artigas, algo así como la mitad. Barrio de contrastes, con todos sus altibajos de riqueza y pobreza, de lujo y sudor, de gentes de todos los pelos y todas las clases, gente que sube y baja en la escala social como sus calles extendidas a lomos de la Cuchilla Grande.

13

El profesor, que salía para el nocturno, se cruzó con el Inspector de Secundaria cuyo apellido no recordaba, aunque sí que en el liceo las adscriptas le llamaban "el bombón" y acudían presurosas a ofrecerle café y galletitas en cuanto llegaba a hacer una visita de inspección. Con la escasez de hombres que hay este churro está desperdiciado, decían, mientras el hombre, un distinguido viudo de pelo entrecano, circunspecto, pedía libretas, escritos y formularios que revisaba en estricto cumplimiento de su deber, ajeno al alboroto de gallinero provocado por su presencia. Lo había visto llegar un par de veces, siempre a la misma hora, las ocho de la noche, bajar de su auto, tocar el timbre y esperar a la puerta del edificio a que la psicóloga del cuarto piso bajara a abrirle, así que había supuesto que el hombre estaba haciendo una terapia, consecuencia quizás de su prematura viudez. Le franqueó la entrada, se reconocieron, se saludaron, y siguió su camino. El profesor vio que el otro traía algo en sus manos. Parecía un envoltorio de confitería, seguramente unas masas o sandwiches, un obsequio para la psicóloga, una mujer aún joven y de buen ver, con dos hijos pequeños y en trámites de divorcio. Las veces anteriores que se lo

había cruzado no era portador de ningún paquete, según recordaba. Quizás aquella bandeja fuera un indicio de algo, aunque como todos saben las relaciones "paciente-psicólogo" son contrarias a la ética profesional. Es posible que fuera una simple atención, no debía ser mal pensado, y en todo caso no le importaba, ¡ya había bastantes chusmetas en el barrio! Considerando su propia situación le convenía andar con pies de plomo.

Ese día no pudo pensar en otra cosa que no fuera el lío en que se estaba metiendo. "¡Justo en este momento!" se decía una y otra vez. Ya en clase recorría con sus alumnos las páginas de la Divina Comedia, una de sus obras preferidas. Sabía que para la mayoría de las gentes la lectura de los clásicos, ¡bah, la lectura a secas!, había pasado de moda, y reinaban el mal gusto y la trivialidad. Pero como estaba sinceramente convencido de la genialidad del texto lograba trasmitirlo, gracias al entusiasmo con que lo abordaba y a una innata capacidad actoral. Pero esa noche estaba distraído, su diálogo con el texto era más íntimo que nunca, casi no tenía en cuenta a sus estudiantes.

"Un viento infernal arrebataba a las almas que volaban y eran estrelladas contra las rocas sin que pudieran hacer nada por evitarlo". Canto V del Infierno, el círculo de los lujuriosos.

–Es un castigo que se corresponde directamente con el pecado cometido– dijo distraídamente– Aquellas almas

que habían sido dominadas por la pasión, incapaces de contenerse, eran ahora arrastradas contra su voluntad y azotadas por toda la eternidad...

No le asustaba el Infierno, ni siquiera creía en él, le asustaba sí su propio mundo, tanto el sentimiento de culpa, el temor al dolor, como las secuelas de actos irresponsables....

–"*Aquellas almas proferían ayes lastimeros, parecían agobiadas y cargadas con todos los pecados del universo*". Su mirada se cruzó con la de Ana María, que lo miraba y hablaba por lo bajo con una compañera y amiga, una confidente. ¿Por qué las mujeres lindas siempre tienen a alguien así a su lado, alguien que no puede "hacerles sombra", que se comporta como un simple satélite? Pensó que estarían comentando por lo bajo qué tan a cuento venía la situación descrita por Dante y lo que estaban viviendo ambos. ¿Entendía ella todas las implicancias del texto, las agonías de su espíritu? Era posible que sí, la risa le bailaba en los ojos, como incitándolo y desafiándolo.

–¡Profesor, profesor!

Se dio cuenta de que se había quedado ensimismado, absorbido, que había hecho un paréntesis demasiado largo. Paseó una rápida mirada por la clase y le pareció ver ojos escrutadores, censores o burlones, y estuvo a punto de salir de la clase con cualquier excusa, pero resistió. "Estoy paranoico, alguno puede sospechar, pero nadie, salvo su amiga, puede saber a ciencia cierta hasta dónde

llega nuestro asunto". Era tiempo de sonreír, disimular, concentrarse en la clase.

–Sí, ¿alguna pregunta?

Un rato más tarde la buscó en la placita, en el rincón más oscuro. Todo estaba decidido.

–¿Dónde vamos?– preguntó ella.

–Al Copacabana, ¿te parece bien?

–Claro que sí, pero ¿tenés plata? Mirá, por mí no te pongas en gastos...

Y sí, se iba a "poner en gastos", y la plata no le sobraba, pero eso no le preocupaba en ese momento. Por un lado, ya lo había resuelto así, y por otro, valía largamente la pena.

–En este momento sólo puedo pensar en una cosa –respondió–, ya pensaré en la plata mañana...

Ella se rió, pícara, y ya no se habló más del asunto. Iban llegando al hotel cuando volvió a oír su voz.

–¿Vos te casaste por la Iglesia?

–No, yo no. ¿Y vos?

–Yo sí, y ya ves... pero vos no crees en nada, ¿no?

Detrás de estas palabras adivinó todo el fracaso de una propuesta de vida que pasaba por lo votos matrimoniales, la familia, el amor eterno y todas esas cosas. No era su caso; se había casado casi por inercia, porque él no creía en el amor eterno, ni en los votos matrimoniales, ni en Dios, ni en nada, o casi nada.

–Te va a sorprender, pero hay algo en lo que sí creo: la vida tiene sus ciclos, sus etapas, y formar una familia es uno de ellos; capaz que te parece cursi, pero quería tener hijos, y este era el momento, antes de hacerme viejo. Ya voy para los treinta. Una vez escuché a un viejo cómico, Roberto Barry, no sé si lo conocés, ya murió. Bueno, lo escuché decir en un monólogo algo que me tocó, un pensamiento que aún hoy me parece muy cierto: *"el soltero vive como un príncipe, pero muere como un perro"*. Roberto Barry, ¿te imaginás?, un humorista despreciado por los intelectuales, y capaz que ninguno de ellos ha dicho una verdad tan grande en toda su vida... Pero basta de retórica, llegamos. Ella lo miraba admirativa, este tipo de reflexiones era lo que la subyugaba de él, y alimentaba su deseo.

Condujo el auto a través del ancho portón, y lo introdujo en un garaje vacío. Subieron las escaleras besándose ansiosamente

Ya en la escueta piecita cayeron sobre el lecho uniéndose, tocándose en forma apasionada, olvidados del mundo. Las manos de él recorrieron sus espléndidas formas, aquella maravilla que se ofrecía al disfrute pleno de sus sentidos, mientras ella buscaba ansiosamente dentro de su pantalón. Bastaron unos pocos segundos para que ya desnudos se revolcaran de un lado al otro de la ancha cama, que ocupaba casi toda la habitación. Sólo un rato después, calmados que no saciados, acostados uno junto

al otro, sin pudores, apreciaron que mientras estaban entretenidos se había encendido la televisión del cuarto, un servicio automático, y en la pantalla una rubia opulenta y escandalosa se ocupaba de dos robustos gañanes cubiertos de tatuajes.

No pudieron sino reír a carcajadas ante las proezas profesionales de aquellos mercenarios del sexo. De repente se miraron y se entendieron.

–¿Vos necesités eso para inspirarte?

–¡Claro que no –respondió él–, ahora mismo voy a apagarlo!

–Mejor. Y decime, ¿qué te gusta, además de la posición del misionero? Eso lo dijiste vos en clase, la posición del misionero... ¡Mirá los curas, quién iba a decir que le iban a enseñar posiciones a los indios, y a las indias sobre todo, supongo!

–Pues a mí me gustan los números...

–¡¿Qué números?!

–Hay varios, el sesenta y nueve, el veintiuno, el ocho, y además están la gastronomía y la electrónica, ¿conocés el teléfono?

–¿El teléfono, y eso cómo es?

–Bueno, te metés una teta en la boca y la otra en la oreja, ¿qué te parece?

Riéndose a más no poder respondió ella:

–¡Mejor me enseña todo el manual, profesor!

Y lo dejaron por allí. La ciudad se recogía plácidamente sobre sí misma, adormecida en un aire espeso y oscuro. Sólo unos cuántos tenían motivos para velar, reunidos de alguna manera en torno a los fuegos que encendía la noche. El eterno fuego. *Todos los fuegos, el fuego.*

14

Esa misma noche la hermana del músico, Tania, volvía relativamente temprano a casa, acompañada por su nuevo novio, un muchacho moreno del Barrio Sur, lindo sí, pero de ocupación desconocida, salvo tocar el tamboril y "ayudar un poco" a un tío electricista, que lo llamaba cuando necesitaba un segundo o tercer ayudante. Esta situación había generado un encontronazo con su padre, quien le había reprochado, más que el color del joven, su aparente falta de futuro, a lo que la muchacha había respondido descarada y airadamente:

–¡Pero decime una cosa!, cuando a ustedes los hombres les gusta una mujer ¿le piden un curriculum, le hacen un test de coeficiente intelectual? ¡Claro que no, les gusta y basta! ¿Y nosotras por qué tenemos que ser distintas? Yo estudio y me gano la vida –Tania daba clases de música en una escuela– , ¿por qué no podemos tener los mismos derechos, yo y todas las mujeres?

Palabras que no le gustaron nada a su padre, pero se las tuvo que tragar como quien "traga un sapo", dijera el Pepe, porque bien sabía que ella igual haría lo que le viniera en gana...

La muchacha y su novio regresaban de algún lugar donde seguramente habían estado dándole al tamboril y al vino, alegres, contentos, cuando al pasar por el Apartamento 1 vieron que la puerta estaba abierta, y que alumbrándose con la luz del pasillo había tres mujeres alrededor de una mesita junto al dintel, consumiendo algo que parecía ser una torta y un refresco. Saludó extrañada y llamó al ascensor. En ese momento se apagó automáticamente la luz del pasillo y vio a la inquilina del apartamento, "la Gladys", también conocida como "la veterana vestida de pebeta", salir presurosa y apretar el botón para que se encendiese nuevamente, al menos durante el próximo minuto.

–¿Qué pasa, vecina, está sin luz?– preguntó.

–Sí– fue la temblorosa respuesta– y justo hoy que es mi cumpleaños y vinieron mi madre y mi hermana...

La joven sintió una intensa compasión y miró a su novio con expresión interrogante.

–Chipi... –dijo simplemente y este entendió.

–Si quiere puedo ayudarla señora, soy electricista, bueno, ayudante de electricista y algo sé...

–¡Claro– apoyó Tania–, no se va a pasar toda la noche entrando y saliendo para prender la luz del corredor! ¡Ah, y feliz cumpleaños!– agregó, y se quedó medio cortada por la evidente paradoja.

–No creo que pueda, joven– fue la respuesta apesadumbrada–. Me la cortaron por no pagar... pero gracias por sus buenas intenciones.

Estas palabras fueron dichas con honda pena y a punto de llorar.

Pero el Chipi, tan conmovido como su novia, acotó:

–Bueno, igual se puede hacer, aunque es arriesgado. Si se anima...

–¿Se puede hacer qué?– preguntó la Gladys, expectante.

–Se puede hacer un puente. Yo se la conecto, pero durante el día hay que desconectarla, porque si la descubren la van a multar, y la multa va a ser mucho mayor que la deuda, impagable...

–¡Qué me puede pasar que ya no me haya pasado! ¡Mire, si lo puede hacer, aunque sea por un rato, hasta que se vayan mi madre y mi hermana, se lo voy a agradecer para siempre!

–¡Claro!– dijo el Chipi– ¿Tiene una pinza y un destornillador?

Que no, pero Tania recordó que su padre sí tenía. Subió, volvió enseguida con lo necesario y el Chipi puso manos a la obra. En suma que un minuto después quedaba restablecida la luz del apartamento. La mujer rió y palmoteó de alegría, abrazó a los muchachos y los besó efusivamente mientras agradecía una y otra vez.

Tania y el Chipi se sintieron muy pero muy buenos, y con una cálida ola de solidaridad acariciando sus cuerpos subieron al apartamento de la muchacha, comprobaron con satisfacción que no había nadie y se encerraron en

su cuarto, donde hicieron el amor con una intensidad y placer casi fuera de este mundo. Cuando salieron un rato después para ir a la cocina se encontraron con el padre y el hermano que sentados ante la televisión los miraban con expresión diferente: acusadora, ceñuda la del padre, cómplice, casi risueña la del hermano.

–¡Oh, no nos dimos cuenta que estaban acá!– exclamó con sorpresa.

–¡Pues nosotros sí nos dimos cuenta de que ustedes estaban ahí!– respondió su padre, áspero, sin contestar el tímido saludo del Chipi, y con un fondo de risitas ahogadas de Fabián.

Fue entonces o un poco después, en este punto no es fácil precisar los tiempos, entre el frenesí de cuerpos y episodios y algunas copas de más de alguno de los participantes, que se sintieron los ruidos y la gritería proveniente de la planta baja, y salieron a ver, para alivio de Tania y del Chipi que pudieron escapar a la densa atmósfera acusadora que se cernía a su alrededor, sólo para caer en otra... Era la una, quizás las dos, el tiempo se les había ido. Unos timbrazos provenientes del portero eléctrico y una voz femenina alterada, histérica, reclamó a los gritos: "¡Pueden bajar, por favor, queremos hablar con ustedes!". Unos segundos después los cuatro emergían del ascensor. En el pasillo de la planta baja se encontraron con una escena de ordalía medieval. La "princesita", como le decían despectivamente, los brazos cruzados, la mirada airada de

fiera que defiende la guarida, secundada por su marido el ingeniero, que se apostaba como siempre un paso más atrás con expresión hosca tenían medio arrinconada a la vecina de la planta baja que lloraba compulsivamente, recostada a la pared, con las manos en la cara. Completaban la escena la rubia bigotuda del 2° piso y la "mujer lenteja" del cuarto, entre ambas dueñas de casi todos los apartamentos. Dos o tres vecinos y un par de niños completaban la lista de espectadores, a los que poco después se agregaban las inquilinas del dos, la rubia y la morocha, ambas a medio vestir, cubriéndose apresuradamente con saltos de cama. La *princesita* esgrimía su dedo acusador a diestra y siniestra:

–¡Estaba robando electricidad, – redirigió el dedo y señaló a los recién llegados– y la culpa es de ustedes! ¡A usted lo vieron– y acá el dedo señaló al Chipi– manipulando el tablero!– y luego mesándose los cabellos dramáticamente– ¡Quién sabe la cuenta de luz que nos va a venir! ¿Y quién va a pagar eh, quién va pagar? ¡La gente honesta va a pagar, la que no le roba nada a nadie!

–¡Señora– balbuceó el Chipi– las entradas son independientes, no le van a cobrar de más a usted ni a nadie, además, ahora iba a desconectarlo...!

–¡Fue un acto de humanidad, señora, algo que usted desconoce!– agregó Tania fríamente.

–¡Cállese, usted es la responsable, usted es la que trajo al edificio a ese... negro!– dijo *la princesita,* y se quedó con

la boca fruncida, un rebelde mechón cayéndolo sobre los ojos, los brazos en jarra, dispuesta a vituperar al mismísimo Jesús si apareciera en ese instante para defender a los réprobos. El rostro de Tania expresaba una ira inaudita y a punto de estallar.

–¡Parece mentira– completó *la princesita*– lo bajo que ha caído este edificio con la gente que vive aquí ahora!– y deslizó un mirada de desprecio por los circundantes, dejando de lado sólo a las dos propietarias, que asumían diferente posición: mientras la bigotuda miraba hoscamente a ambas, desaprobando tanto a los inquilinos como aquella explosión de resentimiento y prejuicios, la *mujer lenteja,* también conocida como *la esposa del gallo Claudio,* por su parecido con el personaje de dibujos animados, aprobaba enérgicamente con la cabeza y emitía un cacareo aprobatorio. *La princesita,* apoyándose en su marido y en la "gallinita", se quedó enhiesta, orgullosa de la contundencia de sus razonamientos y de haber puesto a todo el mundo en su lugar.

Tania era una tarántula centelleante cuando lanzó su grito de guerra:

–¡Lo que vos sos es una puta, agrandada, malcojida, reaccionaria de mierda con cara de culo, y te vas vos y toda tu parentela a la reputísima madre que los parió!

–¡Sí – agregó su padre, a quien el estallido de su hija había precedido por muy poco–, sos todo eso y mucho más, no te creas que no sabemos que tu padre

fue un milico torturador, y de ahí te vienen todos esos delirios de grandeza que tenés y que nadie sabe de donde sacás porque vos no valés nada pedazo de una hija de mil putas!

–¡Y no sabés lo que es la solidaridad ni la compasión porque sos una perra y una pajera de mierda, no creas que no veo la forma libidinosa como lo mirás al Chipi, a vos lo que te falta es una buena verga para no ser tan egoísta, miserable y envidiosa!– completó Tania ya lanzada e incontenible.

Ante esta embestida feroz e inesperada de contra argumentos, el marido de *la princesita* dio un paso adelante y levantó una mano como para dar una cachetada, pero el Chipi se interpuso justo, y el ingeniero ponderando la constitución física del moreno con la suya propia se arrepintió en el acto y arrió banderas refugiándose detrás de su paralizada mujer.

Cuando esta pudo reaccionar se echó atrás y dijo, ya al pie de la escalera: – ¡Esto no va a quedar así, les juro que no va a quedar así!

Entró furiosa a su apartamento, golpeando con escándalo la puerta y confrontó a su marido:

–¡Y vos pudieste haberme defendido, eh, ni abriste la boca, te pusiste *atrás mío* cuando te encaró el negro de mierda ese, que te cagaste hasta el pelo!

–¡No pensarás que me iba a poner a la altura de esos! Y ya que estamos, ¿cómo es eso de que lo andás mirando

al "negro de mierda" como decís vos, eh, qué contestás a eso?

–¡Que es mentira, eso contesto, no le vas a creer a esa puta descarada, y no creas que no me di cuenta cómo miraste a las minas esas que aparecieron medio en bolas, que nunca te perdés una, no te importa el lugar ni que tu mujer esté tratando de defender el honor de la familia, todos los hombres son iguales, ay, ay, ay!– y en pleno estallido de sollozos se precipitó al dormitorio, cerró la puerta con llave y acudió a la cuna donde su hijo pequeño lloriqueaba con los ojos muy abiertos, y "¡pobrecito, pobrecito, qué padre te tocó, en qué mundo vas a vivir...!", etc, etc.

Entretanto en el piso de abajo se disgregaban algunos participantes mientras Tania trataba de consolar a Gladys, y el Chipi explicaba que al único al que le robaban luz era a la UTE, que nadie iba a tener que pagar nada, que él sabía mucho de eso, porque en su casa hacía años que vivían colgados y que ya iba a desconectar el puente, que el ingeniero tenía que saber y seguro se lo había dicho a su mujer y la muy perra había armado todo aquel relajo por gusto y por prejuicio, para hacer daño nomás, que a ellos les había dado lástima la pobre mujer, a oscuras en el día de su cumpleaños, esto dicho en voz baja para no herir más todavía a la Gladys, y el padre de Tania y Fabián que pedían disculpas por aquel lío mayúsculo, y todos se iban retirando sin dejar de comentar lo ocurrido, y la morocha del dos les decía por lo bajo que se lo tenía merecido, que

la princesita era una yegua, que siempre las miraba por arriba del hombro y el marido un pajero que les había preguntado cuánto cobraban y ellas le habían dicho que no porque no querían problemas con las vecinas, todo lo cual provocó no pocas risas y burlas de las cuales salieron bastante mal paradas la parejita de marras y la esposa del gallo Claudio.

Cada apartamento fue aquella noche un hervidero de comentarios, a todos les costó conciliar el sueño, aunque baste decir que en el apartamento 301 el Chipi fue expulsado sin más trámite y que el padre advirtió a Tania que no la juzgaba por los hechos de aquella noche, pero que su casa no era un telo y que no quería que se repitiera lo ocurrido, y que ella y el Chipi no se buscaran más líos, lo que fue aceptado por ella, resignadamente y a título condicional.

A la mujer del Apartamento 1 todavía le quedaba una perla en aquel collar interminable de infortunios que era su vida: el regreso del Kito. Éste había salido como todas las noches a reunirse con su patota y volvía de madrugada. Esa noche en particular a la falta de luz se había agregado la presencia de la madre y la tía de Gladys, "esas viejas insoportables" según el Kito, entre otros insultos de mayor calibre. Volvió como todas las noches: "fumado", con varias copas de más, y dispuesto a cobrar su cuota de humillación cotidiana. Nunca se enteró de los líos relatados, simplemente entró, accionó distraídamente la llave

de luz y al no encenderse la misma comenzó a putear a la dueña de casa, la cual sollozaba quedamente en su cama. Un tropezón, una silla que cae, el golpe del Kito que rebota contra una mesa que arrastra consigo antes de estrellarse contra un armario con estrépito de vasos y platos que se rompen. Asustada se levantó, encendió una vela, y acudió en su ayuda antes que rompiera todo. Tambaleando se levantó el Kito, le dio un empujón y le reprochó a los gritos que en esa casa no se podía vivir, que ni luz había, que ni ella ni su hija servían para nada, y una sarta de insultos soeces. "Si no me hubieras sacado la plata que tenía para pagar la UTE esto no habría pasado..." dijo ella con amargura, en medio de las lágrimas. "¡Ya está, ya salió, tenías que reprocharme eso, sos una perra desagradecida, ya te dije que necesitaba la plata!, ¿que preferías, que me mataran, eso querías no?, ¡yegua, hija de puta!" Y la mano que se alzó y cayó pesadamente sobre la cabeza de la mujer quien sabiendo lo que se venía apagó la vela y corrió al cuarto de su hija golpeando a la puerta. La joven, que había cerrado con llave como todas las noches, le abrió, la metió rápidamente y cerró de nuevo. Luego ambas lloraron largamente, abrazadas. El Kito intentó ir detrás de ella, pero entre la oscuridad y el estado de semi inconciencia en que se encontraba, optó por buscar la puerta del baño, la abrió de una patada y orinó hacia dentro, luego, tanteando paredes y profiriendo amenazas se dirigió al dormitorio y se echó vestido sobre la cama.

Un momento después se escuchó una respiración ronca, monótona, satisfecha.

Ya casi amanecía; otra noche más, como tantas, había transcurrido en la vieja calle arbolada del barrio del Cordón.

15

Unos tiernos brotes verdes asomaban en los árboles. El Abrelatas fue el primero en verlos. Para él era el anuncio de una época de felicidad completa. Se acercaban los seis meses de plenitud que justificaban ese otro medio año, en el cual debía soportar privaciones, frío, lluvia, en que el hambre podía ser una tortura intolerable. Cuando hacía calor se llevaba mucho mejor, pero para al frío no había con qué darle, necesitaba comida y abrigo. Las más de las noches terminaba en un refugio, pero eso no le gustaba. Se sentía maltratado cuando lo obligaban a higienizarse y a cambiarse de ropa, algo absolutamente innecesario a su manera de ver. El Abrelatas vivía alegre e inconscientemente cada día. En su mente sencilla no había lugar para el resentimiento ni el odio. El sol, los brotes, cierta tibieza del aire lo hacía sentir infinitamente feliz, casi invulnerable. Su amistad con el Moncho se había hecho más intensa en los últimos tiempos y como un niño recién adoptado se sentía protegido, se escudaba y se refugiaba en aquel sabio y maduro patriarca de marginales. No sabía ni en qué día vivía, sólo recordaba la gran borrachera que había cogido la noche anterior; le dolía la cabeza, el estómago le gruñía como nunca, pero la savia nueva le avisaba que se

acercaba el verano, y ese tiempo era como una expectativa de inmortalidad. No se planteaba otro horizonte, siempre vivía pendiente del próximo verano, y así como habían llegado muchos, llegarían otros, y otros, hasta ese día en el que no pensaba, que quizás no llegaría nunca porque siempre habría un verano más. Ahora su mirada reconfortada vaga por el espacio que le pertenece, levanta la vista por primera vez esa mañana, porque siente un inédito deseo de ver más allá. Le duele la cabeza y su equilibrio es precario, pero eso no le preocupa demasiado. Nada que no pueda ahuyentar con un trozo de pan y unos tragos de vino. A media cuadra, quizás, advierte un raro espectáculo, un suave resplandor que se cuela por una grieta entre las nubes y que percibe como un claro en el bosque de edificios, una zona alumbrada de una manera extraña con sus matices azules y dorados que parecen reclamarlo. Camina tambaleante hacia ese lugar, salvando la calle que constituye su límite. Es algo que no hace habitualmente, ahí, a solo unos cien metros de la esquina, del espacio que constituye su mundo está la avenida, con su chorro de gentes y de vehículos que lo alejan con un efecto repelente. Lo altera la presencia de gentes innumerables e indiferentes que pasan apuradas, sin verlo, sólo a veces una mirada piadosa, pero en otras la expresión hosca, la boca torcida que descubre la crítica, la burla, el desprecio, y a veces la lástima. Allí no es nadie, el suelo se mueve bajo sus pies y la muchedumbre es como una arena movediza

que amenaza tragarlo y desmenuzarlo. Pero esa mañana le atraen la naciente primavera anunciada en los brotes tiernos y la pelusa dorada de los plátanos que gira en el espacio provocándole escozor en los ojos, y aquel claro iluminado allá lejos donde reverbera un tibio y confortable sol que lo llama con una fuerza incontrolable. Preso de una euforia desconocida se introduce en aquel espacio que parece querer comunicarle algo importante, trascendente. No es que sienta la necesidad de ese sentido, de ese contenido, eso es algo que nunca tuvo, su alma inocente siempre se contentó con las cosas ínfimas y sencillas. Su vida es un reloj que apenas tiene un minuto más, y luego otro, y otro, que se van sumando hasta conformar los días y las noches casi iguales que la componen, y que si por algo se alteran es por factores externos como el clima, una botella de vino, un trozo de carne asada, un poco de sol filtrándose en el rosa púrpura de los amaneceres que le anuncian un día más de existencia.

Pero el inédito llamado lo conduce hasta aquel caleidoscópico espacio que se forma entre los edificios y las altas ramas cubiertas a medias de verde. El lugar en cuestión es un retiro entre edificios, y allí en un cuadrado de diez por diez, tocado mágicamente por el sol, el viento ha acumulado desechos, hojas y papeles que bailan la fantástica danza de los remolinos. Eleva la mirada y advierte que algo o alguien viene a su encuentro, ese algo– alguien parece reclamarlo, lo toma de los brazos y lo atrae, quiere

llevarlo consigo. El Abrelatas queda suspendido, justo en el medio, y ve o cree ver un etéreo ser que le muestra una escalera y lo invita a subir. Enajenado comienza a hacerlo, no se da cuenta de que algunas personas comienzan a detenerse y a observarlo entre sorprendidas e impresionadas. Comienza a ascender, se siente flotar, oye más claramente una música que al principio sonaba entrecortada, y que ahora se eleva por encima de los edificios y parece venir de lo alto, y que vagamente identifica como algo que escuchó muchos años atrás, cuando tomado de la mano de su madre, de la que hacía mucho tiempo que no se acordaba, concurría a la iglesia, y escuchaba esa música, y fingía que rezaba porque nunca se acordaba de las oraciones, porque el final de esa música y las ceremonias significaba que pasarían al comedor, donde tendrían su única comida caliente del día, y junto a aquel ser vago y etéreo que exhibía unas alas semidesplegadas, prontas a emprender el vuelo, danzaban y lo llamaban su madre, su hermano mayor, para siempre niño en su memoria porque había muerto hacía muchísimo tiempo por alguna enfermedad rara contraída en el barrizal del asentamiento, y el Abrelatas alzó sus brazos, y giró con ellos. Su único diente bailaba en la boca abierta dándole a su rostro un expresión extasiada y bobalicona, y la gente se paraba y lo miraba entre divertidas y preocupadas, luego asombradas. Alguno hasta juró que lo vio quedarse suspendido un momento, y flotar en el torbellino, pero luego

sin duda se dirían que no, que eso nunca pasó, que fue una ilusión provocada por aquel extraño espacio incandescente. Entonces el Abrelatas levantó una pierna para subir la escalera que se perdía más allá de los edificios, en un cielo de colores regido por un sol radiante, pero su pie nunca encontró el escalón y en vez de eso se desplomó, y permaneció un buen rato agitado por terribles convulsiones, echando espumarajos por la boca, con los ojos desorbitados y blancos, hasta que unos brazos vigorosos lo levantaron y lo metieron en una ambulancia, que tardó mucho tiempo en llegar, una hora quizás, y durmió o agonizó un par de días, hasta que se despertó en un sitio muy caliente, cubierto hasta el cuello por unas ásperas sábanas y con los brazos traspasados por agudos dolores. Giró como pudo la cabeza a uno y otro lado y vio que tenía sendas agujas insertadas, y que por una le llegaba un líquido transparente y por la otra un líquido rojo intenso. No era la primera vez que se despertaba en un hospital, por lo que al instante advirtió que se trataba de sangre y agua, los humores de la vida. Alguien dijo: ¡Mirá quien se despertó! Ya veo respondió el otro, un individuo de túnica blanca que se inclinó sobre su cabecera, le metió un dedo en el ojo para levantarle el párpado y mirar debajo, y luego le colocó un estetoscopio en el pecho. Vaya, parece estar bastante bien. ¡De buena se ha salvado! ¡Dos días inconsciente! Es inmortal, las ruinas son inmortales, le susurró el otro por lo bajo.

¡Pero no se preocupe, amigo, en unos días estará pronto para otra! Giró y agregó: Si sigue bien a mediodía le damos una sopa y un puré de verduras, está necesitando algo sólido. "¡Puaj, verduras!" pensó el Abrelatas, el médico quizás advirtió su cara de deseperación, porque agregó Y bueno, vamos a agregar un churrasquito, le va a venir bien, me parece. El Abrelatas suspiró aliviado, comería el churrasco y tiraría la verdura por ahí. Recostó la cabeza en la almohada y trató de recordar. Tenía la vaga idea de que había visto un ángel, y luego a su madre y a su hermano, y luego nada, y ahora despertaba en la sala de un hospital. Pero tampoco esas imágenes perduraron mucho en su cabeza, lo suyo era la sola inmediatez de las sensaciones. Quizás su madre y su hermano lo estaban esperando en algún lado, quizás. Esa idea lo hizo feliz, lo consoló, tendría un lugar adonde ir cuando llegara ese día en el que nunca pensaba. Pero ahora mismo se sentía bien, y pronto recuperó la confianza. Las entradas y salidas del hospital ya eran parte de su vida, pura rutina para volver otra vez a la calle, indestructible. El sol penetraba por la ventana y calentaba los pies de la cama. ¡El verano, venía el verano! Tenía por delante una eternidad para aprovechar y disfrutar.

Cuando el Moncho vino a buscarlo, días después, al Abrelatas ni siquiera se le ocurrió preguntarle cómo se había enterado que le daban el alta. En su mundo las cosas ocurrían porque sí, espontánea y necesariamente. Un

rato más tarde pasaban por la esquina del Papi, rumbo al baldío donde habían construido un refugio, un par de cuadras más abajo. Se saludaron efusivamente y el cuidacoches los acompañó charlando alegremente, con grandes aspavientos y risotadas, mientras se prometían muchos y próvidos encuentros en las noches siguientes.

El Papi dejó a sus camaradas a salvo en su refugio y volvió a apostarse en la esquina. Recostado a la pared, fumándose un medio pucho, aprovechaba los últimos rescoldos del sol de la tarde y miraba la vida con optimismo, contento por la reaparición de su amigo. La barra no era la misma sin el Abrelatas. Nada había cambiado, nada podía cambiar.

A todo esto los vecinos regresaban a sus casas luego de otro día duro, notoriamente agobiados, cansados, estresados; lo veían al pasar y no podían sino comentar, resentidos ¡Ahí está el Papi!, ¿se le habrá movido un músculo desde la mañana?, y lo saludaban con un dejo irónico ¿Cómo andás Papi, cansado no?, o ¿Qué hacés tigre?, ¡siempre al acecho, eh!, y él contestaba de buen talante ¡y aquí me ven, trabajando! y se quedaba lo más orondo, echando volutas, contento de la vida.

16

Donde hace su aparición "el Jopo"

El Jopo se miró al espejo, satisfecho. Bien peinado como siempre, su tez cetrina lustrosa, desafiante, orgullosamente exhibida. Sonrió, tenía una risa fácil, entradora, y sabía que esa expresión era su mejor carta de presentación. El Jopo era un personaje singular: trabajaba como portero en un liceo, donde faltaba más de lo que asistía y sobrevivía tenazmente a todo tipo de sumarios y sanciones. Además, por la época que nos ocupa trabajaba como acompañante y chofer de una dama de edad, a la que paseaba, llevaba al médico, a casa de sus amigas y a eventos sociales. A veces debía dejarla en algún lugar y volver a buscarla dos o tres horas más tarde; entonces se solazaba paseando en el lujoso Mercedes Benz, un auto a su medida, pensaba. Se decía amigo de fiestas y trasnochadas, escéptico ante sentimientos como la bondad o el desinterés y "cargador como perro de campo". Era un típico vividor, un muchacho de barrio con ambiciones que parecían exceder sus posibilidades, pero que estaba convencido de que cada día traía lo suyo, y que el secreto del éxito consistía en cazar al vuelo y sin titubear "esa" oportunidad que tarde o temprano pasaría frente a sus

ojos, y que tenía que estar muy atento para apropiársela en el acto, y que eso era todo, esperar por ese día y no preocuparse demasiado por el futuro. En eso se parecía al Papi, pero estaba varios peldaños más arriba. Con su eterno pantalón azul marino, zapatos lustrados y camisa blanca, de mangas cortas para exhibir sus fornidos brazos, impecable, iba saliendo aquel mediodía para visitar a su madre, a la que tenía colocada en una residencia de ancianos por la calle Pablo de María, y luego se iría a su nuevo trabajo.

–Jopo, es para vos...– la voz del encargado de la pensión lo distrajo de sus pensamientos. Con aire contrariado respondió.

–Decí que no estoy, que dejen un mensaje que yo los llamo.

Un instante después el encargado le trasmitía el mensaje.

–Era del liceo, querían saber si ibas a ir a trabajar hoy, por lo que entendí hace varios días que no te aparecés... ¡Che Jopo, tené cuidado, te van a echar!

–¡Qué van a echar! ¡El Estado es una malva, no echa a nadie, es más bueno que una madre! La semana que viene voy a trabajar unos días y me cubro. Si no falto quince días de corrido no me pueden hacer nada. Y los descuentos no me importan, siempre agarro algo...

Ese día tenía otras cosas in mente, ir a visitar a su madre, y luego pasear un rato a la vieja ricachona, mane-

jando orgullosamente el Mercedes Benz que un día sería suyo, al menos en eso trabajaba sutil y aceleradamente tratando de que la anciana dama, quien no tenía herederos directos, lo incluyera en su testamento, aunque más no fuera para otorgarle aquel coche sobre el que sentía una especie de derecho adquirido. Era una prolongación de su personalidad. A su bordo se sentía fuerte, despótico, miraba a los transeúntes con cierto aire de superioridad y se decía que había nacido para eso, para estar al volante de un auto poderoso, provocando la admiración de los hombres y el deseo de las mujeres. Y después de esos pensamientos le chocaba la simple posibilidad de concurrir a su trabajo de portero. No era su lugar, era una obligación indeseada pero que le aportaba una mínima seguridad económica al fin de cada mes. Por poco que cobrara después de los descuentos, las multas y la retención le alcanzaría para pagar un anticipo en la pensión y mantener su crédito abierto, aunque pronto no sería suficiente ni para eso. Pero entonces vería qué hacer. Como dijimos antes el Jopo era un muchacho que siempre esperaba algo más del hoy, y ese futuro complicado no existía, era asunto de otro, que era y no era él al mismo tiempo.

Pero aunque parezca difícil de creer el Jopo tenía sus debilidades, o debe decirse mejor sus deudas de honor. Una de ellas era con su madre, una mujer modesta, quien tras una hemiplejia se había jubilado prematuramente por enfermedad, percibiendo un ingreso que apenas le alcan-

zaba para pagar la pobre residencia de ancianos en la cual agonizaba día tras día, sin otro horizonte que la muerte, como ocurre con la mayoría de los viejos. Esa era otra cosa en la que el Jopo no quería pensar. La vejez no era asunto suyo, eso era algo que nunca le llegaría. Su otra debilidad eran las mellizas que habían nacido de una unión pasajera en su remoto Río Branco natal. Allí habían quedado la madre y las niñas, remanentes de un pasado que no le gustaba recordar porque le traían rescoldos de una existencia pobre, de techos de lata y paredes de madera, a la luz de un farol, con una madre que trabajaba de sol a sol en un free-shopp de la frontera, ubicado en un calle abigarrada y pintoresca con reminiscencias del *far west,* y que llegaba a su casa tarde ya, entrada la noche, para inclinarse sobre la tabla de lavar o afanarse en la cocina preparando comida para el día siguiente. Fueron épocas con olor a pobreza, a humedad, a rancio, apenas sobrellevadas con la esperanza perpetua de una vida mejor, cuando su madre obtuviera aquel empleo público largamente prometido por un político en el que ella había depositado todos sus fervores y esperanzas. Allí había terminado la escuela, todos la terminan, y había empezado el liceo, sin mayor entusiasmo. Cómo otros jóvenes formados en la calle veía en el estudio más una cárcel que una perspectiva real de salir de aquel medio. En su mente refulgían imágenes de otra vida, postales de ensueño entrevistas acá y allá. No sabía cómo llegar, pero ese era el destino que am-

bicionaba, que presentía, y cada día se decía que no había nacido para llevar una vida de pobreza y postergación. Ya entonces era un jovencito con aire resuelto y risa fácil, que usó siempre como argumento, como una credencial que le permitía entrar en ámbitos que no le pertenecían, que no eran los suyos. Fue en esos tempranos años que sin pensarlo, casi por inercia, embarazó a una muchachita de la vecindad, con la alegre irresponsabilidad de un adolescente sin contención ni consejo. Los padres de la chica aceptaron con resignación aquel hecho, acostumbrados como estaban a un destino de miseria y promiscuidad en el cual las muchachas se embarazaban apenas entraban en la adolescencia. De esa relación nacieron mellizas, para mejor fortuna, dos niñas. El Jopo las tuvo en sus brazos, aprendió a quererlas un poco, pero eso no aumentó su sentido de responsabilidad. Muy pronto los padres de la muchacha descubrieron su incapacidad para contribuir a mantenerlas, antes bien el Jopo se transformó en un gorrón que un día sí y otro también se presentaba a la hora de almorzar o de cenar en la pobre casa de sus "suegros", con desparpajo y con las manos vacías. El resultado fue que tras algunas recriminaciones y discusiones se le cerró la puerta de aquella casa, y el Jopo debió resignarse a ver a sus hijas tres o cuatro veces al mes, en algún parque público. Pero un buen día la vida del Jopo empezó a cambiar. Tendría unos diecisiete o dieciocho años cuando su madre de sopetón le dijo: Arreglá tus cosas, nos vamos

para Montevideo. Fue uno de los días más felices de la vida del Jopo. Hacía tiempo que soñaba con esa idea, la atesoraba y enriquecía cada noche casi con desesperación. Se proponía dar ese paso él solo cuando llegara el momento, pero cuanto antes se produjera mejor. Se despidió de la madre de sus hijas, que lo miró ir con una mezcla de desolación y alivio, y se marchó prometiendo mandar una mensualidad cuando tuviera un empleo.

Su madre llegó a Montevideo de mano del político de sus fervores. Finalmente, y después de mucho tiempo, le había conseguido el tan mentado empleo público, que reclamó y obtuvo en un ente del Estado como merecida compensación para ambos, para él por haber sido electo diputado, y para ella por su fidelidad. ¿Hubo algo más que justificara aquella recompensa y aquella adhesión de tantos años? Es posible. En el pueblo se rumoreaba sobre la conducta demasiado "liberal" de su madre, su participación en fiestas con jerarcas y notables del pueblo, fiestas que comenzaban al caer la noche y terminaban al otro día, cuando ella regresaba a media mañana desarreglada, agotada y con una fuerte resaca. El Jopo prefería no pensar en eso. De hecho, como le pasaba al Lazarillo de Tormes, un personaje del que nunca oyó hablar en su vida, advirtió que en los días siguientes "mejoraba el comer y el beber", y eso era suficiente para su pragmática forma de entender el mundo. Lo cierto es que aquel "puestito" en algún ente público les permitió transladarse a la capi-

tal, un alivio y un escape para ambos. Comenzó entonces su peregrinaje por pensiones de mala muerte, hasta que ella pudo alquilar un apartamentito con un dormitorio, un baño elemental y otro cuarto que servía de comedor, estar, cocina y dormitorio para el Jopo. Estaba al fondo de un largo, húmedo y estrecho pasillo, en un barrio decadente, de veredas rotas y paredes descascaradas. De todas formas, mejor que una pensión o que el ranchito de Río Branco. El Jopo no tenía formación alguna. Su desenvoltura natural era el argumento que le permitía ir encontrando algún empleíto como "para ir tirando". Claro que esta vida no le agradaba, no era suficiente para él ni remotamente. Ni se le pasaba por la cabeza la idea de permanecer en algún lugar y hacer méritos para progresar. Todo lo que no fuera ya mismo era una postergación inaceptable. Como consecuencia lógica de esta mentalidad no duraba en ningún empleo, y vivió durante un tiempo insatisfecho, resentido... y desempleado. Una de las consecuencias de su dependencia era tener que asistir, resignado, a la vida promiscua de su madre. A veces ella le pedía que saliera a pasear, que "esperaba visitas". Entonces se tomaba su tiempo, generalmente se iba al Parque Rodó o a la Rambla, y se sentaba a mirar la vida que pasaba frente a sus ojos, rumiando sueños de grandeza, un esplendor que llegaba porque sí, espontáneamente y que nada tenía que ver con méritos u obligaciones. Una vez se animó a reprocharle a su progenitora la vida que

llevaba, más por los inconvenientes que le provocaba que por consideraciones morales, pero ella le había contestado que a su edad y con un vago como él para mantener no eran muchas las opciones que tenía. Así que el Jopo no volvió a hablar del tema. Cuando le tocaba dejar el campo libre agarraba su campera, se la echaba al hombro y se iba silbando bajito.

Algo que decir en su favor: nunca se le pasó por la cabeza delinquir para ganarse la vida, y si en algún momento se le pasó, pronto lo desechó. Era demasiado vivo para eso. Para robar bien había que nacer en una mansión, y heredar una estancia o un banco, por lo menos. Los chorritos chicos siempre teminaban en la cárcel o desangrándose en mitad de la calle. Ése no era proyecto de vida ni siquiera para él. Pero cuando ya desesperaba y estaba a punto de hacer algún disparate, llegó la buena noticia que volvió a cambiar su vida durante algún tiempo. Tras largas esperas, gestiones oficiosas y algo de suerte, logró prenderse él también a *la teta del Estado*. Fue aquel "carguito" como portero en un liceo por el que esperó durante meses y meses el que le dio cierta independencia y seguridad, además de no tener que asistir, resignado– sentía que toda su vida era un acto de resignación forzosa– a la degradación materna. En poco tiempo "le agarró la mano" a su nuevo empleo, y se dio cuenta de que casi no tenía que ir a trabajar, existían mil argumentos para faltar, todos rigurosamente contemplados en el Estatuto del

Funcionario, y así, con una mezcla de irresponsabilidad insolente y manejo inteligente de las licencias reglamentarias podía disponer de su vida con una libertad casi absoluta. Sin embargo el dinero pronto empezó a escasear. Como todo se sabe, la madre de sus hijas en Río Branco le reclamó la pensión que les correspondía, un juez estipuló el descuento máximo que marca la ley, ya que para mejor eran mellizas, y allí se fue una parte sustancial de sus haberes. Este asunto legal le recordó la existencia de sus hijas. ¿Cuántos años tendrían entonces, cinco, seis? De todas formas esta situación inédita, la del hombre que cumple con sus responsabilidades, le confirió un nuevo status. Le decía a todo el mundo que la plata no le alcanzaba por la mensualidad que le pasaba a sus hijas, fruto de una aventura pasajera, pero que no quería romper del todo los puentes con ese pasado, que esas niñas constituían una debilidad en su vida, la que adjudicaba a su "naturaleza sensible". Siempre usaba este latiguillo para conmover a sus interlocutores, sobre todo cuando quería resolver alguna cuestión irregular relacionada con aquel indestructible empleo público.

Fue por esa época que hizo un curso de chofer, impulsado por su amigo Ruben, secretario del liceo, una inversión que resultó inmejorable.

–Cuando te echen, que tarde o temprano te van a echar, lo más fácil será encontrar trabajo de chofer en algún lado...

Sabio consejo. Comenzó a ganarse algunos pesitos extras en una changa en una empresa de transporte, a la que concurría esporádicamente, cuando no tenía un mango. Se sentaba en un banquito frente a la empresa y esperaba que lo llamaran, fumando y charlando. No era nada complicado. A veces lo llevaban como simple changador, otras veces necesitaban un chofer, entonces la paga era mejor, y manejaba a los peones con suficiencia y no poco orgullo. Eso le gustaba. Fue en una de esas oportunidades que conoció a la antigua dama. Llegó conduciendo un camioncito para sacar unos muebles y traer otros, y a ella le llamó la atención su desenvoltura y su risa carismática, su carta de presentación. Le dijo que necesitaba un chofer y le preguntó si tenía tiempo libre. Él vio el filón y contestó que sí, que tenía un cargo público que le dejaba mucho tiempo disponible. Unos días después, con un limpio traje azul, camisa blanca y una elegante gorrita inglesa se presentaba en la casa, una mansión en el aristocrático corazón del barrio de Pocitos, a cumplir con su nueva tarea de chofer "por horas". Acá comienza la otra vida del Jopo, la que lo llevó, por un tiempo, a estar cerca, peligrosamente cerca de las alturas que ambicionaba.

17

En el barrio, por si aún no lo han entendido, había dos pensiones. Una, regenteada por Don Yaco, habitada mayoritariamente por empleados y empleadas, obreros y obreras, funcionarios públicos de baja calificación y algunas jóvenes y no tanto de dudosa profesión. La de enfrente, cruzando la calle, era regenteada por la madre de Toniño, y estaba ocupada mayoritariamente por estudiantes, aunque a veces la pensión se semivaciaba: los estudiantes son una especie migrante que aparece y desaparece, sobre todo los del interior, y entonces, ante la perspectiva de perder ingresos la patrona aceptaba a cualquiera, siempre que pudiera probar que tenía un trabajo fijo y fuera una persona "de buenas costumbres". Se la conocía en el barrio como "la pensión de los estudiantes", y a la de enfrente como "la pensión de las locas", para enojo de Don Yaco quien advertía, razonablemente, que allí vivían gentes decentes y trabajadoras, aunque no se excluía a nadie entretanto mantuvieran el decoro dentro de la casa, y que había visto cosas peores en la pensión de enfrente, la que gozaba de mejor fama, pese a que los estudiantes, como todos saben, "ya no respetan nada, no tienen límites".

Ambas pensiones eran entonces como aquel mundo abigarrado y múltiple de las ventas del Quijote; una picaresca vernácula se desarrollaba allí en condiciones particularmente favorables.

Fue en la pensión de estudiantes dónde se registró una broma jugosa y cruel, típica de estudiantes, que se contaría durante mucho tiempo, hasta transformarla casi en leyenda. Encabezó la charada el "Chiquito" López, quién llevaba ese apodo por contraste, ya que medía cerca de dos metros. Había venido a Montevideo a estudiar Odontología, carrera en la que avanzaba vertiginosamente. Toniño, el hijo de la regenta de la pensión lo recordaba de sus tiempos de escolar, en la misma escuela, en la misma ciudad del interior, con diferencia de grado: mientras Toniño cursaba primer año el Chiquito estaba terminando la primaria. Toniño miraba entonces a los alumnos de los grados superiores con respetuosa admiración. El Chiquito estaba en sexto año, y tenía una madre sobre protectora, fanática de la higiene y la pulcritud. En una escuela pública adonde concurrían niños de todas las clases sociales, desde "hijos de Doctor" hasta desarrapados de todos los pelos, el Chiquito sobresalía como una mosca blanca. Y digo blanca en serio, porque la madre lo vestía cada día con impecables prendas blancas y almidonadas, con la severa prohibición de entreverarse en juegos que mancillaran aquella impoluta blancura, en la cual se destacaba como única nota de color la moña azul,

la vieja y querida moñita vareliana. Y a Toniño le había quedado nítidamente grabada una imagen que a sus seis años lo impresionó y comenzó a descubrirle las sutiles (o no tanto) crueldades en las que suelen incurrir los "inocentes" niños y adolescentes y de las cuales mucho hay que cuidarse en una etapa de la vida en la que todos son vulnerables. Concretamente, años después, aún puede ver la cabeza del Chiquito, que siempre fue muy alto, sobresaliendo entre un montón de chicos de túnicas gastadas y sucias que le hacían una ronda y le cantaban a coro en el típico portuñol de la frontera: *"tein zapatiños brancos tein,/ tein meias brancas tein,/ tein pantalao branco tein"* y así sucesivamente pasando por todas sus prendas sin excepción, y el Chiquito que lloriqueaba y se enfurecía arremetiendo contra sus torturadores que se arremolinaban y lo mantenían prisionero en el círculo.

Habían pasado unos cuantos años. El Chiquito seguía presentando aquella imagen impecable y pulcra, acorde con su presente de estudiante de odontología. Era un muchacho culto, que citaba a Cervantes y era socio de Cine Club, pero había desarrollado una veta sarcástica que disimulaba con su aparente seriedad, lo cual lo convertía en un temible bromista, un referente en aquel coro de alegres estudiantes.

El otro personaje de esta historia es un veterano funcionario de Salud Pública que se apellidaba Lezcano, don Lezcano para todos. Hombre del interior que llegó tar-

díamente a la capital y quien sabe cómo había hecho para conseguir un empleíto público que al menos le aseguraba la supervivencia. Los cuentos de don Lezcano, sus intervenciones y sus expresiones desopilantes marcaban por aquellos días las conversaciones como lugares comunes que provocaban la risa fácil e inmediata: "unos científicos vieron por un micrófono", "la lluvia está paralizada", "casi me da un incordio" son sólo algunas de las que los memoriosos estudiantes recuerdan de un joyel innumerable. En suma que don Lezcano amenizaba los ratos libres, que eran los más, y contaba historias como la de aquella novia que había tenido en su juventud en su pueblo remoto, a la que solía apretar contra la pared de un rancho en un rapto de pasión que sólo culminaba a medias, porque la mujer no le permitía llegar al coito, pero lo mejor era cuando en medio de jadeos orgásmicos sentía un "pif" que venía del suelo, bajaba la vista y allí estaba, una sustancia blanca y gelatinosa, según don Lezcano una eyaculación femenina "como cagada de pato". Esta imagen hacía que todos se revolcaran de risa, y le pedían una y otra vez que relatara el episodio de la "mujer pato".

Pero la situación con don Lezcano comenzó a volverse tensa, no como consecuencia de esas risas, que no lo ofendían, al contrario, se reía con todos, feliz de sentirse el centro de la reunión. No, la cosa empezó a ponerse difícil a raíz de los hábitos cada vez más noctámbulos de aquel grupo de estudiantes, que se iban desentendiendo

de los libros en un proceso gradual e irreversible que se repetía cada año, y que revertía brevemente sólo al comienzo de las clases.

Don Lezcano se levantaba muy temprano. Entraba a trabajar a las siete, y le gustaba tomar mate antes de salir. Eso suponía que a las nueve y media cuando mucho ya estaba metido en cama y a las cinco de la madrugada ya estaba trajinando en la cocina, con ruido de calderas, latas, arrastre de sillas y su característico e insoportable carraspeo. Como dato anecdótico, agregaremos que a don Lezcano le gustaba tomar el mate bien caliente, al punto que a contrapelo de los principios científicos, de los que se le daba bien poco, después que hervía el agua retiraba la caldera un momento y luego la volvía a poner sobre el fuego porque así, decía, se calentaba un poco más... De nada sirvieron las advertencias de Juan Carlos, el futuro médico y uno de los pocos estudiantes serios de la pensión, de que su carraspeo no era natural y que había un cáncer de garganta en su futuro. Lezcano era irreflexivo en este punto y en otros, un fundamentalista. ¿Se habrán cumplido los augurios funestos de Juan Carlos? Imposible saberlo, ya que don Lezcano salió de la pensión poco después, por obra y gracia de los alocados estudiantes, y no se volvió a saber de él.

Los madrugones de aquel hombre eran cada vez más irritantes para los jóvenes, tanto para los que se quedaban estudiando hasta tarde en la noche, como para los

que veían cada vez más lejos su futuro profesional, y se volvían trasnochadores y fiesteros. Era la época en que los giros y las encomiendas con olor a milanesas y conserva de frutas seguían llegando periódica y puntualmente. Cuando empezaban a escasear era señal de que el crédito se iba terminando, y era tiempo de pensar en hacer las maletas y poner fin a un sueño, pero mientras tanto había que aprovechar al máximo aquellos años sabáticos, posiblemente los últimos de sus vidas. Sabían que cuando regresaran los esperaba un trabajo enervante en el negocio familiar, en la estancia, o algún puestito en el municipio o en el liceo local.

Por otra parte sus trasnochadas, sus regresos "alegres", sus juegos y conversaciones destempladas hasta altas horas enfurecían a Don Lezcano que se levantaba exaltado reclamando a gritos "respeto para un trabajador". Cuando el escándalo llegaba hasta el piso alto provocaba la intervención de la patrona, quien se levantaba de muy mal humor y ponía fin drásticamente a las reuniones nocturnas, provocando así el resentimiento de los estudiantes. Por su parte don Lezcano se vengaba a su manera. Se levantaba siempre temprano, inclusive los domingos, y arrastraba sillas, golpeaba puertas y cacharros y carraspeaba como un poseído. Luego se sentaba a tomar mate en la cocina, cerca del fuego para calentar una y otra vez la pava, y ponía tangos en la radio. De cada uno parecía conocer sólo las últimas palabras de cada estrofa, que acompañaba

entusiastamente, al tiempo que hacía oídos sordos a las protestas que llegaban desde los cuartos: "*percanta que me amuraste/ en lo mejor de mi vida*" cantaba Echagüe, y "*de mi vidaaa*" desafinaba a los gritos nuestro personaje.

Aquella guerra no podía durar eternamente, así que el serio, circunspecto y casi profesional Chiquito ideó una venganza bastante cruel.

Una de las características de Don Lezcano era ser un hombre muy supersticioso, un paisano a la antigua. Creía en el mal de ojo, en aparecidos y luces malas, y le tenía un miedo cerval a la culebrilla, ya que como todo el mundo sabía y se había confirmado tantas veces en los hechos, la persona afectada muere irremediablemente si la cabeza muerde la cola. Tampoco aquí tenía efecto la información profesional aportada por Juan Carlos, de que la culebrilla era sólo un virus que provocaba muchas molestias, pero moría unos cuarenta días después de manifestarse, generalmente sin otras consecuencias. Como dije antes don Lezcano era fundamentalista respecto a sus creencias. Por supuesto creía a pie juntillas en todo tipo de brujerías, y hasta se había hecho un "trabajo" con un "pai de santo" porque tenía miedo de quedarse soltero para siempre, pese a que le proponía matrimonio a cualquier mujer que lo mirara dos veces, e incomprensiblemente para él ninguna aceptaba tan ventajosa proposición.

Se decidió entonces aprovechar ese natural supersticioso. Una noche Don Lezcano fue despertado por unos

aullidos y ruido de cadenas arrastradas por el largo corredor. Tanteó las luces que no respondieron, y entre furioso y asustado irrumpió en el patio cubierto a medias por la claraboya entreabierta, que dejaba ver algunas estrellas en el fondo de una noche oscura y sin luna. En ese momento una risa escalofriante, amplificada, llegó desde la azotea, y de repente, por la claraboya entreabierta se precipitó una figura cadavérica y fosforescente que sobrevoló la cabeza de don Lezcano y se perdió por el pasillo que conducía a la cocina y a cuyos costados se abrían las habitaciones de los estudiantes. Sorprendido, aterrorizado, don Lezcano comenzó a gritar desaforadamente, y a sus gritos acudió la patrona y otras personas desprevenidas, mientras como por encanto se encendían las luces. Y allí estaba don Lezcano en calzoncillos, paralizado, acezante, tratando en vano de expresar algo coherente. A las voces del atemorizado protagonista acudieron también los complotados en sospechosos piyamas y algunas damiselas de las habitaciones del frente, en reveladores camisones, todo en medio de gran algazara y confusión. Y mientras inquirían ansiosamente lo sucedido socorrían al sofocado individuo, que en aquella media lengua que tanto divertía a los estudiantes trataba de contar lo que había visto, y todos siéntese, tome un poco de agua y tranquilícese hombre, que fue una pesadilla y esto y lo otro, pero pronto los estudiantes con fingida seriedad comenzaron elucubrar sesudas interpretaciones a viva voz: Para mí que fue una bruja que

pasó volando en su escoba aventuró uno, que no, ¿Dónde viste un bruja con escoba en Uruguay?, las brujas viven en Europa, pa' mí que fue luz mala, ¿nocierto don Lezcano, no le vio pinta de luz mala, usted que conoce tanto del tema?, Pero no seas bruto, ¿de adónde luz mala en la ciudad?, las luces malas aparecen donde hay huesos, en el campo, Qué bruja ni que luz mala, fue un fantasma, de esos hay muchos, basta que alguien haya muerto en esta casa, ¿es muy antigua no?, capaz que hay alguún esqueleto enterrado por ahí..." Acá las risas se mezclaban con los grititos asustados de las mujeres, algunas de las cuales estaban en el asunto y otras no, pero todas se habían dado cuenta que allí había gato encerrado, y aprovechaban la oportunidad para acompañar la jarana, y las risas contenidas que acompañaban los relatos, se fueron haciendo cada vez menos encubiertas, hasta estallar en incontenibles carcajadas. Ante tan estentóreas manifestaciones y gestos de complicidad don Lezcano fue recuperando la perdida lucidez y junto con las sospechas comenzó a ganarlo una creciente irritación, así que resolvió cortar bruscamente el episodio metiéndose a su cuarto mientras emitía una mezcla de gruñidos, protestas y amenazas, adivinadas en el tono más que en las incoherentes palabras. Por supuesto que el evento dio para un rato más, y todos los conjurados y los que no lo estaban se juntaron en la cocina aprovechando para libar alguna cervecita y tirarse algún lance con las muchachas sucintamente vestidas e

integradas en un todo a la joda generalizada. Regocijadas y parranderas, bebiendo alegremente de las botellas que pasaban de mano en mano, de boca en boca, se las advertía exaltadas y dispuestas a divertirse. Fue entonces que la patrona mandó parar, antes que la diversión derivara hacia otros excesos, y envió a todos a sus habitaciones, previo rezongo, advirtiéndoles que pese a que Lezcano no era un hombre de natural violento, la cosa podía terminar muy mal. Hasta la madrugada continuaron llegando desde la pequeña pieza que ocupaba don Lezcano una letanía de bufidos furiosos y amenazas incoherentes, que por suerte nunca cumplió.

El episodio tuvo su desenlace cuando al otro día, y sin despedirse de nadie, abandonó la pensión, lo que provocó algo de pena y remordimiento, no mucho, ya que predominaba una sensación de alivio triunfal.

18

Episodios como el de Don Lezcano abundan en una residencia de estudiantes, pero no aburriremos al paciente lector, que está esperando sin duda que el relato progrese en alguna dirección. Por esos días llegó a la pensión la prima Elizabeth, que en realidad no era prima de Toniño, porque era hija del marido de una tía suya, pero nacida de un matrimonio anterior. Toniño se acordaba bien de su tío Octavio, "el Tavo", bromista y liberal, poco afecto al trabajo, quien había entrado a la familia un poco tardíamente, casi como "el último tren nocturno", al que se había subido una tía suya que veía pasar los años y el celibato ya la estaba poniendo muy nerviosa. El tío Octavio entre broma y broma le retorcía las orejas, lo que hacía que lo evitara un poco pese a que le gustaban su alegría y su naturaleza jovial que contrastaba bastante con la conducta gris de otros parientes. En cuanto a Elizabeth se había peleado con su novio, allá por Tacuarembó, y venía a pasar una temporada en Montevideo con intenciones de ingresar al Instituto de Profesores y conseguir quizás algún trabajo, porque le constaba que su familia no podía mantenerla por tiempo indefinido. Pero casi de

inmediato Elizabeth olvidó sus buenos propósitos, conoció el mar, conoció la libertad y en pocos días empezó a costarle cada vez más permanecer estudiando en su cuarto o encerrada en una biblioteca. Alegremente hipotecó aquel remoto y poco probable futuro como profesora por uno mucho más inmediato y disfrutable. Fue así que en unas semanas comenzó a salir con un estudiante apodado "el Cobo". Era éste otro de aquellos estudiantes eternos, que esperaba el día en que sus padres lo conminaran al regreso inmediato y sin condiciones al lejano norte. El Cobo tenía dos especialidades conocidas: el juego de cartas y las conquistas amorosas. Era un Don Juan nato, con buena pinta y una "conversa" tan insistente como desfachatada. Se jactaba de que podía hacer durar un coito una hora por lo menos: "de una sola vez las dejo satisfechas por una semana", decía, pero tenía una extraña particularidad: no besaba a sus amantes en la boca, todo lo hacía "a puro verso y físico". "Hago todo pero no beso en la boca", diría Julia Robert en "Mujer Bonita". Así era el Cobo, ¡hacía de todo, pero no besaba en la boca, no quería enamorarse! Y la verdad es que se anotaba sus éxitos, pero como todos entenderán, no le duraban mucho. Elizabeth no fue la excepción, pronto dejó al Cobo y pasó por otro, y luego otro, y una noche que estaba viendo televisión en el cuarto de Toniño le espetó sin vueltas:

–¿A qué no te animás?– ante una situación muy osada que mostraba la pantalla.

–¡A que sí!– fue su respuesta automática, animado por una experiencia reciente con Mirta, una sirvienta gordita y solidaria que había ocupado un tiempito el altillo y que le había proporcionado una generosa iniciación. Allí comenzó una relación casi incestuosa con su prima, aunque después de todo no era su prima carnal, sino política. Además recordaba una rima socarrona que había oído en alguna de las inevitables charlas que se armaban en las habitaciones, entre anécdotas, burlas y refranes: "*a una prima se le arrima/ ¡y si es prima hermana con más ganas!*".

Toniño era una opción cómoda y al alcance de la mano. Había conseguido que su madre le instalara en el cuarto una televisión de las chicas, suficiente para matizar sus ratos de aburrimiento, que eran los más. Elizabeth se metía a su pieza con el pretexto de ver algún programa y cuando suponían que todos se habían acostado, sigilosamente iban a lo suyo. Con ella las noches de Toniño volvieron a ser memorables, como habían sido durante el breve pasaje de Mirta por su vida. Como decía un poema del Romancero, texto que Toniño había frecuentado ese año en el liceo, "entre juegos y deleites" la noche se les iba. No era raro entonces que agotados, cayeran alguna vez en un sueño profundo y reparador. Y una mañana su madre tanteó la puerta cuando ambos dormían despreocupadamente, apretados en la camita. Dos cabezas saltaron a un tiempo emergiendo de las sábanas. Un gesto rápido y la prima que se precipita bajo la cama como vino al mundo,

manoteando su falda y su blusa que habían quedado sobre una silla. Tonino tironeó la sábana y pegó el grito:

–¡No entres que estoy desnudo!

–Tapate entonces, nada que yo no haya visto– contestó la madre con su cabeza ya asomando por la puerta, entrecerrando los ojos para ver algo mejor en la oscuridad– ¿Sabés algo de Elizabeth, que no la sentí salir?

–Es que se levantó muy temprano, tenía algo que hacer, creo que fue a completar un trámite al IPA– improvisó mientras se desperezaba aparatosamente.

–Pero qué raro, no la sentí para nada, y dejó todo tirado, ¡qué chiquilina!... y cómo si yo me tragara eso del IPA, hace rato que largó los libros y agarró otra cosa...

A todo esto Elizabeth se sofocaba de risa debajo de la cama, y Toniño que reclamaba mamá por favor, que quiero dormir un rato más, y su madre que continuaba rezongando con él porque cada vez se levantaba más tarde, y contra su prima por su comportamiento alocado, y contra todos aquellos muchachos que más tenían de vagos que de estudiantes, y él otra vez mamá por lo menos salí del cuarto así me puedo levantar, y ella que finalmente se fue renegando como siempre. ¿Sospechó algo acaso? Lo cierto es que nunca le preguntó nada, quizás prefirió no hacerlo.

¿Cómo culmina esta historia? Pues bien, su prima volvió a su ciudad natal. Lo poco que supo después de ella fue que se casó y tuvo un par de hijos, lo cual Toniño du-

daba que fuera una razón suficiente para su agitada vida. Y no pasó mucho antes de que se transformara en su ex prima, ya que su padre, que resultó ser "flor de ficha" en el decir familiar, dejó a la tía, y se convirtío en un respetado "pai de santo" de la religión cabocla. Su nueva mujer, según contaban algún tiempo después a la escandalizada madre de Toniño, era una mulata brasileña, grandota, que lo secundaba en sus ceremonias de candomblé. El tío Tavo se transformó en el pai "Atanasio de Ogún", y quizás como secuela de tanto rito humeante y pródigo en ungüentos y pociones dudosas o por simple fatalidad genética, comenzó a perder aceleradamente la vista. Vino a revivir a su manera el antiguo mito de adivinos y brujos ciegos que veían con los "ojos del alma", dejando de lado las engañosas apariencias. Toniño siempre recordó con afecto a esta rama perdida de la familia, tanto a su "prima" como a su "tío" Octavio, pese a la costumbre que tenía de machacarle "cariñosamente" las orejas. Todo un personaje.

Así iban pasando los días de Toniño, acercándose a la mayoría de edad, que ya no aparecía tan remota, mientras sus intereses iban evolucionando. Como en el juego de la oca sentía que avanzaba dos casilleros y a veces retrocedía uno, pero entretanto aprendía y aprovechaba todo lo que podía esa irrepetible y desconcertante, a veces hermosa época de la vida.

19

El profesor no podía dejar de sentirse orgulloso de aquella mujer de ostentosas formas, cuyos vaqueros se ceñían a su espectacular tren inferior como la piel brillosa y tirante de una víbora o una cervatilla. Por fin averiguó cómo se ponía ella aquellas prendas que casi explotaban: se tendía en la cama, de espalda, contenía la respiración y pedía "por favor subime el cierre", mientras con las dos manos se ajustaba tanto como podía el pantalón que resaltaba las caderas soberbias, dibujadas a compás, el trasero redondo y saltón, los labios de la vulva marcados, apostados en la entrepierna como la boca de una cueva voraginosa. Cuando salía con ella sentía las miradas masculinas que los perseguían, a ella por razones obvias, y a él por envidia, porque no podían creer que tuviera una mina como esa. No pudo evitar la tentación de llevarla a algunos lugares donde podía exhibirla con jactancia, aunque ella no se lo pedía. Elegía muy bien los sitios, eso sí. Pequeños boliches "con onda", pero medio escondidos en la noche, teatros alejados del centro, algún cine penumbroso enclavado entre altos edificios. Sabía que nunca encontraría a su esposa en esos lugares, menos aún en su estado actual, con una panza que amenazaba salírsele por

los ojos. Supuso que ella, su amante, estaría orgullosa, feliz, después de todo no la andaba escondiendo, todo lo contrario, la llevaba a lugares que ella seguramente nunca había frecuentado ni frecuentaría si no fuera por él. Pero, una mujer es antes que nada una mujer, y debió haber sospechado desde el principio que alguien que usa unas prendas tan ajustadas y provocativas no aspira a convertirse en una intelectual, precisamente.

Una noche salieron de un teatro adonde habían concurrido a ver Peer Gynt, de Ibsen. La puesta le había parecido magistral, con actores estupendos, de los cuales le había quedado grabado uno que hacía su papel de caballo piafando y golpeando los cascos de utilería contra el piso de tablas con tal convicción que cualquiera diría que era un caballo de verdad en un cuerpo equivocado. Y eso sin contar el resto de la puesta y la música, admirables. Sentados en un boliche disfrutaban unas muzzarellas con cerveza, mientras él trataba de trasmitirle las virtudes estéticas y filosóficas de la obra, de todo lo que entregaba al espectador como propuesta de vida y aspiraciones humanas. *"¡Nunca podré reprocharte nada, Peer Gynt, tú le has dado esperanza y sentido a mi vida!"*. ¡Ah, el amor! En ese momento advirtió algo vidrioso en la mirada de Ana María, una *furtiva lácrima* cubría su iris con una película acuosa que temblaba y pugnaba por derramarse. La supuso conmovida por el espectáculo, y por su brillante análisis, ¡ah, por fin la belleza del arte escénico había

penetrado las profundidades contemplativas de aquella deslumbrante criatura! Conmovido le acarició la cara y susurró, rogó, deliberadamente cursi:

–¡Dime amada, dime por favor qué pasa por tu bella cabecita, en qué piensas, que creo ver una lágrima asomada a tus ojos!

¡Ah, los renunciamientos que hacía él por aquella mujer! ¡Era capaz de sacrificarlo todo, hasta el buen gusto!

Se enjugó ella las lágrimas incipientes y dijo aquellas maravillosas y estremecedoras palabras, que desnudaron a su alma de aquella vestimenta ingenua y espiritual con que él la había arropado hasta ese día:

–¡Vos me traés a estos lugares porque no querés acostarte conmigo!

El corazón le dio un vuelco. Una cachetada de emociones le enrojeció el rostro. ¡La mina quería coger y no le interesaba absolutamente nada más! ¡Qué teatro ni qué rábanos ni pulgas amaestradas! ¿En qué clase de estúpido romántico y engrupido se había transformado? ¿Se había creído que era Pigmalión acaso? Rechazó espantado la imagen de nabo consuetudinario que le devolvía el espejo del bar. Trató de sonreír, de adoptar una expresión picaresca, canchera, y buscando desesperada y cuidadosamente las palabras, respondió:

–¡Cómo podés decir eso, como podés decirlo, estoy loco por ti! ¡Ahora mismo me arrojaría encima *tuyo* y te arrancaría la ropa! ¡Te pido perdón, he estado un poco

descuidado a tus necesidades, pero dame otra oportunidad, no volveré a portarme como un cretino!– Inmediatamente pensó en llevarla en el acto a un amoblado y demostrárselo sin dejar lugar a dudas, pero instintivamente miró el reloj y se le pinchó el globo. ¡Era más de medianoche, muy tarde, debía volver a su casa a una hora razonable para no preocupar a su esposa, no fuera a adelantarse el parto! La desazón debió pintarse en su rostro, porque ella lo cortó, piadosa y tajante.

–No te preocupes, para mí también es tarde... llevame a casa, nos vemos otro día.

Un par de días después arreglaron un nuevo encuentro. Esta vez pasó a buscarla por su casa, detuvo el auto en la esquina y esperó. Era domingo, la tarde tibia y soleada invitaba a ir a pasear a la rambla, a un parque, al Rosedal tal vez. En otra oportunidad lo hubiera hecho, le gustaba hacerlo, pero no esa tarde. La vio llegar como siempre, ceñida, sensual, deslumbrante. Apenas un beso, no preguntó nada, no dijo nada y arrancó para el lado de Bulevar Artigas. Allí, medio escondido en la calle Francisco Canaro, a media cuadra del hospital de niños, había un hotelito semi oculto en una cuadra estrecha y oscura. Entraron, pidió una habitación, y apenas esperó a transcurrir el umbral para besarla apasionadamente y desnudarla, la empujó sobre la cama y se hundió de cabeza en su intimidad más profunda. La joven empezó a gemir y a gritar escandalosamente, pero no le importó, prosiguió su

tarea minuciosamente. Cuando estuvo seguro de que había tenido varios orgasmos le dijo– Ahora me toca a mí–, se subió a horcajadas sobre ella, le puso el miembro en la boca, la vio sorber ávidamente pero no quiso culminar, se puso las piernas de ella sobre los hombros y la penetró furiosamente, haciéndola desbordarse otra vez en grititos, convulsiones y palabrotas, luego la dio vuelta como a un disco y terminó su faena por atrás, como un mortero, hasta que explotó eufóricamente y se tendieron los dos sobre la cama entre quejidos y frenéticas aspiraciones tratando de recuperar el aire y la perdida conciencia. Después de un rato le preguntó ella, pasándole suavemente la mano sobre el pecho:

–¿Esto fue por lo que te dije el otro día? Mirá, no fui justa, a mí me gustan los lugares a los que me llevás, quiero aprender contigo, ¿por qué creés que me gustaste? Sólo que a veces... ¿vos me entendés, no? ¡Tuve cómo dos años de castidad forzada, y tengo necesidades como todas!

–Es que no quería que pensaras que sólo me interesabas ***para eso***. ¡Y no fue sólo por lo que me dijiste, fue por mí también, hace tiempo que quería hacer algo así, salvaje, sin protocolo, y no me animaba! Con lo que me dijiste el otro día me abriste la puerta...

–¡Pavote! ¡Yo te busqué precisamente porque me gustó tu aire intelectual, tu cultura, sentía que tus clases me daban vuelo, y si te comparaba con los otros tipos que conocía todos me parecían vulgares! No tenías que

demostrarme nada... ¡salvo en la cama! ¿Sabés una cosa? – su mano hábil y adiestrada, ancestral y sabia, comenzó a buscar de nuevo la respuesta de su masculinidad, su voz se volvió ronca, acuciane, hambrienta– ¡Mientras vos dabas la clase yo me imaginaba que te la chupaba ahí mismo, delante de todos, o en un ómnibus, o en una oficina, debajo de un escritorio, mientras atendías a la gente!

No era la primera vez que ella le decía cosas así, pero esa vez le pegaron como nunca, como que lo despertaron de golpe a una parte de la naturaleza femenina que nunca había asimilado del todo, que había idealizado demasiado, impregnado de novelas y películas no muy románticas, pero en las cuales todo era muy intelectual, todo, hasta el simple y puro sexo sólo tomaba sentido en un universo más amplio, el universo de los personajes de Bergman o de Henry Miller, donde la trascendencia siempre acechaba detrás del placer. Aquella mujer en cambio era el presente absoluto, su necesidad del otro era básicamente carnal, si algo había sublimado en algún momento, se vertía ahora en una catarata, un terremoto incontenible de sensaciones y emociones a flor de piel.

–¡Creo que todavía no conozco lo suficiente a las mujeres, que nunca las voy a conocer del todo! ¡Pero no volveré a hacer el papel del tonto, como en esas películas en las cuales uno se pasa esperando todo el tiempo a que el tipo se decida y se tire sobre la mina!

–Ése es el problema, usted ha visto mucho cine profesor, a ver, cuénteme cómo terminan esas películas...

–Todos sabemos cómo terminan, así que no te voy a contar nada, ¡mejor pasamos a la clase práctica!– exclamó con un bramido y *aquel día no hablaron más...*o casi, sólo se insultaron fervorosamente: puta, trola, sacaleche, y del otro lado puto, cornudo ("¡ah no, eh, eso no!"), chupaconcha, y otras muchas cosas, expresiones que la excitaban más que un refinado afrodisíaco, una grapa miel o una película erótica...

Sus encuentros se volvieron, durante un breve pero intenso lapso, una verdadera maratón sexual, de la que volvía cada día más tarde y más aletargado. Su esposa siempre dormía. Menos mal, por suerte ella había perdido interés en el sexo, que si no, se preguntaba cómo hubiera hecho para salir del paso. Entonces se decía que no estaba siendo justo, que debía resolver pronto aquella situación, antes que afectara su matrimonio, que el hijo por venir era lo más importante. Era fácil decirlo, proponérselo incluso, pero todo cedía a la necesidad y al frenesí erótico de aquella relación como nunca había tenido otra en su vida. Esto lo mortificaba, lo atormentaba incluso y durante el día no podía pensar en otra cosa, ¿cómo salir de aquella cárcel dorada que le proponían tanto una como otra? El problema era que su esposa se enterara, y eso ocurriría tarde o temprano, cuando ella saliera del letargo de su inminente maternidad. Y estaba la otra parte,

la económica, sus salidas a pequeños hoteles o a los grandes amueblados con garaje y habitaciones "temáticas" se hacían bastante costosas. Lamentaba la desaparición de aquellas antiguas y casi extinguidas "Casas de Huéspedes", aquellas de puertas entreabiertas y zaguán oscuro que inmantaban su atención en la adolescencia como reducto de un placer pecaminoso, sórdido, y por ello mismo doblemente atractivo. Además hubieran sido menos lesivas para su economía doméstica, eso era seguro.

Empezó a caminar o a tomar el ómnibus para ahorrar, ya casi no usaba el auto, a disminuir sus comidas fuera de casa, a retraer sus entretenimientos, hasta se borró de Cinemateca, dónde había sido socio durante años. ¿Ya no vas a ver a Wanderers? le preguntó su esposa un día. No, me aburre un poco el fútbol, además no le ganamos a nadie, prefiero quedarme en casa, contigo... ¡Hipócrita! Sí, quería quedarse en casa, devolverle a ella los minutos que tomaba prestados para su exclusivo placer, pero también necesitaba ahorrar para financiar su aventura. Ya ni libros compraba, los pedía prestados en las bibliotecas disponibles, o a sus amigos, y la última iniquidad, llegó a robarlos en alguna desprevenida librería, de esas que tienen mesas de novedades y ofertas en la calle. Y en esta euforia agonizante, semejante a la de un adicto, transcurrían sus días...

Pero un mensaje de alerta le llegó de repente, una tardecita: caminaban por una plaza alejada del centro

cuando Ana María le echó los brazos al cuello y le espetó sin aviso: ¡Quiero despertarme a tu lado, quiero planchar tus camisas, esperarte con la comida! No supo qué decir. Aquel era el momento de inflexión de la relación, ya le habían advertido que llegaría tarde o temprano, que algún día ella le iba a pedir mayor compromiso, le iba a reclamar exclusividad. Regresó a su casa sombrío, caviloso. Una precaria construcción se derrumbaba. Tendría que tomar una decisión, y pronto...

20

Un ajetreo inusual para un domingo de tarde en la esquina del almacén de don Santi. Un camión grande, con caja cerrada, se apostó frente a la puerta y se vio al susodicho y tres o cuatro muchachones que empezaban a sacar cosas y depositarlas presurosos en el enorme vehículo. Algunas en cajas, otras en bolsas, otras a brazadas. Poco a poco el almacén fue quedando despoblado, y entonces comenzaron a subir las heladeras, los estantes, y algunos electrométicos. Pocos: una televisión, un calentador, un ventilador, hasta que sólo quedó lo de siempre después de una mudanza: unos cuantos papeles arrugados y sucios, algún trozo de madera rota y la basura que se había acumulado debajo del mobiliario. No hubo casi testigos. La hora elegida, las cuatro de la tarde, prácticamente descartaba la presencia de la gente en la calle. Apenas un par de vecinos miraron con curiosidad lo que pasaba. Sólo Adriana, la psicóloga, que iba saliendo para el Centro, se acercó al almacenero:

–¿Qué pasa, don Santi, se nos va?

–Y sí, esto no daba para más– contestó seco el aludido–, si no me compran...

"Si no te compran...– pensó su interlocutora– por algo será. La verdad que siempre venía por una cosa y me

iba con otra, y los precios tampoco me convenían, qué le vamos a hacer".

–Así matan al comercio pequeño y favorecen al capitalista, las grandes superficies se han quedado con todo. ¡Este es el país de la injusticia, no se protege al pobre, todo es para el rico!– continuó el almacenero.

–Y sí, don Santi, tiene razón, los negocios chicos como el suyo han sido barridos, ya no queda casi ninguno. ¿Y va a poner almacén en algún otro lado?

–¡De ninguna manera! ¡Tendría que irme para afuera, para las zonas marginales, y esos boliches para lo que están es para que los asalten y los maten todos los días!

–Cierto, cierto... ¿Y qué va ha hacer con toda esa mercadería, la va a vender en la feria o algo así?

–¡Claro que no, me voy a jubilar y esa mercadería me la voy a comer toda, aunque me lleve años!

–¿Y va a dejar su dirección, por las dudas, por si aparece alguien preguntando?

–¡Eso no es asunto suyo ni de nadie, si alguien le pregunta, dígale que me fui para el país de Nunca Jamás!

"¡Ah viejo hijo de puta, así que vas a joder a todos los proveedores! Y bueno, supongo que en este negocio al que no jode... lo joden".

–¡Está bien, don Santi, está bien. Le deseo suerte eh, y que aproveche la jubilación! Jubilación viene de júbilo, significa alegría, ¿sabe?

La contestación fue un gruñido sordo, y ya se iba don Santi bajando la cortina, cerrando con llave y abordando el camión para mandarse mudar de una vez y para siempre. Unos pocos contemplaron la partida con los brazos cruzados, y así estuvieron hasta que el pesado vehículo dobló roncando la esquina. "¡Ma sí, tomátela, que te vas a alegrar vos, si naciste con la cara fruncida!". Y ese fue el último pensamiento que Adriana le dedicó, aunque siguió rumiando los cambios del barrio. Ya no estaría el almacén, ¿cuánto tiempo llevaba en esa esquina, quince, veinte años quizás? Miró alrededor buscando otros signos de cambio. Los árboles, los viejos árboles evidenciaban el deterioro de los años. Se sorprendió. Era la primera vez que prestaba atención al rápido desgaste que mostraban. Un par de ellos se habían caído durante la última tormenta, a fines de agosto "¡Santa Rosa se llevó dos, y pronto van a seguir otros!" Había árboles resquebrajados, secos, torcidos, muertos. Un verdadero peligro. ¿Qué les estaba pasando? Con tristeza recordó cómo era aquella calle pocos años atrás, cuando sus hijos eran pequeños y recién llegaban al barrio. Lo que más le había llamado la atención era aquel paisaje sombreado que se extendía de punta a punta de la calle. Las ramas de los árboles se enlazaban por encima de la calzada, constituyendo un fresco y pintoresco túnel natural, una imagen que la había atrapado, que la había decidido a vivir precisamente allí y no en otros lugares que se ofrecían a su elección, cuando

todavía convivía con su marido, el agrimensor. Ahora salía a la calle y había claros, lugares abiertos por donde en verano se metía el sol en oleadas abrumadoras y pronto habría más espacios libres y en poco tiempo tendrían una calle plana y desolada como tantas otras. Ese no era el barrio que recordaba y quería, pero ¿qué remedio?, todo cambia, todo cambia, como cantaba Mercedes Sosa, solo que algunas cosas cambian para bien y otras para mal. Ya no estarían los árboles, ni don Santi, ni su marido, que ella no extrañaba para nada porque había estado un tiempito con Ricardo, un músico joven que se quedaba una o dos noches por semana y ni molestaba, y ahora venía a visitarla el veterano inspector de Secundaria, un tipo culto y bien parecido que sabía darse su lugar. Se alisó la pollera, cortona, apenas por encima de las rodillas y se fue calle arriba, derecho a la avenida, meciéndose con elegante desenvoltura. Sabía que tenía lindas piernas, y le gustaba que la miraran. "Y nos dieron las diez, y las doce y la una/ y al amanecer nos encontró la lunaaa..." canturreaba alegre y suavemente..

21

Lunes de mañana. Fabián salió como siempre hacia el taller, pero cada día tenía menos ganas de hacer aquel camino que sólo lo conducía hacia una frustración mayor. Veía un futuro en el cual se parecía a su maestro de música, gordo, casi pelado, sucio, envuelto por el fracaso, y se preguntaba qué alternativas tenía. Caminaba lentamente, rumiando. No tenía "un mango" siquiera; su padre no ocultaba su fastidio por su desinterés en los estudios secundarios. Apenas le proporcionaba techo, comida y la plata para pagar el taller, nada más, y esto último de mala gana, ya casi no pasaba día en que no le preguntara "si había conseguido algo", que era hora de ganarse unos pesitos, aunque más no fuera para pagarse sus gastos y las clases de música. ¿Conseguir qué, cómo? Lo único que sabía era hacer sonar aquella guitarra, también podía sacarle sonidos armoniosos a la flauta, y cantar con una voz afinada y agradable, pero chica, demasiado para postularse al Coro del Sodre. ¿De qué le servía todo aquello? De nada. En eso vio venir al pelado del segundo piso, del que se sabía que era promotor de grupos de cumbia. Un súbito impulso le llevó a hablarle.

–¿Me permite un segundo?– vio la expresión entre sorprendida y curiosa del hombre. Apenas se saludaban cuando se cruzaban, mirándose con cierta desconfianza, y ahora tenía algo que decirle, algo que proponerle.

–Sé que usted forma y promueve grupos de... – iba a decir de cumbia, pero le costaba pronunciar esa palabra, casi le parecía ofensiva– de música tropical, bueno, yo estudio canto y guitarra, y me defiendo con otros instrumentos... me pregunto si podría hacerme una prueba, en algún casting... canto bastante bien... – completó, con un confuso sentimiento de esperanza y vergüenza.

Entonces advirtió la expresión del pelado, al principio sorprendido, luego entre conmiserativo y burlón, advirtió la forma en que lo medía de arriba abajo, y escuchó sus palabras:

–Mirá pibe, cantar, lo que se dice cantar, es secundario. En estos grupos lo que importa es el movimiento, lo que trasmiten, ¿me entendés? Vos habrás visto cómo se mueven, ¿no?, lo que importa realmente son esos revoleos de pelvis que hacen extasiar a las guachas, esos pelos cortados a la moda y pintados de rubio, o de rojo, o de cualquier color, la pinta de machitos de barrio... ¿Vos creés que podrás hacer algo así?

Casi ni lo pensó, se dio cuenta de lo ridículo de su intención.

–Tiene razón, no puedo. Disculpe.

Y se fue con la cabeza baja, sin despedirse. Sintió que la mirada del hombre lo perseguía, irónica, hiriente. Como por telepatía le llegaba su pensamiento: "¿Así que el afeminado este quería cantar cumbia? ¡Por favor!"

La calle lo recibió con su ramalazo frío. Instintivamente se levantó el cuello. Pero a medida que caminaba cada vez le venían menos ganas de ir al taller. Todos y cada uno de sus pasos conducían siempre a una nueva humillación. Por la calle abajo, allá lejos, se escuchaba el bramido del mar encrespado. La calle en pendiente le llamaba, le atraía, lo iba llevando hacia un profundo hoyo donde todos sus padecimientos tendrían fin. Dobló bruscamente a la izquierda y comenzó a bajar hacia la rambla. Abrazaba la guitarra, su último refugio. Se sentía flojo, casi tambaleaba al caminar. Empezó a cruzar distraído. Un bocinazo lo obligó a deternerse y echarse atrás en el último instante. Un caminonero le gritó algo, seguramente un insulto. Tuvo que esperar para cruzar la avenida, su último obstáculo. Era todo un contrasentido, pero no quería que lo atropellara un auto, o peor aún, alguno de los pesados ómnibus que a esa hora se desplazaban atestados hacia el Centro. Temía quedar tirado en medio de la calle, con las piernas destrozadas o destripado como un muñeco inútil. Le tenía horror a la sangre, el espectáculo de su propio cuerpo sangrante y despedazado le aterrorizaba más que la muerte. Dejó pasar un ómnibus y cruzó apresurado, ya que otro más se desplazaba un poco más

atrás. Alguien hizo una seña y el pesado vehículo comenzó a detenerse. Tuvo entonces una súbita inspiración, una chispa saltó en su interior y puso en marcha nuevamente su voluntad, y actuó como un auto en inercia que pusiera un cambio y arrancara. Saltó al pescante del ómnibus, con una determinación desconocida, o que no sentía hacía ya mucho tiempo, dijo "permiso", sacó la guitarra de la funda con los estudiados movimientos de un concertista, templó, y comenzó a cantar. Primero fue un tema de Dino: Milonga de Pelo Largo. Un hermoso tema, pensó mientras cantaba, casi lo único de todo lo que había estudiado en el taller que le había convencido, que le había llegado "hasta el fondo". Mientras tanto sus dedos se iban deslizando suavemente por el encordado, al principio con timidez, con un incipiente temblor apocado, pero luego se olvidó, se concentró en la canción, se dejó transportar como tantas veces y cuando digitó los acordes finales volvió a la realidad con unos tímidos aplausos que resonaron a su lado. Sonrió, agradeció con una inclinación de cabeza y arrancó de nuevo. Esta vez fue "Concierto de Aranjuez", el hermoso tema de Joaquín Rodrigo con la letra que cantara Aznavour en español. Se dejó llevar por los acordes que esbozaban en su mente un paisaje de árboles de un verdor ignoto, arroyos azulinos y blancas rocas. Su voz, pequeña pero cálida y afinada se deslizó sobre las piedras, jugueteó en el arroyo, trepó a los altos chopos y se asomó a un infinito cielo azul y oro. Se entregaba

plenamente. Toda su desgarrada interioridad fluía en la armoniosa combinación de la guitarra y la voz. Como en un sueño percibió que se iba adentrando en un túnel de silencio, captó la atención del pasaje, ingresó a un instante mágico en el cual se sintió reconocido, comprendido, casi feliz. Los aplausos esta vez fueron mucho más fuertes, más sinceros, hubiera jurado que escuchó inclusive un par de sollozos, aunque no estaba seguro de que no fueran suyos. Embrazó la guitarra y comenzó a pasar entre las filas de pasajeros. Como no había previsto hacer algo semejante no traía consigo una gorra o una bolsita, como había visto hacer a otros. Se limitaba a extender la mano y musitar apagadamente "gracias" cada vez que una moneda se depositaba en su palma, encogida para formar un cuenco que rápidamente se fue llenando de calderilla. Bajó del ómnibus sorprendido, confuso, hasta un poquito avergonzado, pero orgulloso de haberse animado, de haber vencido su timidez crónica. Se sentó en el banco de la parada y contó lo recolectado, bajo la mirada curiosa de una vieja y una pareja joven. ¡Casi cien pesos! Se quedó perplejo, mirando hacia el suelo. En eso vio que la gente a su lado se movía hacia el cordón de la vereda, sintió el chirrido de los frenos de otro enorme transporte público. Se incorporó y subió detrás del último pasajero. Dijo "permiso", se apoyó en un pasamanos y arrancó con el rasguido de milonga. Esta vez no le temblaron los dedos.

22

El Profe aspiró profundamente. Era cerca de mediodía. La tibieza del aire se mezclaba con el verdor fresco de los árboles y todo se veía diáfano, transparente. Se sentía módicamente feliz. Ese lunes no tenía que trabajar. Había llegado noviembre y los cursos de segundo ciclo habían terminado. Faltaban los exámenes. Y como no tenía que concurrir al Nocturno casi no se veía con Ana María, quien se mostraba extrañamente esquiva. "Estoy estudiando para los exámenes con unas compañeras" era su excusa. Aunque razonable, a él le parecía que ella lo estaba presionando con su reticencia, y presentía que se acercaba el desenlace. No se enfrascó en estos pensamientos, el día claro y profundo disipaba cualquier amenaza inmediata. Cruzó la calle con el envase vacío de refresco bajo el brazo y recién cuando se enfrentó a la puerta del almacén percibió que estaba cerrado. Aguzó un poco más la vista y pudo ver que dentro del local no había nada, que estaba completamente vacío, salvo algunas maderas rotas, papeles esparcidos y mugre, mucha mugre acumulada durante años bajo las desaparecidas estanterías y heladeras. Se le cayó la mandíbula y alcanzó a pronunciar en voz alta un asombrado ¡Se fue,

Don Santi se fue sin avisar! Entonces percibió la presencia de una mujer a su lado y la oyó decir con furia ¡Pues sí, el muy canalla se mandó mudar sin avisar a nadie y le quedó debiendo a todo el mundo, ah, pero yo voy a averiguar su dirección y la voy a pegar acá en el vidrio para que todos vayan a cobrar a su casa y le rompan la cara, que bien merecido lo tiene, viejo ladrón, hijo de puta, chupa verga! Todos estos exabruptos provenían de la boca de Verónica, la muchacha de senos prominentes que vivía en la pensión. El Profe la miró como siempre admirativamente pero con respetuosa distancia. ¿Entonces se fue sin pagarle a nadie? ¡Mirá vos, había sido ligero el veterano! dijo, ¡Otra que ligero, un sinvergüenza, compró de todo, no le pagó a nadie y ahora desapareció y dejó a todo el mundo clavado! "¡A vos sobre todo, seguro que te dejó bien clavada, cuántos surtidos te habrá quedado debiendo! ¡Pero que viejo pícaro!" pensó el Profe pero no quiso profundizar, instintivamente miró para arriba, si su mujer por casualidad estaba asomada al balcón del tercer piso seguro se le armaba lío. Por suerte no era así, y para no tentar a la suerte saludó y comenzó a trotar calle abajo hacia el autoservice de la otra cuadra, entonando lo mejor que pudo– la música no era lo suyo– "Adooonde iremos a parar/ si se apaga Valderraaaama...". Y bueno, si se apaga Valderrama... habrá que ir a otro boliche, se dijo, recordando un popurrí de la BCG, su murga preferida, y miró hacia atrás, a la es-

quina donde la mujer se quedaba echando maldiciones frente al desierto local, y reclamando seguramente por los "adelantos" dados al comerciante, irremediablemente perdidos.

23

–¿Y vos de dónde sacaste esa plata? – inquirió demandante su padre.

–Estoy trabajando– fue la respuesta concisa, tajante.

–¿Dónde, con quién?

–Eso es asunto mío, no es nada ilegal, estoy haciendo música, y me va bien. Hay gente que aprecia lo que hago...

Seguido por la mirada inquisitiva y desconfiada de su padre, Daniel se metió a su habitación, con expresión satisfecha. Un momento antes había depositado algún dinero sobre la mesa y había dicho:

–¡Tomá, esto es para pagar la luz y alguna otra cosa, y no necesito plata para el taller, no voy a ir más!

Con el correr de los días notó que las cosas en su casa se distendían, que se iba reintegrando de a poco a aquello que alguna vez había sido un hogar, antes que la inesperada y atormentadora muerte de su madre lo sumiera en una mezcla de soledad y desamparo. Sintió cierta paz, desechó sus pensamientos más lúgubres y hasta empezó a esbozar algunos planes, tímidamente. Ahora además de intercambiar desabridos saludos con su padre hubo algún intercambio gentil, como queriendo limar asperezas,

como intentando dejar atrás y en el olvido algunas palabras duras, de esas que no se olvidan fácilmente y que hieren en las entretelas del alma.

Su propia hermana le estuvo sonsacando, sin suerte. La apreciaba, muchas veces había sido su refugio, su isla desierta en medio del naufragio, pero no dejó que le sacara nada. Estaba dispuesto a defender su secreto, eso le daba poder, misterio, respeto. La quería, pero esa era una zona de su vida que no estaba dispuesto a compartir.

A veces se iba de mañana, otras veces de tarde. Elegía los recorridos que más lo alejaban de los circuitos donde pudiera encontrarse con conocidos.

Una vez subido al colectivo se transformaba. Ya no sentía vergüenza ni pudor alguno. Le gustaba pensar que no estaba pidiendo una dádiva, que era un artista que concedía su arte a los circunspectos viajeros que se desplazaban oscuramente hacia un destino cotidiano, generalmente trabajo o estudio, al que muy posiblemene la mayoría no quería ir, y que su canto le entregaba algo aéreo e inexplicable, pero que les devolvía la conciencia de la belleza de lo cotidiano, de que cada día podía traer su toque mágico, su inflexión profunda. A veces ni siquiera pasaba con la gorra– una linda gorrita inglesa, de paño jaspeado– con la cual solía recibir la retribución de aquellos que apreciaban su música. Se había dado cuenta de que no era fácil permanecer indiferente, que la gente advertía en él a un verdadero artista, alguien que dejaba

caer su música y su cálida y expresiva voz casi como un regalo, como un don que les llegaba desde un área para ellos desconocida, la del arte verdadero, inefable, impagable. A veces, cuando era mucha la atención y los aplausos, y hasta algunas voces generosas se atrevían a expresar "¡muy bien!", e incluso"¡bravo, bravo!", entonces se sentía suficientemente recompensado, sentía que no debía pervertir su don, y para sorpresa de los pasajeros hacía una gran reverencia con la gorra en la mano, y descendía gallardamente, orgulloso, diáfano, sin pedir nada. Era su obsequio, su propia retribución para aquellas gentes sensibles y amables. Y aunque sabía que aquel espacio único que creaba cada vez que ascendía a un ómnibus distaba mucho de ser el de los medios de comunicación o el de las exigentes audiciones, se atrevía a soñar, a dejar volar sus anhelos y sus ambiciones, las mismas que en algún momento estuvo a punto de sepultar en el fondo del mar.

La puerta del ómnibus se abrió nuevamente para dejar subir a alguien que había llegado tarde a la parada. Apenas prestó atención, hizo lo de siempre: empuñó la guitarra y se preparó para cantar. En ese momento sintió una mano sobre su hombro, se dio vuelta y se encontró con su hermana, quien lo contemplaba con la mirada tierna que tenía siempre para él.

–¿Qué hacés vos acá, cómo te enteraste?

–Me contó alguien que te reconoció. No importa. ¿Qué vas a tocar?

–Pues pensaba empezar con "Resistiré" y seguir con un fragmento de "Aranjuez". Son dos canciones que andan bien acá arriba.

–¡Qué nivel! Empezá, yo te sigo...

La miró con una mezcla de sorpresa y agradecimiento pero no titubeó y comenzó con un punteo. Un momento después las voces de ambos se enlazaban, subiendo y bajando, deslizándose en las estrofas al compás de las armonías que extraía de la guitarra, evitando los vibratos, pero levantando la voz para provocar un clímax en los momentos adecuados.

Era como si siempre lo hubieran hecho, más allá de algún dúo ocasional en las fiestas familiares.

Cantaban olvidados del mundo, de los pasajeros que los rodeaban, frecuentando mundos sólo habitados por ellos dos, y apenas sí despertaron cuando los aplausos les indicaron que habían terminado. Se abrazaron y besaron con ternura, para sorpresa de un público cautivo que extrañamente respondió con más aplausos y generosas "contribuciones". Cuando descendieron del ómnibus se metieron a un bar y se sentaron frente a un ventanal que se abría a una calle arbolada y en pendiente, al fondo de la cual el vértice azul del mar se hundía en la tierra. Les costó encontrar las palabras para iniciar una conversación, pero disfrutaron largamente del sabor humeante del café y de las medialunas crocantes. Sentían que todo estaba dicho y que algo más había surgido entre ellos, algo que

iba mucho más allá de subirse a un ómnibus a cantar y pasar el sombrero.

–Hay un concurso– dijo ella–, en la televisión. Deberíamos anotarnos.

–¿En la televisión?– fue la respuesta de Fabián, casi un eco escéptico, porque de la televisión, se sabe, no puede venir nada bueno.

–Sí, muchos empezaron así.

–Y bueno, si te parece...

–Yo me encargo, y ahora vamos a seguir cantando. Mientras llega la fama hay que ganarse la vida...

24

El Jopo llegó a la casa elegante, por 26 de Marzo, cerca de la Embajada de Italia. Se acercó a la erizada reja y apretó el timbre. Contempló el cerco de glicinas, las caléndulas, los cardamomos. Un colorido pixelado floral se extendía sobre el tapiz verde del césped y los arbustos, y a unos diez metros de la entrada, la señorial puerta principal con dos falsas columnas de mármol ornando la profunda puerta de roble macizo. Se sentía módicamente orgulloso de tener acceso a una casa, vedada para la mayoría de las gentes, donde vegetaba la anciana dama esperando a que él llegara para extraerla de aquel aristocrático mausoleo. Una voz desprovista de matices brotó del portero eléctrico. Reconoció a la madura empleada de confianza, que hacía las veces de ama de llaves y dama de compañía.

–Soy yo, Roberto, "el Jopo" – contestó. Sintió el zumbido de la cerradura al abrirse y un lacónico y áspero:

–Pase.

Allí había un hueso duro de roer. Sabía que no contaba con la confianza ni el aprecio de aquella mujer, que veía en él un rival, alguien que pretendía despojarla de lo que por derecho propio le correspondía, la benéfica pro-

tección de aquella dama rica y sin descendencia de la cual esperaba sacar el mayor de los provechos algún día, más próximo que lejano. Debía andar con pie de plomo. Mostrarse humilde, agradecido, desinteresado sin ser untuoso ni inoportuno. Alguien que controlaba y proporcionaba a su anciana protectora el arsenal de píldoras que consumía cada día era una adversaria demasiado peligrosa para despertar cualquier tipo de suspicacias o antagonismo. Sabía que no le caía bien. Era lógico, él era de alguna manera su enemigo natural, apenas un mal necesario. Lo que importaba era no dejar entrever codicia ni soberbia.

Entró a la casa saludando amistosamente, sin afectación. Sabía manejar los gestos. Pasó bajo las Horcas Caudinas de aquellos ojos escrutadores y se quedó con la gorra en la mano, esperando. Aquella gorra era el símbolo de su servidumbre, de su condición de simple chofer. Nunca la olvidaba, era un reconocimiento tácito de su lugar, aunque bien sabía que apenas subiera al auto la anciana dama se la haría quitar, y la guardaría en la guantera hasta la próxima vez.

Oyó la voz de la vieja, aliviado. Apenas soportaba la tensión de estarse callado y dócil, parado en medio del amplio vestíbulo adornado con jarrones y ampulosos cuadros de antepasados, desalojados de la sala de recibo porque ella había preferido decorar el lugar con reproducciones de pintores famosos y hasta algún original más modesto, de algún pintor nacional. A él esos cua-

dros le parecían horribles y antinaturales, pero los miraba con respeto porque ella le había dicho que eran muy valiosos.

–¡Hoy tengo una reunión con una amigas, vamos a charlar un rato y a jugar al rummy en el Club Uruguay, así que va a tener una larga tarde! ¡Pero me deja ahí, se va a dar una vuelta y regresa a buscarme a las siete!

–Sí señora, a sus órdenes– respondió con un tono ligeramente obsequioso, sin exagerar y una breve inclinación de cabeza. ¿Iba a tener el Mercedes para él solo toda la tarde? ¡Eso era maravilloso! Reprimió una expresión de satisfacción y alegría que le bailaba en la cabeza. No debía ser tan obvio.

Un momento después abandonaban la casa por el gran portón que se alzó y bajó mágicamente apenas lo traspuso el lujoso coche. Como suponía la dama le hizo guardar la gorra de inmediato.

–Me gusta pensar que no es mi chofer, sino mi amigo– dijo–. Además ¿qué va a pensar la gente?: que soy una agrandada, una nueva rica. ¡Si yo siempre manejé! Ahora no puedo por las piernas...

–¿Gusta ir adelante?

–Ahora no, el viaje es corto y me molesta el cinturón– El Jopo pensó que cuando iban al Uruguay o al Golf ella prefería ir atrás, para darse su lugar, y cuando iban a cualquier otro lugar entonces se sentaba a su lado y lo trataba en forma campechana.

Tomaron por la avenida principal y poco después se detenían frente a la plaza Matriz.

El Jopo sabía lo que debía hacer. Bajó del auto, permitió que la dama tomara su brazo y la ayudó a subir las escaleras de mármol.

–Gracias Roberto. Tómese la tarde libre, pero no olvide volver a las siete.

Un momento después, feliz al comando del poderoso auto, se dirigía a su trabajo de todos los días, cuando se presentaba, claro, un instituto de Educación Secundaria.

Detuvo el poderoso Mercedes frente a las ventanas de la administración y tocó bocina hasta que vio asomarse un par de cabezas. Entonces sacó la mano para saludar, orgulloso y consciente del efecto que provocaba, bajó ceremoniosamente, entró y encaró al secretario.

–Perdón Ruben, pero no he venido los últimos días porque tengo una changa como chofer y me están pagando muy bien. Hoy le pedí el auto a la vieja para que vean que no estoy mintiendo. ¿Qué bote, eh?

–¡Pero qué bote ni bote, mirá que no estás en los Juegos Olímpicos, vos tenés que cumplir un horario acá o te van a hacer otro sumario, eso es lo que va a pasar!

El Jopo tenía perfectamente presentes sus dichos de la mañana, "el estado no echa a nadie", pero no podía exponer abiertamente esa convicción, hubiera sido poco hábil, prefirió contemporizar y mantenerse prendido de aquella canillita de leche, escuálida, pero segura.

–Sí, ya sé, mirá, arreglé todo para venir a trabajar la semana que viene... salvo martes y jueves, quizás, pero te ofrezco algo, el fin de semana vengo a pintar las oficinas, sé que hace rato que quieren hacerlo y no pueden por falta de rubro... ¿es una forma de compensar, no?

–Sí, claro, pero...

–¡Entonces arreglado, el sábado y domingo vengo, pinto las oficinas, y pago lo de esta semana y la semana que viene, gracias, yo sabía que me ibas a entender!

Y antes que el sorprendido secretario se repusiera, le estampó un beso en la mejilla y se fue saludando con la mano

–¡Me voy, tengo que ir a buscar a la vieja, es una pesada, chau, chau, la oficina va a quedar hecha una pinturita!– y ya desde la puerta– ¡Dejen la llave del depósito a mano, y avísenle al casero que voy a venir, eh!

En el amplio hall de acceso se cruzó con la adscripta del primer piso, flaca, minifaldera, nada del otro mundo, pero que como siempre lo miró de una forma prometedora.

–¡Adios Laurita!– dijo melosamente– ¡Usted siempre tan linda! ¡Un día de estos la voy a invitar a pasear en un Mercedez Benz! ¿Le gusta la idea?

Sonrió seductoramente y siguió de largo, sin esperar contestación. Sabía que lo mejor era que ella masticara la idea, y que la próxima vez que la viera ya tuviera una respuesta, no tenía tiempo ni le gustaba andar "trabajan-

do" minas durante mucho tiempo, prefería las decisiones drásticas, sí, no, chim pum, fuera.

De allí se fue a la pensión. Era la primera vez que disponía un rato del coche y quería mostrárselo a todos sus conocidos. A nadie se le ocultaba que no era suya aquella portentosa máquina que valía como cien mil dólares, pero también estaba seguro de que de alguna manera lo relacionarían con el auto y con la gente a la que tenía acceso, gente de calidad, de otro nivel, y cómo las feas se acercan a las líndas y los tímidos e intrascentes a los cabecillas para recibir algo de su gracia, así el aura de aquel coche le daría prestigio a los ojos de aquellas gentes comunes, le permitirían sacar pecho y obtener créditos.

–¡Qué tal don Yaco, que le parece la máquina!– le espetó de entrada al encargado de la pensión. El cincuentón miró alternativamente al auto y al Jopo, y bien apoyado en la escoba contestó sin impresionarse mucho:

–¡Muy lindo, muy lindo! ¿Y el mes que debés para cuándo? ¡Mirá que los dueños no esperan, me aprietan a mí, y yo tengo que apretar para abajo!

"Para abajo... – pensó el Jopo–, ¡apretar para abajo, la puta que te parió, vas a apretar si podés!"

–Sí don Yaco, sí, ya la próxima semana me pongo al día, en cuánto la vieja me pague, se lo prometo– esto último en voz baja, para que nadie oyera que andaba buscando pretextos para no pagar la pensión, no era esa la impresión que quería causar.

En ese instante, alertadas por vaya a saber que extraña intuición, irrumpió en la vereda, emergiendo de las profundidades umbrosas de la pensión, un grupo de ninfas, típicas mujeres de pensión: carnosas, desenfadadas, tangibles. Entre grititos y aplausos rodearon el Mercedes, buscaron la aprobación del Jopo con la mirada y casi sin pedir permiso se subieron al coche, lo escrutaron, lo acariciaron, adoptaron poses sugestivas y provocadoras y se sacaron fotos con los celulares: una que se arremangaba la pollera y exhibía una pierna bien torneada por la puerta entreabierta, a la manera de una actriz o una modelo que posara para la carátula de una revista, sintiéndose por un momento una figura de Vogue, Cosmopolitan o Paula, cuando menos. Vero, la desprejuicia principiante de hetaira, que echaba el busto hacia delante, exhibiendo la robusta redondez de sus senos casi descubiertos que tomaba con ambas manos, como ofreciéndolos a través de la ventanilla, la otra que asida al volante con una mano y a la palanca de cambios con la otra abría la boca exhibiendo una larga y rosada lengua que deslizaba eróticamente por sus labios. El Jopo contemplaba la escena con cierto asombro por el desborde hormonal que provocaba el auto, y se hacía a si mismo promesas de maravillosos momentos, olvidando por un momento que no le pertenecía; ya daba por hecho un usufructo permanente e indefinido del mismo.

De repente recordó que era el responsable de aquella "maravilla" y se sintió obligado a poner orden. Golpeó las palmas y reclamó el abandono del auto.

–¡Bueno, basta, ya se divirtieron suficiente, me van a dejar el auto oliendo a minas calentorrras y la vieja se va a dar cuenta!

–¿Qué vieja, te estás tirando a una vieja para garronear el auto?

–¡Pero si tiene como ochenta años, por favor! ¡Soy su "ataché!– respondió levantando la barbilla y estirando la "che" para convertirla en una sibilante y refinada "shhhhh"– "atashhhé", repitió por si no habían entendido.

–¿"Ata" qué", cómo, no sos el chofer?

–¡No señor, soy mucho más que un chofer, soy su guía, su protector, su amigo! – y continuó, ya lanzado– Es más, me ofreció dejarme el auto todo el tiempo que yo quiera, pero no pude aceptar, por el compromiso, entienden, ¿qué voy a hacer si le pasa algo a un auto que vale una fortuna?

–¿Cuánto exactamente?– fue la pregunta ansiosa de Verónica, a quien la sola mención de grandes cantidades de dinero ponía frenética y excitada.

–Cien mil dólares, por lo menos.

–¡Paaahhh!– fue la respuesta coral, como ensayada.

–¡Me vas a llevar a pasear, por supuesto! ¡Quiero hacer una recorrida por la rambla para darme dique!–

argumentó Vero, relamiéndose, y mirándolo de forma más prometedora que nunca.

–¡Y a nosotras también! ¡Che Vero, te querés tirar solita, ah no, acá hay que compartir!

–¡Compartir, compartir, ni que estuviéramos en la escuela otra vez! ¡Es lo que siempre nos decía la maestra de primero, *compartir, compartir*, y les juro que no he hecho otra cosa en mi vida que compartir y compartir!

Estalló alegre la risa de las jóvenes y todas se manifestaron dispuestas a "compartir" un coche como aquél. El Jopo tomó buena cuenta de aquel filón a explotar y el poder que le daba aquel auto, titubeó, quizás fuera demasiado pronto para tomarse ciertas libertades, pero algo le decía que las oportunidades había que cazarlas al vuelo, y aquél era uno de esos momentos. Miró su reloj, nervioso, aún tenía una hora y media antes de presentarse a buscar a su mentora, y eso le daba tiempo para un pequeño recorrido triunfal, a cuenta de mayor cantidad.

–¡Bueno, suban, vamos a dar un vuelta por la rambla, pero ojo, no olviden que estoy trabajando y en una hora tengo que estar de vuelta!

Palmotearon alegremente las damiselas y se instalaron el el auto. Vero iba adelante, naturalmente. Se apoderó de ese lugar como si le pertenciera desde siempre, y las otras tres atrás. Una de ellas insistió en llevar consigo a su pequeño hijo, de un año y medio, y el Jopo no pudo menos que condescender, generoso. Y allá salieron, riendo y

bromeando, exhibiéndose liberalmente por las ventanillas, mientras el Jopo al volante exhibía el aire orgulloso y ufano de un príncipe oriental. Una sensación de éxito, de plenitud se apoderó de él y sintió de pronto que no estaba allí por casualidad, que ese sitio le correspondía por derecho propio y que a nadie le aprovechaba mejor que a él. La recorrida terminó cuando se detuvieron a comprar helados que el Jopo pagó generosamente de sus escuálidos bolsillos, no quería desairar la imagen de prosperidad y poder que le daba aquel poderoso auto.

Cuando advirtió la hora, casi las siete, salió disparado hacia el coche y conminó a las damas a subirse y emprender el regreso. Adoptó un aire autoritario al que tenía derecho para desechar las protestas y acotar que "tenía responsabilidades y horarios que cumplir", pero que no faltaría oportunidad y volvería otro día para un paseo más prolongado, y ya se veía conduciendo por la rambla de Punta del Este con el auto lleno de alegres mujeres provocando la admiración y envidia de todos aquellos bacanes tan "forrados" como reprimidos. "Muchas minas en pelota pero muy poca acción", pensaba, fiel a su consigna de que las minas de Punta eran de plástico, mucha exhibición y muy poca acción. Lo sabía por experiencia propia, ya que sus incursiones por el balneario siempre habían resultado frustradas, aunque eso se debía posiblemente a que sobreestimaba sus posibilidades como galán. Pero esto último por supuesto ni se le pasaba por la cabeza.

La hora, los minutos transcurrían vertiginosamente. Se movió raudo para depositar a sus amigas nuevamente en la pensión y dirigirse al centro. Estacionó en mitad de cuadra, en segunda fila y subió las escaleras de dos en dos. Allá arriba lo esperaba su patrona, sentada en un blando sofá y mirando críticamente su reloj.

Dejó caer una nerviosa explicación, atribuyendo la tardanza a un accidente que había provocado un atascamiento del tráfico y se prometió mentalmente no volver a caer en renuncios que pudieran hacer peligrar su nueva y prometedora profesión. Conocía la receta. Debía mostrarse servicial, sumiso, agradable, íntegro, puntual. Y él sabía como hacerlo, o parecerlo que es lo mismo, sólo debía evitar descuidos como el de esa tarde.

"Está bien, pero que no se repita, un buen chofer está siempre disponible y puede prevenir cualquier problema, no lo olvide". No lo olvidaría.

25

Esa noche el Jopo había acordado encontrarse con Ruben, un funcionario administrativo, quién además se arreglaba con un reparto, amigo de copas y escapadas nocturnas y el Lele, un joven adscripto recientemente iniciado en la noche por ambos.

Se miró al espejo y se sintió satisfecho una vez más. Un torso robusto y un rostro recio, con un toque aindiado, el pelo peinado hacia atrás, "a lo macho" eran su carta de presentación. Una camisa blanca semiabierta para resaltar la piel moruna, cadena de plata al pecho, ¡faltaba más!, pantalón oscuro y zapatos con suela muy gruesa para aumentar algo la estatura, su punto débil, según él mismo reconocía, algo así como uno setenta y dos o setenta y tres.

En el pasillo se cruzó con Vero, ¿lo estaba esperando o sólo le pareció? Silbó ella admirativamente y con bien poco recato le espetó, "¡qué pinta!, ¿tenés golpe?", "¡contra la pared!" fue su respuesta "voy a salir con unos amigos, ¿querés venir? Hay lugar para una más..." "¿Qué, van en el Mercedes?" "no, el Mercedes lo guardo para las grandes ocasiones" dijo, "vamos a salir en el auto de Ruben, un compañero de trabajo, bien apretaditos, como

te gusta a vos", rio. "Me gustaría, palabra, pero hoy no puedo, tengo un compromiso" respondió ella, mientras hacía con los dedos el inequívoco gesto de billetes de banco amontonándose uno sobre otro. "De algo hay que vivir..." dijo, supirando profundamente, mientra su amplio y provocativo escote subía y bajaba, subía y bajaba... "Pero no faltará oportunidad" completó, envolviéndolo en una cálida mirada. "No, no faltará, pero que no pase mucho tiempo", depositó un beso rápido en su cara, casi en la comisura de los labios, mientras su pecho hacía contacto con las blanduras de ella, quería que apreciara la dureza, el poder que emanaba de su tórax. Luego, satisfecho, prosiguió su camino, silbando. "Esa palomita va a comer de mi mano" pensaba. A todo esto Vero también se quedó pensando si el Jopo sería "el protector" que estaba necesitando, porque el camino que empezaba a recorrer era el que había elegido, pero sabía que era muy duro y peligroso, y que iba a necesitar a alguien que la cuidara y que no fuera un simple explotador, un abusador mezquino, como tantos en ese ambiente.

"¿Adónde vamos?" fue la pregunta que surgió automáticamente en cuánto se reunieron los tres amigos. "A la bodega del Turco, por supuesto, el vino no es malo y las minas son facilongas, hasta podés sacar algún garrón si les caes simpático" dijo Ruben,"esa es mi especialidad" acotó el Jopo, "¡pero que va a ser, vos sos un

pesado, les ganás por cansancio a las minas, sos la gota que agujerea la piedra, prefieren coger contigo antes que seguir escuchándote!", "¡je, je, ya quisieras vos tener mi pinta y mi labia!", y con estas y otras pullas allá fueron alegres y zumbones.

Bailaron un ratito apretando con las minas que rápidamente se acercaron, los tres eran jóvenes y de buen ver, algo que no abundaba entre tantos viejos verdes y crápulas de ínfima categoría. El alcohol y la música, estridente, una cumbia que repetía insistentemente "A mover el culo, a mover el culo" los pusieron en órbita. Ordenaron copas y se sentaron en una mesa, apretando fuerte con las alternadoras. "Gin fizz para mí" dijo el Lele. "Bebida de putas" sentenció despectivamente Ruben, "a mí un whisky" "y a mí otro" acotó el Jopo, que aunque lo negara admiraba la vocación de líder de Ruben, la seguridad con que se manejaba en cualquier ambiente. "A ver" dijo Ruben cuando trajeron las bebidas, y se tomó de golpe un trago del vaso de una de las mujeres "¡pero que rico el té! ¿Es importado?... ¿y cómo lo pagamos, como té o como refresco?"

"Pero mirá si serás atrevido"respondió una de ellas, con un graznido ronco, "¡eso no se puede hacer! ¿Estás buscando problemas?", y el Ruben que no, que no buscaba líos, que era una broma nada más, que conocían bien las reglas del juego. La mujer se ablandó, no fuera a perder clientes en una noche que asomaba floja, y dijo

que "la copa es un *eufeminismo,* en realidad pagás la compañía, ¿no vale eso?" y le lamió la oreja, sensual.

"Es lo que tienen los *eufeminismos*, previenen las borracheras", "sí, sobre todo de las mujeres", Lele y Ruben se rieron estruendosamente, tirándose para atrás, y el Jopo acompañó, aunque no entendió bien el chiste. La mujer *se picó* otra vez, le parecía que se estaban burlando pero no sabía de qué, por otra parte el Ruben no le dio tiempo y la abrazaba y con palabras tiernas la invitaba a salir, a ella y a sus amigas, qué no, que todavía era muy temprano, que había que atender a los clientes y no las dejaban salir antes de la una. "Y sí venís vos sola, aunque sea– zalamero–, las otras se pueden quedar atendiendo si quieren, la cosa es con vos" esto último bajito, en el oído. El Lele, a su lado, miró alrededor y asintió, en realidad era la única que valía la pena, se trataba de una mujer rubiona, corpulenta, con el pelo color amarillo sucio de los arrabales, pero la piel muy blanca y unos muslos ciclópeos, ajamonados. Las otras dos, gordezuelas, petizas y cetrinas no eran muy deseables, y se dijo que sólo con muchas copas encima podrían parecerle atractivas. La mujer lo pensó un instante, concentrada, como meditando una respuesta existencial, y dijo: "¿Son ustede tre na' má? Hasta tre aguanto, má de tre no, se complica", agregó con un gesto rotundo de la mano que establecía un límite más allá del cual no estaba dispuesta a condescender. "¿Ves alguno má? Somos tré y nadie má". "Bueno, entonce sí. Una vé salí con tré y de re-

pente salieron como ocho de atrá de un biombo...". "¡¡Pá, que becerro!" "¡No sabé, me dejaron toda descolada, pero les hice un escándalo y les saqué unos cuántos peso má!". "¡Eso, muy bien, hay que hecerse respetar!", remachó con un gesto de aprobación Ruben. Terminaron acordando un precio relativamente "económico" y se trasladaron al piso alto, subiendo por una escalera lateral, disfrazada por unas cortinas rojas de terciopelo lustroso.

–Ya que sos debutante andá vos primero, es una cortesía de la casa– dijo Jopo señalando el cuarto donde "atendía" la rubiona, seguramente ya conocido por él. Mientras tanto Ruben y el Jopo se sentaron a sorber plácidamente sus vasos de whisky barato, cobrado a precio de Chivas Regal. La conversación giró, inesperadamente hacia aspectos que tenían que ver con el trabajo.

–Che Jopo, te estás regalando, a ver si prestás un poco más de atención al laburo, no faltes tanto y ocupate de tus tareas. Ya casi no te puedo cubrir con el Director, además vos sabés que yo no soy de cubrir a nadie, acá es otra cosa, pero el trabajo es el trabajo, vos sabés que yo me he ganado un respeto y no lo voy a tirar a la basura por vos ni por nadie.

–¡Ya sé, ya sé! ¡Te creés que no me doy cuenta! ¡Es que tengo muchos problemas!– respondió el Jopo sacudiendo la cabeza, apesadumbrado.

–¡El problema principal sos vos mismo, siempre andás metiéndote en líos, no sé como haces para que te ban-

quen todavía! ¡A otro ya lo hubieran echado! ¿Me querés decir como hiciste para que te perdonaran las quinientas llamadas a celulares que hiciste cuando estuviste como sereno?

–¡No me hagas acordar, me las están descontando del sueldo, entre eso y la pensión que le paso a mis hijas no voy a cobrar nada como por dos años! ¡Y lo que pasó fue que la hija de puta de la madre no me dejaba verlas!

–¡Y por eso la llamaste como quinientas veces, para amenazarla! ¡Además no me vengas con cuentos, hay llamadas a líneas eróticas, a tarotistas, a teléfonos de prestamistas y corredores de apuestas, no te prohibiste de nada!

–¡No, no, no me digas eso, estaba medio, ¿como se dice?, enajenado, eso, enajenado, tuve que ir a un siquiatra y todo!

–En fin... a mí me parece que hiciste un carnaval para salvarte. Y ahora andás en ese bote descomunal, no sé como vas a hacer para mantener los dos trabajos, te vas a quedar sin el pan y sin la torta... aunque tengo una solución...

–¿A sí, cuál, cuál?

–Que pases al turno de la mañana.

Al Jopo adoptó una expresión estupefacta.

–¡A la mañana, a la mañana decís! ¿Pero cómo voy a hacer para llegar en hora? ¿Por qué no vuelvo a la noche otra vez, de sereno?

–¡Pero vos estás loco, si te pasamos a la noche nos echan a todos! ¡Sabés bien que no podemos darte las llaves del liceo hasta que termine la investigación administrativa!

A esta altura el Jopo se mesaba los cabellos con desesperación, se veía sometido al penoso deber de madrugar, la peor de las torturas.

–Vos pensalo– acotó Ruben–, pero que sea rápido, porque si seguís faltando te queda poca vida. Y hablando de poca vida, ¿no te parece que el Lele está demorando mucho?, vamos a ver...

Sin contemplaciones abrieron la puerta y asomaron las cabezas, una sobre la otra, y se quedaron semiocultos por el cortinado, como en un teatro de títeres. Allí, sobre la amplia y modesta cama vieron la famosa escena que Yago bautizara "el monstruo de dos espaldas". El Lele se agitaba y resoplaba sepultado entre los robustos muslos, casi invisible.

–¡Ete amigo de ustede no termina má, y eso que me esforcé, eh, van a tener que pagarme extra!– dijo la rubia pajiza en su peculiar jerigonza.

–A mí no me digas– respondió el Jopo–, la conversación que acabo de tener me sacó las ganas...

–¡Así no se puede, vo, así no se puede, salgan, salgan y cierren la puerta!– alcanzó a barbotar el Lele mientras se afanaba penosamente hundiéndose y emergiendo como un pez en aquellas profundidades abisales.

En vez de hacerlo ambos se acercaron a la cama y se sentaron junto a la misma contemplando el espectáculo.

–¿Por qué no probás por atrás?, me parece que así es demasiado para vos...– dijo el Jopo, asomándose curioso.

–¡Salgan, salgan de acá loco, por favor!– bramaba el Lele, a quien "la voluntad" se le empezaba a ablandar peligrosamente.

–Está bien, vámonos, y vos nena, poné algo más de tu parte, no ves que es un chico nuevito, recién está aprendiendo...

–¡A mí me parece que es medio pajero, pero nunca salió nadie de este cuarto sin acabar, ahora van a ver!– y uniendo el dicho al hecho comenzó a moverse frenéticamente mientras gemía como una condenada; y el Lele que gritaba a voz en cuello que se fueran, que así no iba a terminar nunca, y ellos que bueno, pero que apurara el trámite, porque no iban a pagar toda la noche, y dicho esto dejaron la habitación y una vez afuera comenzaron a reírse convulsivamente remedando los gestos torpes del Lele y sus voces desesperadas "¡así no se puede loco, así no se puede!", sabiendo que iban a tener tema de burlas para mucho tiempo, aunque su auditorio sería necesariamente limitado...

–¡Vamos a bajar, ya estamos podridos!– gritaron a través de la puerta– Y vos Lele, pagale y bajá, nosotros pasamos, ¡ya se me fueron las ganas, esto es peor que un quilombo de pueblo en una noche de sábado!

–¿Por qué lo decís?

–Por la demora, ¿vos sabés la cola que hay?

–Me imagino, ¡puajjj!

Ya en el salón la atención de Ruben derivó inmediatamente hacia una hermosa y delicada morocha recién llegada que fumaba lánguidamente apoyada en el mostrador, haciendo resplandecer sus ojos claros sobre el delicado fondo de su piel rosada. "Me enamoré" dijo, y sin pensarlo mucho se precipitó hacia la mujer y con su expresión más ingenua le espetó:

–¡A vos te conozco! ¿No sos socia del Carrasco Lawn Tennis?

–¿Yo? ¡Claro que no!– contesto la aludida con una voz chillona.

–¡Yo tampoco! ¿Que casualidad, no?

La mujer se rio mostrando unos dientes amarillo tabaco.

–¡Así que sos un cómico! ¡Bueno, me alegro, pero mirá que tenés que ponerte, de garrón nada!

–¡Que decepción! Me había parecido que eras distinta a las demás, como si no pertenecieras a este lugar. ¿Sabés que tenés un rostro como diría... de ángel?

–Sí, eso me dicen todos, ¡y después quieren que les chupe la pija, ja, ja, ja!

–Los entiendo...– dijo dramáticamente Ruben–, pero yo veo más allá, yo veo la persona, y a mí me parece que sos un ángel de verdad...

–¡Ay, muchas gracias, casi me lo creo! Pero ahora será mejor que te vayas, ése que viene ahí es el *Yogui*, detecta enseguida a los pesados y se pone de muy mal humor...

–¿Y qué pasa, es tu fiolo?

–Más o menos, yo dejo que se lo crea, pero mirá que es de muy malas pulgas.

–"Pocas pulgas", querrás decir.

–¿Y este qué quiere contigo, quiere garronear?– gruño el aludido, un hombrón semi rapado, con apariencia de marinero, quién gastaba una camiseta sin mangas que permitía ver unos brazos musculosos, cubiertos de tatuajes– ¡Andate, esta mina está conmigo!– agregó expeliendo sobre la cara de Ruben un tufo alcohólico añejo, reminiscencia de bebidas de cinco continentes.

Ruben, con el vaso en la mano, sintió hervir algo en su interior y encorajinado respondió que "¡esta mina no tiene marca que yo vea, y además me estaba diciendo que está contigo obligada y que ella no quiere porque tenés muchas pulgas!"

–¡No, no, lo que dije es que sos de malas pulgas, y él dijo que tenés pocas pulgas... y yo qué sé cuántas pulgas tenés...!– y se interrumpió, confundida.

–¡Ya me vas a responder por eso– dijo el aludido–, pero vos vení para acá, esto lo vamos a arreglar afuera!

Ruben titubeó, el marinero se veía fornido y una pelea a trompadas no era lo suyo. Se armó un pequeño tumulto, pero ya un par de sujetos mal encarados los iban

empujando hacia la puerta al tiempo que gritaban "¡A pelear afuera, a pelear afuera!" y Ruben que trataba de dar explicaciones y braceaba como tratando de permanecer dentro de la relativa seguridad del local, allí no podía haber peleas, porque caía la policía y les cerraba el lugar en el acto, aunque a veces se podía arreglar con una buena coima, cosa que no era para nada del agrado del Turco. A esta altura eran varios los que gritaban, un par de mujeres se unieron con sus chillidos y de repente se vieron todos en la vereda, Ruben y el marino frente a frente y el inevitable corro de curiosos. Y cuando Ruben se preparaba para recibir la paliza de su vida apareció el Jopo sacando pecho al grito de "¡pará, pará, que no es para tanto, no se van a estar peleando por unas putas, che, no es de hombres!", con lo cual la empeoró del todo porque las aludidas se pusieron a chillar a voz en cuello "¡así que por nosotras no se puede pelear, ¿por qué, no valemos la pena acaso?, ustedes son de los que vienen a llorar y a pedir un poco de cariño y no sabemos cuántas cosas más que no tienen en su casa, pero cuando tienen que defendernos no, entonces somos putas!", dijo la de carita de ángel, que parecía ser bastante letrada, "¡son unos hijos de puta, dales duro *Yogui*, dales duro!", gritó otra y el aludido que arremete tirando puñetazos a izquierda y derecha tratando de alcanzar a Ruben y el Jopo que se pone delante y da y recibe pero se ve que lleva las de perder. Cuando ya se tambaleaba tomándose la cara y el marino se aprestaba

a emprenderla contra Ruben con las voces de aliento de las locas la ayuda llegó de donde menos se lo esperaban. Una sombra pasó volando delante de sus ojos y un par de pies se estrellaron contra el pecho del urso, quien cayó estrepitosamente levantando los pies estilo Condorito y se quedó aturdido en el suelo, y el Lele que ante los ojos sorprendidos de sus compañeros agitaba los puños y gritaba inclinándose hacia el caído: "¡y ahora Rambo, eh, chupate esa, hacete el guapo ahora!". Algunos parroquianos que recién se enteraban del lío empezaron a salir del boliche, y dos de ellos se precipitaron a ayudar al *Yogui,* mientras otros miraban sañudos a los tres amigos, y el Lele que con gestos simiescos de desafío le hacía señas al tipo que se levantara, y entonces Ruben y el Jopo lo tomaron de los brazos y se lo llevaron a la rastra, "¡callate Lele que nos vas a hacer matar, rajemos antes que reaccionen!" se metieron de apuro en el auto de Ruben, cuando ya el marino, recuperado, encabezaba la reacción y se les venía con tres o cuatro tipos atrás al grito de "¡no se vayan, cagones, esperen ahí que sólo queremos hablar!", "¡sí, cómo no, los esperamos en la concha de tu madre!" respondió Ruben acelerando al tiempo que el Lele sacaba medio cuerpo por la ventanilla y gritaba desencajado "¡vení, Rambo, vení, sabés qué, chupame la piii...!" y no pudo terminar la frase porque la portezuela se abrió y quedó colgando de la misma con los pies arrastrándose por el pavimento, y Ruben que miraba por el retrovisor por suerte se dio cuenta y

paró de golpe, la inercia provocada por el frenazo hizo rodar al Lele por la calle, y el Jopo y Ruben que se precipitan para recogerlo y meterlo en el auto y arrancar de nuevo; a todo esto los perseguidores que ya habían abandonado su intento se dan cuenta del percance y vuelven corriendo sobre sus pasos, uno de ellos alcanzó a golpear con su mano abierta un par de veces la tapa de la valija, pero ya no hubo más contratiempos y el auto se sumergió en la oscura y alternativa noche de la Ciudad Vieja, entre borrachos, niños perdidos, mendigos cubiertos de costras que se amontonaban en cualquier esquina alrededor de un ínfimo fueguito, prostitutas viejas y gordas, rubias teñidas y morenas con sus exiguas falditas cubriendo apenas las ingles y sacudiendo ostentosamente sus enormes traseros en dirección al coche, dentro del cual el Jopo y el Ruben se reían desaforadamente mientras el Lele se lamía las heridas de los codos, aullando lastimeramente como un perro.

–¿Che Lele, que fue eso, desde cuando tenés esas habilidades?

–¡Qué patada voladora le encajaste al tipo ese, nos salvaste la vida!

El Lele interrumpió un momento su gimoteo para decir que había concurrido desde muy niño a una academia de karate y que era bastante bueno, que le faltó constancia para llegar al cinturón negro, porque las condiciones las tenía, se lo decían todos.

–¡Eso está bueno– dijo Ruben–, quedás contratado para acompañarnos cada vez que salgamos de putas! ¿Y cómo te fue con la rubiona, pudiste terminar la fajina o no?

–¡Y cómo te va, la dejé burbujeando! ¡Eso sí, la próxima vez que me interrumpan van a saber lo que es el vuelo del colibrí!

–¿El vuelo del colibrí?... ¡Que lindo! ¿Pero de qué mierda estás hablando?– preguntó el Jopo.

–Creo que se refiere a aquella película, el Karate Kid...– acotó Ruben, un memorioso del cine.

–Bueno, se fueron al carajo, esta no es una conversación para un sábado de noche. ¿La seguimos o lo dejamos por acá?– cortó el Jopo.

–A mí déjenme en mi casa, necesito curarme, tengo peladuras por todos lados...

–Sí, ya fueron suficientes emociones por una noche, ¡y no te quejés más Lele, después de todo fuiste el único que echó el bote al agua!– acotó Ruben, sentenciando la noche con una alegre carcajada.

26

El olor a gas se interpuso en el pasillo cuando Adriana, la psicóloga, bajaba a esperar la camioneta del colegio que traía a su hija pequeña. Inmediatamente se aplicó a descubrir su origen y tras olfatear a un lado y otro con su fina nariz de perdiguero llegó a la conclusión de que el olor provenía del apartamento Uno. Como ya tenía clasificada a la inquilina como una enajenada capaz de cualquier disparate tocó el timbre, primero con calma, luego furiosamente. Ante la falta de respuesta apretó todos los botones del portero eléctrico gritando desesperada que había una fuga de gas en la planta baja, que bajaran y que por favor llamaran a la compañía de gas, a la policía, a los bomberos y que nadie utilizara fuego. Los pocos vecinos que estaban en el edificio a esa hora bajaron presurosos, un poco más tarde fueron llegando la policía, una camioneta de la compañía del gas y una dotación del cuerpo de bomberos y se arrimaron curiosos otros vecinos de la cuadra, todo en medio de una gran barahúnda. Los de la compañía descubrieron rápidamente que ese apartamento no estaba conectado, y que por lo tanto el gas era de garrafa y sin más se retiraron. Esto tranquilizó un poco a los vecinos, ya preocupados por la posible voladura del

barrio. Cuando uno, distraídamente fue a prender un cigarrillo el griterío inmediato y los gestos de pánico lo disuadieron, ¡Anormal, inconsciente, que nos vas a hacer volar a todos!, ¡Bueno, no es para tanto, fue una distracción, no tienen porque decirme anormal!, y los más juiciosos que reclamaban la presencia de un cerrajero, y otros que no había tiempo, que podía haber una persona adentro, que había que airear de inmediato antes que volara el edificio, y que la única solución era romper la puerta, y un sargento de la policía que se rascaba metódicamente la cabeza y afirmaba que para eso necesitaban una orden de juez, y en estas discusiones estaban sin llegar a nada como testigos de una muerte anunciada cuando llegó la hija de la inquilina y aterrorizada abrió la puerta con su llave lo más rápido que pudo. Entraron un par de bomberos con máscaras de gas y llegaron hasta el dormitorio donde "la Gladys" estaba tirada sobre el lecho, inconsciente. Una la tomó en brazos y la llevó hacia afuera, depositándola en medio de un montón de gente curiosa e impaciente, mientras el otro procedía a abrir las ventanas y cerrar la garrafa, aunque ya se había vaciado. La hija recordó que era socia de una mutualista por la intendencia, llamaron y al rato apareció una ambulancia, de donde bajaron una doctora y un enfermero que le hicieron la tarea de reanimación. La mujer abrió los ojos, suspiró profundamente y prorrumpió en un gemido doloroso mientras exclamaba:

–¡No, no, no puede ser!– con lo cual quedó clara su intención. Un momento después la subían a la ambulancia y partía, acompañada por su hija, ante los comentarios encontrados de la pequeña muchedumbre reunida por el evento.

–¡Es una loca peligrosa, pudo matarnos a todos– vociferaba agudamente "la princesita" recién llegada y enterada rápidamente de lo ocurrido, y perdida toda compostura agregaba– En esta casa ya no se puede vivir, con esta gente no se puede. ¡Este edificio está lleno de locos, degenerados y delincuentes!

Algunos vecinos apoyaban y otros gritaban a su vez que no tenía derecho a generalizar, y algunas, como siempre Tania, la mujer del profesor y la matrona de la pensión que se preocupaban por la salud de la mujer y se compadecían. De hecho se formaron dos grupos, los que vituperaban a la inquilina del Apartamento 1 y la consideraban una enajenada y un peligro público, y los que la compadecían y le buscaban salidas imposibles, senderos intrincados en los que pudiera recuperar una vida digna.

¡Me dijeron los bomberos que por suerte era supergás, que es menos tóxico que el de cañería, si no, no la hubiera contado! ¡Eso es un mito, los dos gases son iguales, lo que pasa es que se terminó el gas de la garrafa, y como estaba medio vacía no alcanzó para matarla! ¡Qué lástima! murmuró *la Princesita* por lo bajo, y cuando un par de

cabezas se dieron vuelta para encararla ya iba escaleras arriba, retirándose prudentemente.

Y el calvo del segundo, el promotor de grupos de cumbia, acostumbrado a manejar catervas de gente indisciplinada, reclamó que había que dar por terminado el episodio por el momento y cerrar la puerta de calle. Se dispersaron todos, y el edificio recuperó su calma, una calma tensa, aparente.

La mujer volvió al otro día. El diagnóstico había sido "intoxicación leve". La llenaron de tranquilizantes y la devolvieron a su casa en una ambulancia de la que bajó tambaleándose, más por efecto de los barbitúricos que del gas ingerido, del brazo de su hija.

Cuando entraron descubrieron que el Kito las esperaba, impaciente, molesto. De entrada le espetó:

–¡Ya anduviste haciendo teatro vos! No sabés qué hacer para llamar la atención, y hay que ver el olor a gas que dejaste en el apartamento, que no se puede estar. ¡Tuve que dormir con las ventanas abiertas!

–¡Dejala en paz, te preocupa el olor a gas, ella no te importa nada! ¿No ves que casi se muere?

–¡Vos no te metas, que para vos también va a haber, me tienen harto las dos!– luego hizo una pausa, como recapacitando, y agregó en un tono que quiso ser conciliador, sin dejar de ser autoritario– ¡Bueno, ya veo que estás recuperada. Espero que puedas ir a trabajar mañana. Si seguís faltando todavía te vas a quedar sin empleo, y no

sé que vas a hacer! ¡Menos mal que trabajás en la intendencia, ¡ahí son todos unos vagos!– dejó escapar una risita irónica, y luego arrimándose a la oreja de la muchacha, que se inclinaba sobre la cama para atender a su madre, mientras le palpaba un glúteo– ¡Y vos, a ver si me tratás bien, va a ser mejor para todos!

La mujer, atiborrada de somníferos y antidepresivos durmió varias horas. Se despertó mejor, pero inmediatamente le vino a la cabeza el infierno en que vívía. Sintió ganas de llorar y tomando el frasco y el vaso de agua que estaba sobre la mesa se tragó dos pastillas. El cuarto de su hija estaba cerrado, ¡pobre, seguramente descansaba después del trajín del día anterior! El Kito tampoco había vuelto. Se alegró por eso. Ojalá no volviera nunca más. Se dirigió a la cocina, tenía ganas de tomar mate, entre una cosa y otra hacía como tres días que no lo hacía, una eternidad. Preparar el mate, sorberlo lentamente, era algo que le permitía al menos un efímero goce, casi similar al olvido, el reencuentro con alguna parte de sí misma que en algún momento había sido feliz, en un lugar y circunstancias que ya no recordaba, que asociaba vagamente con su niñez y algunas horas de su juventud. Dentro del fregadero una sartén y un montón de platos y cubiertos sucios revelaban que nadie en su ausencia limpiaba nada, y revelaban algo más inquietante, que el Kito había comido allí la noche anterior. ¿Y donde estaba aho-

ra? Era en absoluto impensable que se hubiera levantado temprano... Pero ahora debía pensar en lo inmediato, en el mate, esa módica compensación cotidiana. La garrafa grande no tenía gas, obviamente, pero quedarse sin gas y sin plata para llamar al proveedor era algo que les ocurría frecuentemente. Para estos casos tenían sobre la mesada una garrafita de tres quilos con quemador que los sacaba de apuros. Buscó un recipiente para calentar agua. Sobre un estante descansaba para siempre la descascarada caldera, con su cuello partido como un pavo muerto. Ese estante le recordaba vagamente un nicho de cementerio, la vieja caldera solo era otro objeto destartalado entre ollas abolladas y sin asas y cadáveres de electrodomésticos. Su instinto conservador y ahorrativo le había impedido tirar todas aquellas cosas inútiles, testimonios silenciosos de irremediable decadencia. Tomó una de las pocas ollas que conservaban las asas, la llenó y la puso a hervir.

¿Dónde estaba el Kito? Esta pregunta se revolvía en su cabeza, quitandole el placer pregustado del mate mañanero. En eso sintió que se abría la puerta del cuarto de su hija, alguien salió arrastrando unas zapatillas y se metió al baño. Con la garganta estrangulada por un sombrío presentimiento salió de la cocina y entró a la habitación donde su hija lloraba convulsiva y quedamente, semi desnuda, medio cubierta apenas por una sábana. La habitación olía a sexo, a sudor, a miedo, a violencia.

–¡Perdón, mamá, perdón! ¡Me sorprendió anoche cuando me preparaba algo de comer, me hizo cocinar para los dos y después me metió al cuarto! ¡No pude resistir, no quise hacer otro escándalo después de todos los líos que hemos tenido! ¡No soporto más, mamá, no soporto más!

Horrorizada, desvastada, retrocedió hasta la cocina mientras su cabeza giraba en enloquecidos pensamientos ¿qué hacer, qué decir? Primero pensó en hacer la denuncia, pero bien sabía lo que le pasaba a las mujeres que denunciaban a tipos como el Kito, terminaban golpeadas, acuchilladas, ella y quizás también su hija. La ley era impotente ante esos energúmenos dispuestos a hacer valer el antiguo derecho de los cavernícolas. ¿Dejar la casa y salir corriendo con su hija?, ¿y adónde iban a ir? Como una ráfaga pasó por su mente la idea de callar todo, de hacer como si nada ocurriera, de seguir cargando pesadamente otra cruz como tantas mujeres, hasta que se decidiera a terminar de una vez por todas con su vida, asegurándose de no fallar nuevamente. La voz del Quito a su espalda la sacó de estas sombrías cavilaciones:

–¿Vamos a tomar unos mates, entonces? Veo que no fuiste a trabajar hoy tampoco... Y bueno, aprovechemos, el día está lindo parece, capaz que podemos ir los tres hasta la plaza a aprovechar el solcito...

Ella temblaba como una hoja. El agua ebullía fuertemente sobre el fuego. Nunca lo pensó. Simplemente

tomó la olla por las asas, le quemaba en las manos, pero no le importó. Se dio vuelta y arrojó todo su contenido hirviente sobre la cara y el pecho del Kito, que soltó un alarido como nunca había oído en su vida, un grito de horror y dolor que se sintió en toda la calle, y se desplomó tomándose el rostro con las manos, en un tardío e inútil gesto de protección.

El resto... debería ser silencio, pero naturalmente no lo fue. La cárcel, la decisión judicial que fue atemperada por la situación de amenazas y agresiones en la cual vivía la mujer, la acusación de violación de su hija, todos atenuantes que hicieron que pocos días después estuviera de nuevo en la calle, buscándose un nuevo domicilio. Su posición fue estudiada en la intendencia y se llegó a la conclusión que no debía sufrir el despido. Una ola de sensibilidad dominaba a la sociedad por las situaciones de violencia doméstica conocidas a diario, y morbosamente multiplicadas por los medios de comunicación. Unos meses de suspensión a medio sueldo, luego el fallo que justificaba de alguna manera su condición de mujer víctima y vindicadora, la restitución con todos los derechos y una especie de aprobación unánime de sus compañeros, ¡pobre mina, tuvo suerte!, aunque matizado con comentarios no tan piadosos que se hacían por lo bajo, del estilo de ella se lo buscó, ¿qué esperaba de ese tipo muchos años menor y con antecedentes penales, que se transformara de un día para otro en una monjita de la caridad? ¡Hay

que ser irresponsable para meter en la casa a un tipo como ése teniendo una hija jovencita!, y ¡Crónica de una muerte anunciada, ese canallita iba a seguir violando a la hija cuántas veces se le antojara, y tarde o temprano la iba a matar, quizás a las dos, hizo lo que tenía que hacer!

Y la "loca Gladys" volvió a su trabajo, a su frustración, y a su soledad, pero aun así estaba mejor que el Kito, que se arrastró penosamente el resto de sus días con sus ojos blancos, quemados, el rostro increíblemente arremangado, pidiendo limosna en ferias y plazas.

27

Por más vueltas que le daba, el Profe sólo encontraba una solución: romper con su amante. Ya no soportaba más la tensión de una vida doble, ni seguir dándole largas al planteo de Ana María, sus reclamos cada vez más urgentes de compromiso. Había puesto en la balanza aquel minún como difícilmente tendría otro en su vida y su paternidad inminente. Moralmente no se hubiera perdonado otra elección. Pero no se decidía, verla y desearla eran una sola cosa, la voluntad se le derretía como un reloj blando, y siempre postergaba ese propósito por un día más. Se decía que cuando naciera su hijo dejarían de verse, naturalmente, y la relación tendría su propio e inevitable fin.

Pero un día ella no acudió a la cita, justificándose de la manera más convencional, y después de eso le costó un montón encontrar el día adecuado para un nuevo encuentro y aun así llegó con dos horas de retraso. Se vio a sí mismo ridículo, impotente, esperándola durante tanto tiempo, caminando nervioso de una esquina a otra del IAVA, a cuya biblioteca concurría ella y que era un lugar frecuente de encuentros. Cuando llegó lo miró con sorpresa; no podía creer que la hubiera esperado tanto

tiempo, luego, con una expresión en la cual creyó ver cierta resignación condescendiente, casi piadosa, aceptó acompañarlo a un hotel, como siempre. Esa fue la última vez. Sus caricias le parecieron más distantes, no se entregó plenamente como otras veces, Comí algo que me cayó mal, no me siento bien le dijo, como justificación a su resistencia a realizar ciertas cosas de las que antes participaba con gusto y por iniciativa propia. Se despidieron sin fijar otra fecha de encuentro. La llamó, pero nunca le respondía, y la única vez que lo atendió le dio una excusa inverosímil y a largo plazo. A esta altura él sólo quería verla una vez más para explicarse mutuamente y renunciar a aquella relación cara a cara, sin resentimientos, con afecto... y quizás con un último polvo.

Sospechando lo evidente, pasó deliberadamente en el auto frente a su casa varias veces, y no transcurrieron muchos días antes que la viera en la puerta con un muchacho mucho más joven, no tendría más de dieciocho o diecinueve años, y recordaba vagamente que también había sido alumno suyo. La forma como se despedían no le dejó dudas sobre la naturaleza de su relación. De manera que aquel era su sucesor. Estuvo a punto de tocar bocina, para que supiera que la había visto, pero no se animó. Se sintió desvalido, traicionado, se preguntó por qué había sido desplazado por aquel jovencito. Le vino a la memoria una película que había visto por aquellos días, donde ante una requisitoria similar la veterana y siempre atracti-

va Susan Sarandon le había dicho al protagonista: *"es más joven que tú, Alfie"*, respuesta que le había caído al personaje como una lápida. Seguramente aquel joven era un amante mucho más ardiente que él. En ese terreno nadie puede equipararse con un muchacho de dieciocho años. Seguramente era maleable, dócil, y ella podría enseñarle y exigirle todos los trucos, los suyos y los que él le había enseñado. Le dolía que ella prefiriera la cantidad a la calidad, aunque eso es algo que los hombres siempre piensan, que tienen algo diferente que ofrecer, algo que una mujer no encontrará en ningún otro. Pero al mismo tiempo se dijo que así debían ser las cosas, y que ahora que tenía claras las razones del desprecio no habría remordimiento ni complejo de culpa de su parte por no haberle dado a aquella mujer lo que ella y todas necesitan, una especie de franquicia, un poco de seguridad y privilegio. Ahora le echaba toda la culpa, no tenía nada que reprocharse. Y no necesitó mucho tiempo para consolarse. El disgusto que le provocaba la "traición" se veía atemperado por una especie de bocanada de aire fresco, algo que le devolvía la libertad y la confianza de que ahora sí las cosas eran como debían ser y podía ocuparse con tranquilidad de espíritu de los próximos e importantes acontecimientos de su vida.

Claro que la desazón persistió un tiempo, aún sintiendose liberado pasó varios días dando vuelta en su cabeza la imagen de aquella mujer besándose y metiendo

mano en la puerta de su casa con un joven casi diez años menor que ella. Maquinaba retorcidas formas de venganza y de echarle en cara su perfidia, como en el tango. Pero se daba cuenta que le dolía más que nada la forma cómo se había desecho de él, arteramente, a escondidas, y que ya no la extrañaba tanto. Con el tiempo supo algunas cosas más de ella: terminó el nocturno y empezó a ir a la Facultad de Psicología, y no pasó mucho antes que cambiara aquel pasatiempo juvenil por una especie de charro mejicano con un enorme bigote y pinta de machote. Ese era seguramente su desiderátum en materia de hombres, pensaba con resentimiento.Y otras veces se decía que el verdadero problema había sido él, que no había podido quererla, y que ella había hecho lo que tenía que hacer y punto. Para ese entonces ya casi la había olvidado, y si alguna vez se acordaba era para decirse que todo había valido la pena más allá de cualquier moralina estúpida, y que el recuerdo de aquella estupenda mujer era algo que lo acompañaría el resto de su vida. De tanto en tanto recuperaba su imagen y los instantes de placer furtivo e intenso que ella le había brindado, su voz, sus gestos, sus respuestas inigualables de hembra enardecida, y no había ningún rencor, solo agradecimiento, y ese recuerdo terco que lo gratificaba, pero que debía proteger y guardar sólo para sí mismo. Algunas veces se sentaba frente al ventanal de su apartamento y hacía un lento repaso de todo lo bueno y lo malo que le había ocurrido, pasaba raya y sa-

caba cuentas. Se sentía satisfecho con su pasado y con su presente. Su reciente paternidad lo hacía muy feliz, había colmado "su lado pájaro del alma". Por alguna razón no demasiado lógica estas palabras grandilocuentes de Tejada Gómez expresaban exactamente lo que sentía. Pero el futuro, los éxitos personales e intelectuales que aguardaba eran harina de otro costal: aquí estaba el debe. ¡Tenía tantas expectativas! Quería escribir, hacer crítica de cine o de teatro, ejercer la docencia en un nivel terciario. En los tiempos sucesivos pensaba ocuparse de eso. Tenía ideas, le faltaba constancia y también tiempo para dedicarse a la tarea árida de ver crecer de a poco la página escrita, "la Obra", que sentía que lo estaba esperando en algún lugar. Viajar: era la perspectiva más lejana, algún día, quizás. Con su salario de docente no podía esperar mucho ni muy pronto. En general se quedaba conforme con el repaso, aunque le escocía un poco la falta de inmediatez de sus aspiraciones más profundas. Entonces saltaba de la silla y se iba al cuarto de su hija. Allí estaba ella, la hermosa pequeñita que le restituía el gusto de la realidad, lo que de momento le daba un sentido más pleno a su vida, y de alguna manera presentía que así sería durante mucho tiempo.

28

El Jopo hizo un gran esfuerzo y llegó temprano a trabajar, casi a la hora que había acordado. Pero ese era un mal día para él. La División Jurídica había dictado sentencia en la investigación administrativa que tenía pendiente: seis meses de suspensión a medio sueldo, por lo que practicados los descuentos no le iba a quedar nada, a las deudas se agregaba la pensión de su hija, que se le descontaba de oficio. Mascullando diatribas a diestra y siniestra firmó el documento que le alcanzó un apenado Ruben, guardó distraídamente la copia en el bolsillo y se fue sin saludar, culpando a todo el mundo.

Mientras caminaba por la arbolada avenida, taciturno y perturbado, iba evaluando su nueva y vieja situación. Siempre estaba en problemas, eso no era nuevo. Pero debía enfocar muy bien sus pasos inmediatos. "No hay mal que por bien no venga", se consoló. A lo mejor esto le obligaba a dar un vuelco ventajoso en su vida, "al diablo con ese empleíto de mierda", pensó, aunque esa módica catarsis no era suficiente para calmarlo. La situación era crítica. Le quedaba su trabajo como chofer, que ante la ausencia de un salario complementario no compensaba sus necesidades. Tendría que encarar la posibilidad de ha-

cer alguna otra changa. Se arreglaba con la pintura y también podía hacer guardias en alguna empresa de seguridad, aunque éste era un trabajo muy mal pago, agotador y aburrido que detestaba profundamente. Era una etapa de su vida que había decretado superada. Se enfocó en el presente, tendría que ver cómo le sacaba unos pesos más a la vieja, era cosa de avivar el ingenio.

Esa misma tarde se presentó en la casa de la ricachona a cumplir con su deber. El pantalón negro, ajustado y brillante, la pulcra camisa blanca de mangas cortas y la gorra, la imprescindible gorra de chofer que cargaba bajo el brazo como un emblema de su función, pero que rara vez utilizaba.

–¡Ah, ya está acá!– dijo la mujer en cuanto lo vio– Voy a ir al Sindicato Médico, a hacerme un chequeo. Me va a acompañar mi sobrino. ¿No se conocen, verdad? Josema, este es Néstor, aunque todos le dicen "el Jopo", ya habrás visto por qué... Néstor, éste es Josema, José María, es médico recién recibido, el orgullo de la familia...

–Hola, encantado– expresó el hombre joven, con el pelo aclarado quizás con algún producto químico, la tez rosada, regordete, untuoso.

–Mucho gusto– dijo el Jopo, neutro, extendiendo la mano y mirando con cierto recelo al nuevo personaje que se introducía como una cuña entre él y la anciana, ¡como si no fuera suficiente con el ama de llaves o lo que fuera!

Notó en la mano que se le extendía un cierta blandura, como si la mano del otro se entregara, blanda y suave, dentro de la suya, fuerte y dominante.

Advirtió en su mirada, en el corto ricturs de su boca de labios prominentes algo que lo puso en guardia, un interés cuyo alcance no le quedaba claro de momento, y que prefirió no analizar demasiado.

La tarde transcurrió sin imprevistos. Llevó a sus acompañantes a la sociedad médica, donde la anciana, de la mano de su sobrino, se realizó los exámenes y análisis a que se sometía periódicamente, como parte de aquel vano ritual humano que pretende preservar eternamente la vida.

El Jopo, dueño del auto por un par de horas resistió la tentación de volver al inquilinato para hacer ostentación, estaba demasiado preocupado. Estacionó a un par de cuadras, en un lugar sombreado, y esperó pacientemente que lo llamaran. Dio vueltas y vueltas a la situación en su cabeza buscando una imposible salida. ¿De dónde iba a sacar los recursos para pagar la pensión de su hija, su propio alquiler, y mantener su estilo de vida un tanto rumboso para su condición? Todas las posibilidades parecían agotadas, "están secas las pilas de todos los timbres que vos apretás", recordó vagamente, era la letra de un tango que había oído en algún boliche, posiblemente el de Constituyente y Carlos Roxlo, frente a la OSE, donde solía ir a levantar veteranas cuando no salía otra cosa. Un recuerdo

inoportuno, que lo distraía del tema esencial: de dónde iban a provenir los fondos que necesitaba urgentemente. Pensó en Verónica, quizás pudiera sacarle unos pesos a cambio de "protección". Era muy peligroso iniciarse en la profesión más antigua del mundo sin un protector, las mujeres jóvenes e inexperientes podían caer en las manos de los explotadores más inescrupulosos. Él sabía bastante de eso. Era un medio que conocía bien, aunque siempre había estado "por fuera". También podía hablar con la "anciana dama indigna", como la había llamado su sobrino, provocando la risa cómplice de la vieja. ¿Qué había querido decir, de dónde había sacado esa expresión a la que ella respondió con una carcajada instantánea, como si hubiera entre ellos algún sobreentendido que estaba fuera de su alcance? No quiso demostrar ignorancia y se abstuvo de preguntar, aunque le quedó la expresión grabada, "la vieja dama indigna", era algo que quizás podría averiguar más tarde, aunque mentalmente se dijo que le vendría mejor "la vieja dama artrítica", nombre por el que pasó a denominarla en adelante en su círculo íntimo. Y de paso le vino a la memoria la mirada cálida y envolvente del joven médico, una mirada que recordaba haber recibido antes, pero de una mujer, nunca de un hombre... Y con estos pensamientos se fue adormilando, hasta que el cacareo de un gallo lo despertó. Era el celular, para advertirle que debía dirigirse inmediatamente a la puerta de la sociedad médica.

Ya en el auto bromearon sobre la salud de hierro de la vieja dama. ¡Los voy a enterrar a todos, porque soy un ruina, y las ruinas son inmortales!, bromeó ella ante las risas condescendientes de los hombres: que sí, que con su salud, la vida sana que llevaba y sus intereses tan vivos era un ejemplo para los jóvenes. El Jopo se escuchó decir esto y miró por el espejo retrovisor, para ver los ojos del sobrino clavados en él, con absoluta e intensa fijeza. El Jopo no era hombre de melindres. Prefería a las mujeres, pero en su adolescencia y luego en episodios aislados de su vida no había vacilado en tener relaciones con hombres, algunos muy jovencitos y amanerados, otros más maduros y recatados, pero que deseaban y hacían las mismas cosas. Para el Jopo eran poco más que un alivio momentáneo, a veces un pequeño ingreso, pero en el momento que vívía podía significar alguna otra cosa más grande. Decidió no pasarle raya y esperar un poco a ver en qué paraba el interés del joven médico.

–Querida tía– dijo Josema, que siempre tenía algo aceitoso en su tono y sus maneras– Debo irme, tengo que hacer. Sin duda permitirás que "el Jopo" me lleve a casa...

–¡Por supuesto! Jopo, por favor, vé y después guarda el auto y te tomas el resto de la tarde libre. Estoy cansada, hoy no voy a salir.

Ya en el auto Josema se sentó en el asiento de adelante y miró fijamente al Jopo mientras este conducía. Quiso parecer sereno, pero le temblaban ligeramente las

manos en el volante, y estaba seguro que el joven médico lo percibía. ¡Vaya una tontería, pensó, este tipo de cosas no tendría por que ponerme nervioso, ya las he vivido! Pero no lo podía evitar, se sentía como una doncella a punto de ser seducida.

Cuando llegaron a destino Josema le habló con una voz suave y acariciante:

–Espero que no tomes a mal lo que voy a decirte. Me parece que sos un tipo que ha visto mucho mundo, ¿o me equivoco?

–No, no te equivocás– advirtió que había omitido el tratamiento respetuoso que le debía al otro–. Te escucho.

–Ya te habrás dado cuenta de cual es es mi inclinación... sexual. Creo que mi tía es la única que no se da cuenta, y todavía me busca novia...– emitió una corta risita cómplice.

El Jopo lo miró de reojo, advirtió su expresión anhelante, sin querer se avergonzó y volvió a dirigir sus ojos hacia el volante, aunque no veía, solo escuchaba.

–¿Querés subir a tomar una copa? ¿Vos me entendés, no? Si me decís que sí, sabés de qué se trata...

–Sí, lo sé, pero... estoy necesitando dinero.

–¡Ah, vos también!

Había en la voz del otro una profunda decepción, ancestral, su tono era lastimero.

–¡No me malinterpretes, no soy un cafisho...– iba a decir de putos, pero se contuvo– ni un taxi-boy! Es que terminan de sumariarme en mi otro empleo, una pavada, unas llamadas que hice en un momento de desesperación – trataba que su tono trasmitiera desesperación, necesidad–. Tengo dos hijas, y la madre me está reclamando la pensión. Estoy en una situación muy difícil...

–¡Ah, pobrecito!

El Jopo advirtió que la decepción en la voz del otro había dejado lugar a un cierto tono compasivo, protector, que le hubiera gustado acariciarlo y consolarlo en ese mismo instante. Se comportaba en todo como una mujer, La que quiere creer, creerá, como decía siempre su amigo Ruben. Sienten debilidad por los hombres que provocan lástima. Creen que la vida es un teleteatro...

–¡Está bien, te ayudaré, aunque recién estoy comenzando, no creas que soy rico!– dijo el otro, cubriéndose–. Pero ahora vamos a subir, tomaremos una copa y me contarás tu vida, algo me dice que es mucho más interesante que la mía. Yo no he hecho más que estudiar ¡y esconderme!– Su voz era ahora más reconcentrada, hablaba como para sí mismo, con resentimiento, como si el mundo le estuviera debiendo algo, mucho, quién sabe cuánto...

No nos introduciremos en la intimidad de estas dos personas, cada una con su humanidad a cuestas, sus problemas, sus valores, sus necesidades. Ese día el Jopo volvió a la pensión con unos pesos en el bolsillo, lo suficien-

te para pagar la pequeña habitación en la cual subsistía estrechamente. Era tarde. Los demás huéspedes estaban entregados al sueño. Se echó sobre la cama pero no pudo dormir, y abría y cerraba los ojos en la oscuridad, buscando. No sabía cuánto tiempo había pasado, una hora quizás, o dos, cuando sintió el ruido de la puerta de calle y la risa inconfundible y tambaleante de Vero que se despedía de alguien. Se incorporó, estaba vestido, recién se daba cuenta. Salió al pasillo e interceptó a la mujer que en la penumbra emitió un gritito, sorprendida.

–¿Jopo, sos vos, qué querés, matarme de un susto?

–Vamos, que a vos nada te asusta...

Ella respondió con una risita. Se la notaba bastante "tocada".

–¿Qué mosca te picó ahora? Tendrías que estar durmiendo, ¿no tenés que madrugar?

–¡Shhhhhh!– El reclamo perentorio de silencio llegó desde una habitación cercana.

–Ya no– dijo el Jopo bajando la voz–; vení, hablemos en mi cuarto.

–¡Pero mirá que estoy muerta!– contestó ella, bajito, arrimando la cara, y agregó– No sirvo para nada...– y trastabilló.

Un vaho alcohólico envolvió al Jopo, quien la tomó por la cintura evitando que cayera, y la introdujo en su pieza.

–¡No vayas a vomitar ahora!

–¡No te preocupes, ya lo hice, como tres veces!

–Vení, acostate...

–¡Ahora no, necesito dormir!– protestó ella, y uniendo el dicho al hecho se tiró en la cama, le dio la espalda y un instante después respiraba ruidosamente.

El Jopo no dijo nada. Se acostó a su lado, la abrazó y le besó suavemente el cuello. Necesitaba aquel contacto. La mujer, aún dormida, ronroneó acostumbrada, acomodó su cuerpo al suyo y se quedó quietita.

A la noche siguiente, la otra, y la otra, el Jopo recibió el llamado urgente de su nuevo "amigo", Josema. Muchas veces se propuso una noche de bacanal con Vero, sin compromisos y sin apuros, pero casi siempre debió postergarla. Entre que ella casi siempre tenía algún punto, de los que necesitaba para pagar el alquiler y demás gastos, y que el Jopo no le iba en zaga porque debía atender a sus propios "negocios", los encuentros debieron postergarse una y otra vez. "El amor imposible de la *call girl* y el *taxi boy*" bromeaba ella, lo que no le hacía mucha gracia al Jopo, pero la verdad es que su relación con el joven médico era cada vez más apremiante y absorbente.

Durante el día respondía a los llamados de su "patrona", quien lo tiranizaba con cierto rigor, le gustaba tenerlo siempre a sus órdenes, en cualquier momento podía sonar el teléfono y debía dejar lo que estuviera haciendo para concurrir a casa de la anciana, previo munirse, condición

inexcusable, de una camisa limpia, "los leones" –pantalones bien planchados– y la consabida gorra, que odiaba cada vez más. Sus noches se repartían entre Vero, las veces que no estaba "ocupada", pocas, y Josema, cada vez más exigente. Comenzó a malhumorarse, a mostrarse tiránico. Con la confianza llegó la tendencia a ser cada vez más duro, más despectivo, más arrogante. Solía sodomizar al invertido con furia, con arrebatos de ira y de violencia, y lo dejaba dolorido, tirado sobre la cama, desnudo, lloriqueando la falta de consideración del otro, quien apenas terminaba su faena se vestía y se marchaba, como quien cumple con su trabajo y se alegra de regresar a su casa, a disfrutar de una módica satisfacción que de todas formas era infinitamente preferible. A los llantos siguieron las recriminaciones de uno y otro lado y las exigencias económicas cada vez más desconsideradas, y ante las protestas de Josema llegaron también los cachetazos, los golpes, las amenazas, los gritos. Se volvió una relación de enfermiza dependencia para ambos, una necesidad física para el homosexual, quien descubrió un secreto placer provocado por ese tratamiento grosero y despectivo, cierto masoquismo motivado quizás por la necesidad inconsciente de auto castigo, y una necesidad monetaria para el Jopo, quién además encontraba cierto regusto sórdido en tener sometido a alguien que social y culturalmente estaba muy por encima de él.

Mientras tanto no vacilaba en usar el auto de la anciana para sus propios asuntos personales, y cada vez más a

menudo se lo veía paseando con Vero, exhibiendo ambos sin pudores, casi como una compensación, la vida promiscua que llevaban. Y así pasaban los días, en esa extraña e inestable rutina.

29

Una tarde de gloria

–¡A ver, muchachas, quieren salir a pasear! ¡Vamo arriba, acción plis, que hay que aprovechar el día!

–¿Qué, te trajiste otra vez el bote imponente del vejestorio ese?

–¡Más respeto che, que es una dulce y gentil ancianita, no hay que ser desagradecido!

–¿Y bueno, qué hacemos, adónde vamos?

–¡A Punta del Este, por supuesto!

–¡A la Punta, mirá vos! ¿Y la nafta, quién banca?

–El tanque está bien lleno, no te preocupes por eso...

–No, si no me preocupo para nada, la preocupación te la cedo toda...

–Bueno, arriba. Esta noche tengo que estar de vuelta.

–¿Y la vieja?

–Está resfriada y la convencí de que tengo que llevar el auto a mantenimiento. Cambio de aceite y todo eso. ¡Hasta me dio plata para los gastos!– y rió, suficiente, orgulloso de su capacidad de manipulación– ¡Con esa plata llené el tanque!

–¿Y el aceite?

–¿Qué te pensás, que soy un irresponsable? Todavía tiene para mil quilómetros más antes del cambio de aceite...

–¡Pensás en todo, sos un tigre macho, ja, ja, ja!

Y como siempre allá fue rodeado del grupo de alegres bacantes. Esta vez además de las muchachas pasó por la casa del Lele. No se olvidaba que este lo había salvado de una paliza y le gustaba ser agradecido.

–¿Vas bien ahí atrás, apretadito, como te gusta, no?

–¿Y a quién no?– respondió envalentonado el Lele, sintiendo a sus costados el cálido contacto de las caderas mórbidas de las muchachas.

Y ellas reían, reían, como ríen las mujeres cuando están a bordo de un auto lujoso y en plan de exhibirse, y hablaban, hablaban todo el tiempo a los gritos, hasta aturdirse. Al Lele no le molestaba, estaba feliz, y al Jopo tampoco. Se sentía un *pashá*, un Casanova que no sólo se rodeaba de muchachas jóvenes y alocadas sino que se daba el gusto, muy masculino, de compartirlas generosamente con un amigo, esa otra mitad del placer.

Pararon en un supermercado en la ruta para comprar algo de comer y siguieron viaje. Una hora y pico después estaban en la Playa Brava, sacándose fotos entre "*los dedos*". Eran los primeros días de diciembre, el agua todavía estaba muy fría pero el sol calentaba lindo. Ambos se solazaron a gusto cuando las muchachas hicieron el acostumbrado striptease hasta quedarse con sus mínimos

trajes de baño. El Lele comprobó que no se había equivocado al echarle el ojo a la joven madre soltera, *la Yéssica,* una mujercita caderona, con un toque aindiado y muslos espléndidos. Ésta debió advertir su mirada excitada, porque se rió aún más, así, de nada, y se pavoneó delante de él como una gata.

Corrieron a lo largo de la playa, se salpicaron con el agua helada y se calentaron al sol. Continuaron tomándose fotos con sus celulares, y al medio día se reunieron para repartirse la comida, sacaron pan, queso y fiambre y se hicieron unos cuantos refuerzos que comieron ávidamente, matándose de risa porque se imaginaban el espectáculo que ofrecían a los escasos caminantes y a quienes los contemplaban desde los altos y lujosos edificios de la costa.

–¡Mucho Mercedes Benz y puro refuerzo de salame y Coca-Cola!– sentenció a carcajadas la Vero, que se había pasado toda la mañana prendida del Jopo, aplastándolo con sus enormes senos con un lenguaje corporal que decía "¡mío, mío, y sólo mío!".

–La gente de los edificios se debe estar haciendo el plato...– dijo mirando alrededor con aprensión "la Sole".

–¡Dejalos, que aprendan a divertirse!– sentenció Yéssica, *la Yéssica* para todo el mundo, mientras alcanzaba a su hijo un vaso de plástico. La Yéssica estaba convencida que la vida era hoy, y que un buen momento, como ese, era para siempre.

–¡Mamá, mirá!– dijo el pequeño Jonathan señalando de repente hacia el mar.

La madre miró y emitió un grito de sorpresa. Una mole gris y maciza asomaba su lomo sobre la superficie de las aguas, ahí nomás, a unos pocos metros de la playa y se movía hendiendo la superficie y emitiendo un chorro de vapor que se elevaba como un blanco arbolito en medio del mar.

–¿Qué es eso mamá– preguntó el niño, asustado, hundiéndose en su regazo y distrayéndola por un momento de su ocupación, que consistía en *hacerle ojitos* al Lele.

–¡Una ballena, es una ballena!– exclamó entusiasmado el Lele–. ¡Por fin veo una, gracias Jopo, te debo esta también, toda mi vida quise ver ballenas!

Respuestos de la sorpresa todos rieron y palmotearon, y vuelta a sacar fotos, y la gente que comienza a detener sus autos frente a la costa y las ballenas, seguramente una hembra y su cría, que retozan y el Jopo que hace lo propio rodeado de su grupo de cortesanas mientras el Lele comienza con un tímido avance, ya presentido, con el camino semi allanado.

–¿Qué hacen las ballenas en este lugar? ¿No son peligrosas, verdad? – preguntó Yéssica, casi encogiéndose al lado del Lele, con mohines de minita que se siente admirada y deseada.

–¡Oh no! –respondió este, y continuó ya lanzado, deseoso de hacer ver sus conocimientos– Se alimentan de krill, una especie de crustáceos muy pequeñitos que abunda en el sur de Argentina, entre las Malvinas y la Patagonia; en otoño viajan a las costas de Brasil para reproducirse, y a la vuelta se acercan a la costa a la altura de Punta del Este para descansar unos días antes de seguir viaje... así que no te preocupes no tienen ninguna intención de comerte– y luego agregó bajito, al oído–. Ellas no pero yo sí...

–¡Che, qué vida las ballenas, se reproducen en Brasil, descansan en Punta del Este y se van a comer a la Argentina, no se puede pensar un plan mejor!– acotó ingeniosamente el Jopo, y agregó: –¡Y vos Yéssica, tené cuidado, me parece que hay alguien que sí está interesado en tragarte entera, no te voy a dar el nombre pero está muy cerca tuyo, en cualquier momento te encaja el diente!

–¡Jopo, que me haces sonrojar!– dijo ella con una risotada y mirando al joven docente de manera prometedora.

–¡Pues a mí no me importa lo que comen o dejan de comer, lo que es yo no me meto al agua por nada del mundo con esos pescados tan grandes dando vueltas!– exclamó Verónica.

–¡No son pescados, Vero, son mamíferos, como vos, como yo y como las zanahorias!– acotó el Lele.

–¿Eh, que tienen que ver las zanahorias con las ballenas?

–¡Que la zanahoria es un mamífero!

–¡¿Pero de dónde sacaste ese disparate?!

–¡Es que el otro día pasé por una farmacia y en la vidriera había un cartel que decía "Bronceador con Leche de Zanahoria"! ¡Y si dan leche son mamíferos!, ¿o no?

–¡Sí, como las vacas, las ballenas... y como ustedes también!– dijo intencionadamente el Jopo mientras hacía el inequívoco gesto con que se imita una felación.

Y las mujeres que se revuelcan por las arenas abrazadas, muertas de risa, y algunos caballeros que prestan más atención al comportamiento exhibicionista de las opulentas muchachas que a las ballenas, mientras un par de viejas se escandalizan, otras reprenden a sus maridos y una exclama irritada, ¡Hay que ver qué desvergüenza, dónde se creen que están!

–¡En Punta del Este, estamos en Punta del Este, señora, se lo digo yo que conozco un montón de puntas!– respondió cachondeándose la Vero, y la mujer que se va gruñendo por lo bajo y arrastrando a su marido que no sabe si reír o acompañar a su esposa en la indignación, posiblemente más inclinado a lo primero pero obligado a lo segundo.

Y así fueron pasando las horas. Anochecía tarde, más allá de las nueve, y tras aprovechar el sol hasta el último

rayo paseando por la rambla de Este a Oeste, ida y vuelta, desde Portezuelo hasta Garzón, palmotearon, gritaron y festejaron en Punta Ballena la maravillosa puesta de sol, aunque con una sensación contradictoria, porque sentían que con la huida del día terminaba también una correría alegre y despreocupada que difícilmente se repetiría.

Fue la tarde de epifanía del Jopo. Hubiera querido que no terminara nunca, pero ya sabemos cómo son las cosas. Entrada la noche emprendieron el regreso. Entre gritos y protestas subió a todo el mundo a bordo y de vuelta a Montevideo, balanceándose suavemente en el run run adormecedor del magnífico coche.

El Jopo dejó al Lele de paso, quien se despidió de Yéssica con un "piquito" entre aplausos y chillidos entusiastas, y prometió llamarla al otro día.

–¡Che, Yéssica, te desconozco! ¿Qué vas a hacer con este pibe, vas a hacer vida de novia? –preguntó Vero, apenas se hubo bajado.

–Y no... Yo tengo que vivir, ¡pero es tan lindo! Además, ustedes saben, al que quiere celeste...

–¡Que *Le-le* cueste!– contestó la Vero, y rieron todas a coro.

–¡Al Lele lo único que le podés sacar es leche de zanahoria!– acotó el Jopo y todos a reírse una vez más. Pero poco después el lujoso auto se detenía frente a la pensión y las mujeres bajaban lentamente, cambiando la expre-

sión de alegría de sus rostros a cierto cansado desánimo provocado por el inevitable regreso a la sordidez y monotonía de sus vidas. Presentían que junto con el día languidecía también una vida que no era la suya. Para peor don Ramón se acercó solícito y le habló al Jopo por lo bajo.

–Te estuvo buscando un tipo gordito, un tanto afeminado, muy bien vestido, eso sí. Vino dos veces, y parecía muy ansioso y preocupado.

–El médico– dijo el Jopo–. Ese tipo es un pesado, no me deja en paz.

–Dijo que no atendés el celular y que necesita hablar contigo urgente. Mencionó un problema con tu patrona, que te comuniques con él antes de ir a verla...

Nubarrones otra vez. "Nunca falta un buey corneta cuando un pobre se divierte" pensó el Jopo. Llevó el auto al garaje y resolvió dejar el celular apagado unas horas más. Nadie iba a estropearle ese día. Y se fue a dormir con la Vero.

30

La novia del dentista

Por aquellos días Toniño divagaba alegremente. Promovió con lo justo tercer año de liceo, después de sobrevivir a varios llamados del adscripto de turno a los cuales acudía puntualmente su madre para recibir la consabida letanía.

"Es un chico muy inteligente, pero no estudia nada. Se pasa la clase charlando y haciendo chistes. Es un factor de distorsión", le espetaba muy serio el adscripto, y su madre que sí, que en casa era igual, que no le importaba nada, que no le hacía caso, que estaba para jugar al fútbol, al ajedrez, a las cartas, ¡hasta escribe poesía! había exclamado su madre, en el colmo de la exasperación, ¡pero no hay quién lo haga agarrar los libros, yo no sé qué va a ser de este chiquilín! y todo eso. Y de vuelta a su casa toda la sarta de reproches habituales: que vos no entendés el sacrificio que yo hago, y él que sí, que lo entendía, y que estaba dispuesto a salir a trabajar, y su madre que como nó, en qué iba a trabajar si no sabía ni atarse los cordones, y él que con esforzarse un poco de ahí a fin de año alcanzaba, que no era tan difícil, y que lo dejara en paz hasta entonces, y su madre que mientras tanto del liceo

la seguían llamando y haciéndola pasar vergüenza, y que estaba harta, y que haría bien en imitar a su hermano que era un ejemplo y ¡zas!, una cachetada que él sabía que iba a venir pero que casi siempre lo sorprendía, y que ponía fin a la discusión y ¡Andate a tu cuarto y no salgas hasta que subas las notas! Y allá se iba furioso, rumiando venganzas consistentes en actos heroicos, éxitos literarios, descubrimientos grandiosos y todo aquello que alimentaba sus fantasías adolescentes.

Pero llegó fin de año. De alguna manera, contando con la benevolencia de los docentes y un mínimo de esfuerzo personal, Toniño logró salvar el año. *Promovido 6* decía escuetamente el Boletín de Calificaciones. Alivio para él y satisfacción a medias para su madre, quien de todas formas tuvo que soportar una vez más al adscripto quien mientras sacudía la cabeza le decía Esto no es fruto del esfuerzo. Este chico se está desperdiciando, y ahora en el segundo ciclo va a tener que cambiar porque no le va a alcanzar con lo poquito que hizo este año, etc., etc., etc. "¡Dios mío, que ganas de joder, ya está, para qué seguir machacando, este tipo es un hijo de puta que no puede ver a nadie contento!". Pero lo cierto es que haber promovido sin previas lo liberaba de sus terrores más oscuros y porfiados: tener que estudiar en verano o el peor de todos ¡Si no andás derechito te voy a mandar al Liceo Militar, esos te van a arreglar a vos! Pufff, había zafado. Ahora el verano se abría ante sus ojos con todas sus infinitas posi-

bilidades. En eso no se diferenciaba mucho del Papi, toda su expectativa se centraba en el próximo verano, el resto de su vida era otra historia. Recordaba que había ido con su profesor de Literatura a ver "Don Juan o el Burlador de Sevilla" al teatro. ¡Qué obra tan aburrida! Las mujeres estaban todas vestidas hasta la cabeza, pura charla y promesas, nada de sexo. ¡Vaya un "burlador"! En televisión se veían cosas mucho más entretenidas y explícitas. De la obra le habían quedado pocas cosas. El final impactante "*¡que me hundo, que me quemo!*" y sobre todo aquella frase que el profesor había tenido que explicarles: "*¡Muy largo me lo fiáis!*". Esa era su única perspectiva: cualquier cosa que fuera a pasar después del verano se daría en otra vida, ahora lo dominaba el famoso "inmediatismo adolescente". Tenía un vale completo por tres meses de diversión y no pensaba desperdiciarlo.

Lo primero era conseguirse una novia. Nunca había tenido una novia en serio, y de repente esa carencia le empezó a pesar y le pareció un asunto más urgente que el fútbol, que el cine, la música o cualquier otro de los intereses que había tenido hasta ese momento. Después de meditar, pesar y sopesar, sumar y restar, descartando el tema del caballo y la armadura, decidió que la dama de sus sueños, de momento, no era otra que Susanita, la avispada vecinita que vivía a mitad de la otra cuadra, en una casa que tenía un balcón de aquellos antiguos, con balaustrada de mármol, al cual solía asomarse con todas

las promesas de sus catorce o quince años impresas en sus inquietos ojos oscuros. Toniño estaba próximo a cumplir los dieciséis, que había tenido un par de aventuras, pero esas experiencias no habían mejorado sensiblemente su capacidad de relacionamiento con el sexo opuesto, sobre todo con las muchachas de su edad. Así que se armó de coraje, y sacando pecho para que lo vieran sus amigos pasó intencionadamente, frente al balcón de Susanita, mirándola de reojo, y la escuchó decir bien claro mientras lo seguía con la vista ¡Qué lindo que sos!, ¡y no supo que hacer! Lo más lógico hubiera sido que aprovechara la oportunidad y se detuviera a charlar, que la invitara a verse en la esquina o algo por el estilo, pero un oscuro temor lo inhibió, se quedó sin habla y siguió caminando durito, sintiendo cómo un rubor colorado le subía por las mejillas. Lo peor fue la risita burlona que creyó escuchar cuando se alejaba, aterrorizado como un conejo. Se lo contó a sus amigos, omitiendo algunos detalles. La mayoría de ellos tenía mucho menos experiencia que él, estaba seguro, pero no por eso desaprovecharon la oportunidad para reírse a carcajadas y le dijeron que le faltaban huevos "para encarar una mina", así nomás. ¡Bah, y ustedes qué saben! ¿Cómo me iba a parar ahí, frente a su casa? ¿Y si salían el padre o la madre? ¡Y qué tiene que ver, es lo más natural, no seas cagón!. Toniño lo miró fijo. El que hablaba era Eduardo, el mayor de la barra. Nadie hubiera dado dos pesos por su aspecto. Era bajito, cara chata y ancha,

pero era el más desenvuelto, el más caradura. Ya había tenido un par de novias y tenía dieciséis cumplidos. ¿Y que querés que haga, a ver?. Dejame a mí. Y allá se fue, directo al balcón de Susanita, quien charlaba animadamente con una amiga, y por las risas adivinaba, o creía percibir a la distancia que el motivo de las risas era el reciente episodio en que se había mostrado estúpidamente inseguro. Mientras esperaba el resultado de la entrevista se juró a sí mismo que nunca le iba a volver a pasar... ¡Pobre Toniño, cuánta ingenuidad!

–¡Ya está!– volvió Eduardo–. ¡En un rato va a salir a hacer los mandados, la podés acompañar al almacén y arreglan algo! ¡Y avivate de una vez! ¿A ver, qué le vas a decir?

–¡La voy a invitar a ir al cine, o al Parque Rodó!

–Buena idea. Y si dice que sí agarrale la mano y darle un besito rápido, de despedida, a cuenta de mayor cantidad. ¡No te olvides que a las mujeres les gustan los tipos decididos!

Toniño acompañó a Susanita al almacén, tratando de encarar una conversación más o menos fluida: intento inútil, las oraciones se le entrecortaban y la mayoría de las palabras se limitaron a monosílabos. Se dio cuenta de que ella también estaba nerviosa y le costaba mantener aquella actitud risueña y desenfadada que la caracterizaba a la distancia. ¿Querés ir al cine el domingo? le espetó de repente, a la vuelta del almacén. Bueno, ¿adónde?

Titubeó, no había pensado en eso, pero salió del paso: Y, después vemos, ¿a las cinco, te parece? A las cinco está bien. Toniño se sintió feliz, triunfante. Ya casi llegaban a la casa de ella, miró hacia todos lados, como quien está por cometer un delito, El domingo a las cinco en la esquina, dijo, le tomó la mano y le dio un besito fugaz, un "piquito" que le dicen, y se fue caminando lo más natural que pudo, mirando una y otra vez hacia atrás. Ella dibujó una sonrisa pícara en su rostro y se quedó en la puerta, contemplándolo, hasta que él saludó con la mano y dobló la esquina, feliz. Apenas lo hubo hecho levantó los brazos y gritó estentóreamente Sí, sí, sí ante la mirada sorprendida del Papi que le espetó: ¿Qué pasó, se ganó la lotería compañero?. Algo así respondió y siguió flotando por la cuadra.

Y ese domingo fueron al cine, de tarde. Él se olvidó de sus partidos de fútbol, de sus andanzas con la barra de la esquina, se bañó, se vistió como supuso que mejor le caería a ella y allá fue. Había conseguido un vale con descuento para dos personas, en una sala que presentaba tres opciones, entre ellas una película de Ciencia Ficción, un género que le gustaba mucho. Deseaba fervientemente que ella optara por esa. Rascó el cajón de su mesa de luz y encontró lo suficiente para las entradas, un Pop acaramelado y un refresco para cada uno. Confiaba en que sería una buena inversión. La impresionaría, y lo demás vendría solo. En la oscuridad le costó tomar la iniciati-

va, sudaba, presentía que esa inseguridad era algo que lo acompañaría toda su vida y se maldecía interiormente, pero ella tomó su mano y le simplificó las cosas. Arrimó su cara y se dieron un besito, luego otro, y otro, cada vez más intensos, mientras en la pantalla "¡*Mamma mía, mamma mía!*" cantaba desforadamente Meryl Streep, película obviamente elegida por ella. Le pasó un brazo por los hombros, mientras ella tenía su otra mano entre las suyas. De repente la levantó suavemente y la depositó sobre sus senos. Toniño abrió los ojos muy grandes en la oscuridad pero no desperdició la ocasión que la muchacha le ofrecía. Le acarició lentamente los senos, luego metió la mano por la camisa entreabierta y le pellizcó suavemente el pezón. La sintió gemir, buscar su boca y pasar la lengua por sus labios. ¿De dónde había sacado tan sorprendentes habilidades? Se olvidó de la pantalla, de Meryl Streep, de los encantadores paisajes griegos y nunca pudo recordar siquiera el argumento de la película...

Se acercaba fin de año. Toniño avanzaba más lentamente de lo que quería con Susanita. Por las dudas había hecho un curso completo de prevención de embarazo e higiene sexual con Juan Carlos, el estudiante de medicina, casi médico. "Base por base", como dicen los americanos, había llegado bastante cerca del objetivo. Una tardecita en casa de una amiga ella le había meneado el pene mientras él había metido la mano bajo la bombacha

y le había acariciado la cuevita húmeda, entre jadeos y ojos entrecerrados. Pero eso había sido todo, no había pasado de ahí, aunque suponía que tarde o temprano tanto esfuerzo y dedicación iba a tener su recompensa. Esperanza vana. Un día la esperó en la esquina y otro también y ella no apareció. Tampoco respondía sus mensajes. A la larga obtuvo una escueta, ambigua contestación. "Tengo problemas en casa. Yo te llamo." No fue necesario. Al tercer día la vio en la puerta de su casa, acompañada por otro muchacho, al que conocía del barrio, pero de lejos. Apenas habían cruzado palabra alguna vez. Lo recordaba como integrante de otra barra, que paraba un poco más lejos, por el callejón de la universidad, y que en el barrio existía la sospecha de que se soplaban un porrito tras otro. ¡Pobre Toniño! Sintió la puntada de la traición atravesarle el pecho. Conteniendo la respiración, encogido, se fue acercando, buscando el refugio de los árboles y los autos estacionados. La escena era inequívoca, arrumacos, miradas, toqueteos. Todo indicaba que habían quemado aceleradamente etapas, y eso le dolió como una puñalada. Volvió a la pensión masticando rabia. Se preguntaba si estaba realmente enamorado y si valía la pena hacerse tanta mala sangre, y se decía que no, que no daba para tanto, pero no dejaba de ser un desaire, una traición, y estaba sinceramente lastimado. Tomó su celular y escribió. *Te vi con ese en la puerta. Sos una traidora y una mentirosa.* La contestación no tardó en llegar. *Bueno, entonces ya lo sa-*

bés. Ahora estoy con él y no quiero más nada contigo. De un día para otro y sin avisar. Toniño no dejaba de sorprenderse por la volubilidad de su ex novia, o lo que fuera. ¿Acaso sería siempre así con las mujeres? Cada vez más enojado tomó su celular y escribió: *Sos una puta, eso es lo que sos. ¿Ya le hiciste la paja a él también?* La respuesta no se hizo esperar: "*sos un hijo de puta y un maricón*". Y punto. Herido, más que nada en su amor propio, pero dando el episodio por superado, Toniño decidió volver a su vida habitual y olvidarse de las novias, por el momento.

Pero no se lo permitieron del todo. Un par de días después Toniño volvió al Liceo a devolver unos libros. Cuando regresaba se topó con el nuevo novio de Susanita en un encuentro nada casual. *¡Así que vos sos el hijo de puta que insulta a Susanita por celular, a ver si sos tan guapo ahora!*. Y se le vino encima "de una". Toniño retrocedió sorprendido, ya casi había olvidado a Susanita y todo lo que a ella concernía, una facilidad para superar los traspiés amorosos que lo iba a acompañar toda su vida, para su fortuna. *¡Pará, pará!* gritó extendiendo las manos hacia delante en un intento conciliador *¿Vos sos ahora el novio de Susanita, no? ¡Mirá que Susanita me la jugó feo, un día estaba conmigo y al otro contigo, sin avisar ni nada! ¿Vos que hubieras hecho?*

¡No sé, pero sé las porquerías que le escribiste, todas mentiras, así que preparate, porque te voy a romper la jeta! ¿Cómo que mentiras? ¡Ah, las mujeres...! Toniño midió a

su contrincante. Era más o menos de su altura, pero más fornido, y pensó que iba a cobrar, pero no iba a dejar que se la llevara de arriba, así que primereó con un recto de izquierda a la mandíbula de su contrincante quien respondió con un mazazo de derecha a uno de sus ojos. Ambos se conmovieron y se miraron con respeto. El Paco, que así se llamaba el otro, lo agarró y rodaron por el suelo, Toniño trataba de zafarse, pues vio que en el cuerpo a cuerpo llevaba las de perder ya que el otro era más robusto. Como pudo se levantó y empezó a girar, evitando las embestidas de su rival, que para eso le servían todos los juegos de manos que había practicado desde chico con sus amigos de barrio, desde los días de su lejana ciudad norteña. Cómo los cachorros que aprenden a defenderse jugando con sus hermanos, Toniño había desarrollado ciertas habilidades, y para suerte suya pudo mantenerse a distancia hasta que un par de mayores decidieron intervenir. Lo conocían de vista y decidieron abreviarle el mal momento, así que los separaron y los enviaron perentoriamente a cada uno por su camino. Y allá se fueron rezongando y amenazándose a la distancia.

Cuando llegó a su casa ya tenía el ojo violeta, y tuvo que zafar a la inquisición de su madre, quien le tenía terminantemente prohibido pelear. Le preocupaban su seguridad pero también su ropa, la que tanto le costaba comprar para mantenerlo limpito y arreglado, etc., etc. Ya se conocía el discursito desde que estaba en la escuela y

había llegado un par de veces con la ropa sucia y rasgada, lo que le había costado más de una cachetada y una buena penitencia. Poco le importaba a su madre la escala de valores adolescentes, su auto estima y todo eso. En su mente su hijo aparecía en una imagen rutilante, que tenía que ver con un futuro profesional y donde la habilidad para las peleas callejeras y para patear una pelota no existían ni tenían ningún sentido.

–Estaba haciendo la cola para devolver los libros y unos pelotudos se pusieron a tirarse con las pelotitas de los plátanos y una me pegó en el ojo– mintió.

–¿Y qué hicieron los adscriptos, los profesores, nadie vio nada?

–En el momento me pareció que no había sido nada, me puse un poco de agua fría y chau. Dejá en paz al adscripto que ya me tiene entre ojos. Además ni se enteró.

–Pero tenés el pantalón sucio en las rodillas, y los codos raspados, ¿qué te pasó, eso fue por las pelotitas también?

–Me caí cuando volvía, le puede pasar a cualquiera...

La madre lo miró, tamborileó sobre la mesa y prefirió no seguir investigando.

–¡Andá, andá a lavarte esas peladuras, hacé el favor, no se te vayan a infectar todavía!

Esa tardecita, mientras tomaba su chocolate vitaminizado y meditaba sobre las circunstancias de su vida, oyó sollozos apagados que venían de la piecita del fondo, la

que él mismo había ocupado hasta que su madre resolvió poner fin a sus días de meditación y placeres solitarios para dedicarla a una opción más lucrativa: la alquiló. La nueva inquilina fue una brasilerita petisa pero fortachona, graciosa y muy sexy, proveniente de Santana do Livramento, que había llegado a Montevideo siguiendo al Chiquito, el estudiante de odontología, con quien había tenido un romance tropical que pensaba extender y enriquecer con vistas a un mejor futuro personal. El Chiquito se había sentido halagado al principio, pero no pasó mucho tiempo antes de que se sintiera asfixiado, perdió interés y se lo hizo sentir. La brasilerita se había empleado en una peluquería, donde era muy apreciada por su carácter alegre y cierto talento natural, en sus manos cualquier cabellera por arruinada que estuviera se convertía en una forma voluptuosa y sugerente. Pero ese éxito relativo no restañaba la herida. Cuando volvía de noche se encerraba a llorar y nadie dudaba que su temporada en Montevideo se extinguía rápidamente. Toniño la escuchó y se acordó al instante de Mirta, y una lucecita en su cerebro le recordó lo altruista y provechoso que puede ser consolar a una mujer en bancarrota afectiva.

–Sonia– llamó arrimándose a su puerta–, Soñita, ¿qué te pasa? ¿Puedo ayudarte?

–Nao, nao pasa nada. Estou muito triste, nada mais...

–Yo también, me dejó mi novia. Si querés te cuento...

Un buen llamador. Ninguna mujer se resiste a escuchar una historia de fracaso amoroso, sobre todo si ella también tiene una y puede comparar y lamentarse por las frustraciones propias y las ajenas.

–*Ta bem, pasa...*

Toniño entró y se sentó junto a ella, en la cama, donde la mujer se enjugaba las lágrimas con un pañuelo colorido, pero una vez más su atención fue atraída por la pollera cortona, con aquellos muslos redondos que provocaban sus fantasías adolescentes completamente expuestos. Medio se estiró la falda sin cubrir demasiado, lo miró a la luz mortecina que arrojaba la lámpara desde la mesita de noche y se dio cuenta de que tenía un gran círculo morado en torno a su ojo izquierdo. Dejó que el asombro se pintara en su cara enrojecida por el llanto y le dijo:

–*¡Uy, pobreziño!, ¿que pasou a vocé no olho?*

–Eso mismo quería contarte...

–*¡Conta, conta pra mim!*

Ella lo abrazó, compasiva, y él le habló de Susanita, de la traición, de la pelea que remató la historia, remarcando los aspectos tangueros del asunto; ella parecía sinceramente compadecida, *"¡pobreziño, pobreziño!"* repetía compulsivamente la brasilera. Él hubiera querido llorar para completar el efecto y para mostrar aún más dolor y solidaridad, pero no pudo. Atinó a bajar la cabeza, compungido, apoyándola sobre su hombro. Ella lo apretó más fuerte, estrechó su cara contra sus blandos pechos,

y depositó los labios muy cerca de su oreja. Él sintió una gran erección que no intentó disimular. Envalentonado puso una mano sobre sus muslos y los acarició suavemente. Ella pareció alentarlo al no hacer ningún gesto de reprensión, al contrario lo estrechó más y entre una mezcla de sollozos, gemidos y coloridas palabras en portuñol le contó que había terminado con el Chiquito, que prácticamente él la había mandado de regreso a su ciudad natal dando por terminado todo compromiso, que era un hombre sin carácter y un abusador, y que la culpa de todo era de la madre de él, que lo llevaba de las narices como a un "*boy*", y repitió el vocablo varias veces, "¡é *un boy, un boy, un boy, iso é o que ele é!* –y quería decir buey en portuñol, aunque Toniño entendió que era "niño" en inglés y después de todo en este caso ambas palabras vienen a significar más o menos lo mismo, y siguió luego con que su supuesta suegra nunca la había querido y que andaba repitiendo por ahí que ella era "*uma loca, uma cualquera*" y que quería enganchar a su hijo, un futuro profesional, demasiado para ella. Y Sonia maldecía a su novio y a la madre, y recordaba todo lo que había dejado por él, y Toniño que la acariciaba de manera cada vez más audaz mientras repetía "*¡pobreziña, pobreziña!*" y luego se besaron ferozmente, y él sintió que ella buscaba algo de afecto, que lo necesitaba, mientras que él sólo quería "aquello" y se estaba aprovechando de la situación pero que no quería y no podía de ninguna manera evitarlo. Le

acarició los senos, pellizcando suavemente los pezones, como le había enseñado la rolliza y experiente Mirta y ya había practicado con Susanita, luego metió la mano entre sus muslos y buscó el pozo hondo y prodigioso, la sintió gemir y apretar fuerte su miembro. Entonces intentó quitarle la pequeña tanga, ¿demasiado prematuramente quizás? Resultó un error estratégico. Ella abrió sus ojos muy grandes y pareció recuperar la lucidez. Buscó algo de autodominio en su tambaleante conciencia y encontró la fuerza necesaria para retirar su mano y decir:

–*¡Basta! ¿Qué estamos fazendo? ¡Nao quero, vocé é un garoto, como un irmao, un filho!*

–¿Un *filho*? ¡Pero qué edad tenés, veintitrés, veinticuatro, bueno, yo tengo diecisiete!– mintió.

–*Voce ten apenas quinze, ¡nao poso, nao poso!*

"¡No puedo, no puedo!" Toniño no estaba para connotaciones morales en ese momento, se dio interiormente a todos los diablos, ¡por segunda vez en pocos días una mina lo dejaba en ayunas y con un espantoso sentimiento de insatisfacción e impotencia! "¡Cómo pueden ser tan crueles!" pensaba, seguido por una retahila de insultos que debía cuidar que no afloraran a sus labios, porque de alguna manera, dentro de su corta experiencia sentía que eso hubiera sido peor, que con las mujeres muchas veces era así la cosa y que había que respetar sus tiempos, tan distintos a los de un hombre. Toniño aún tenía mucho que aprender, entre otras cosas que las mujeres son exper-

tas en eso de dejar a los varones en las puertas del éxtasis, de detenerse en el momento más ingrato, y decirles como si tal cosa "¡Te quiero como a un hermano, un amigo, pero así no!"

"Sonia, soñita del alma mía", parafraseó Toniño, "puta, putita, recontraputa, ¿qué te costaba?" pensó, sin caer en el contrasentido de que los hombres llaman "putas" precisamente a aquellas mujeres que no se acuestan con ellos. Ella se apartó, alisándose la ropa y ambos pudieron advertir el desencanto que se pintaba en el rostro del otro, la diferencia la hacía la mancha que se extendía por su pantalón.

–*¡Nao fique mal*– le dijo ella con cara de compasión–, *vocé é un rapaz muito bonitiño, e tein muito tempo por diante, vai ter muitas mulheres!*

Dijo esto y extendió la mano para acariciarle la cabeza. Toniño la miró fijamente y odió su condescendencia. La mirada de ella expresaba compasión, pero al mismo tiempo era fría, inaccesible. A lo más estaba dispuesta a consolarlo, pero no a complacerlo. En ese mismo momento se dio cuenta de que Sonia iba a terminar en el mismo cajón de oportunidades perdidas donde ya había enviado a Susanita, así que apartó la cabeza rehusando la caricia.

–¡Está bien, no tiene importancia, yo también me dejé llevar!– dijo, alisándose la ropa, como quién se levanta después de una caída y repite ¡No es nada, no es

nada! para disfrazar su humillación, y salió con aire ofendido, sin esperar respuesta. Ella no intentó retenerlo, no emitió una palabra, ni un sonido. "Por lo menos logré que dejara de llorar, eso tendrá que agradecerme" pensó Toniño, mientras se dirigía a su habitación a cambiarse el calzoncillo, no sin antes atisbar sigilosamente para asegurarse que su madre no anduviera en la vuelta. A ella su "accidente" difícilmente se le hubiera escapado, y eso lo hubiera avergonzado y humillado mucho más todavía.

Con el tiempo recordaba el episodio y dudaba si contarlo como un fracaso. En realidad prefería ver la mitad medio llena del vaso: esas luchas soterradas con una mujer para obtener algo de satisfacción sexual eran parte de la vida de los hombres, y aportaban su cuota de placer un tanto perverso, pero disfrutable, podían hasta transformarse en un sucedáneo del sexo mismo. Se acordaba con afecto de Sonia, y tomaba lo ocurrido como un capítulo más de un aprendizaje que aún tenía muchas páginas por escribirse. Y ese sí que era un pensamiento sabio.

31

El Jopo se despertó aquella mañana muy tarde. Se duchó, se afeitó, como preparándose para un juicio y finalmente decidió enfrentar lo que le esperaba, fuera lo que fuera. Llamó a Josema, como este había solicitado. Cuando oyó la voz al otro lado del teléfono se apoderó de él un regusto amargo, un sentimiento de frustración y rechazo que desde ese mismo instante lo predispuso contra aquellas personas de las cuales dependía, antes aún de oír lo que tenía para decirle. Por cierto lo que el médico le comunicó con una mezcla de desazón y reproche lo sorprendió, aunque suponía que fuera lo que fuera alteraría su vida presente, algo que casi deseaba, quería salir de aquel círculo estrecho de dependencia que lo oprimía, que ya no quería soportar.

–¡Esta vez sí que metiste la pata!– chilló Josema desde el otro lado del aparato, antes de saludar siquiera.

–¡Tranquilizate un poco y decime que pasó!

–¡Pasó que mi tía se enteró de tu aventura puntaesteña, eso pasó! ¡Una amiga te vio, hasta te sacó fotos! ¡Mi tía está furiosa, te va a echar! ¡Y por si fuera poco... está enterada de lo nuestro, no es ninguna tonta, y no quiere que nos veamos más. Dice que sos un canallita, un abusador,

¡que si no te mando a la mierda me va a sacar del testamento! ¡Cómo si eso me importara, pero en fin, así están las cosas! ¡Traicionaste su confianza... y la mía también!

–¡Mirá, no te pongas histérico ni me hagas escenas! ¡Nunca te prometí nada, no somos marido y mujer, lo que hago con mi vida es cosa mía y nada más que mía!

El Jopo oyó los sollozos del otro lado.

"¡Ay Dios, lo que me faltaba, ahora vienen los gritos, los llantos y los reproches, no lo aguanto!" pensó y cortó abruptamente. Se preguntaba si debía ir o no a ver a su anciana empleadora, ¡para qué, si ya estaba juzgado y condenado! De estas meditaciones lo sacó una nueva llamada telefónica. Después de dudar unos instantes decidió responder.

–¡Por fin me atiende, necesito hablar con usted, véngase ya!

Si lo trataba así, sin saludar siquiera, la cosa venía brava.

–¿Y se puede saber de qué se trata?– se envalentonó el Jopo.

–Hay más de un tema de por medio, lo mejor será que venga, urgente, mire que le conviene.

Estas últimas palabras irritaron e intrigaron al Jopo, "¿Me está amenazando?", se preguntó. "En fin, algo voy a sacar de todo esto", se dijo, y se fue a la casa de la anciana.

Esta lo esperaba con expresión dura y acusadora. La flanqueaba como un guardaespalda su "dama de compañía"– el Jopo nunca llegó a entender bien cuál era su función en aquella casa– quien adoptaba una pose altanera, solidaria con su patrona. ¿Es que no se animaba a enfrentarlo y decirle lo que tenía contra él cara a cara, le tenía miedo? Una figura recortada en la ventana de la habitación le llamó la atención. Entonces vio al jardinero, un hombre joven y robusto que parecía estar atento a lo que ocurría adentro, con una pala entre las manos. Cuando vio que lo miraba fingió trabajar y se puso a palear al pie de la ventana. El Jopo se sintió invadido por la indignación, ¿quién se creían que era él, un criminal, un ladrón, un golpeador de ancianas? Vieja hija de puta, esto te va a costar, te voy a hacer una denuncia por...

–Mire, voy a ser concreta– dijo la anciana, hosca, el rostro más arrugado que nunca–. Estoy al tanto del uso que le da a mi auto. Tengo testigos y hasta fotos, así que no se moleste en negar nada. Yo sabía que se iba a pasear cuando me dejaba, no soy tonta, hasta se lo sugerí alguna vez, ¡pero irse de farra a Punta del Este, sin mi autorización, con el auto lleno de... mujerzuelas, cuando se supone que estaba en mantenimiento, al menos ese fue el cuento que me hizo para sacarme plata, bueno, ya es demasiado! ¡Despídase de su trabajo de chofer!

–¡Devolví el auto en perfectas condiciones, así que no se crea que me va a echar así nomás! ¡Tendrá que pagarme despido!

–¿Despido? ¡Pero por favor, tenés suerte que no te he denunciado todavía por apropiación indebida y estafa!

"Vaya, tiene agallas la viejita" pensó el Jopo, advirtiendo la elocuencia y la expresión inflamada de su interlocutora. Se encogió de hombros. Empezar de nuevo era algo que había hecho toda su vida Y todavía quedaba Josema, una isla para un náufrago como él. El úlltimo refugio mientras buscaba alguna otra cosa, nunca le habían faltado recursos. Y eso sí que no le iba gustar a la vieja, que su propio sobrino se pusiera contra ella...

–¡Y hay algo más!– agregó.

–¡No me diga, y ahora qué!

–Johana– dijo ella, dirigiéndose a su empleada–. Dejanos un momento solos.

–Si señora, estaré en la habitación de al lado– y todavía le dirigió una miradita rencorosa mientras se retiraba.

–Nos queda pendiente la situación de Josema. La semana pasada vino con un ojo negro y un corte en la mejilla. Vos sabés de qué estoy hablando.

Claro que sabía. Le había hecho una escena llena de recriminaciones y reclamos, algo que reiteraba últimamente, y como era costumbre entre ambos el Jopo le había dado un par de cachetadas. A veces le parecía que el

mediquito lo provocaba, que le gustaba ese tratamiento, pero esa vez había respondido con arañazos e insultos. El Jopo se encorajinó y le propinó un par de puñetazos, más que nada para hacerlo callar, aunque siempre sentía una cuota agregada de placer cuando lo hacía, como si estuviera haciéndole pagar su propia degradación.

–No señora, no sé –contestó mirando hacia la ventana. El jardinero seguía allí. Ya no estaba preocupado, había franqueado rápidamente ese límite tras el cual las consecuencias dejan de preocuparnos. Casi se divertía, y se preguntaba en qué pararía aquella mascarada.

–Sí sabés, y yo también sé. No creas que no conozco las inclinaciones de mi sobrino. No me gustaba, pero terminé aceptándolo como es. Hasta que me di cuenta de que se había relacionado contigo. No creí... de alguna manera pensé que tenía más criterio, me sorprendió que pasara "eso" entre ustedes... Pero "el corazón tiene razones que la razón no entiende", dijo desanimadamente, pero Pascal no significaba nada para el Jopo, ni le interesaba. La anciana hablaba ahora pausadamente, sin dejar traslucir la rabia que sentía, aunque su voz era fría, cortante, decidida.

–No debes ver más a mi sobrino. Aléjate de él.

"Lo que me faltaba– pensó el Jopo–, me quiere sacar la única fuente de ingresos que me queda, ¡sí, cómo no!". No contestó, miró hacia la puerta. Si eso era todo, se mandaba mudar y listo.

–¿Lo dejarás o no?– dijo la mujer–. Le estás haciendo mucho daño, sinceramente, se merece algo mejor... Es un joven con gran futuro, y tú lo estás arruinando.

–Él es grande y sabe lo que hace. Si eso es todo, me retiro, pero sepa que iré directamente al Ministerio de Trabajo, ¡puedo denunciarla por despido arbitrario y discriminación!

–Creo que recién te conozco. ¡Cómo me engañé, cómo nos engañamos todos contigo!– la voz de la anciana de repente expresaba una mezcla de dolor, frustración, resentimiento– Si lo único que te importa es el dinero, podemos llegar a un acuerdo.

Los ojos del Jopo mostraron una inequívoca señal de interés. Aunque no dijo nada, se quedó mirándola.

–Te pagaré cien mil pesos si no vuelves a verlo. Tómalo como un despido por todo concepto... evitaremos el escándalo y no haré la denuncia por el uso indebido del auto ni por estafa. ¡Te puedo hacer procesar si quiero!

–¡Yo no robé nada!

–¿Ah no? ¿Y la plata que me sacaste para el servicio del Mercedes, qué hiciste con ella? ¡Varias veces me viniste con ese cuento! ¡Llamé al mecánico y me contó que nunca le llevaste el auto, ni una vez siquiera, eso es una estafa! ¡Sin contar que te fuiste a Punta del Este y quien sabe a cuántos lugares más sin mi permiso!

El Jopo sopesaba mentalmente la situación tan rápido como podía. Si decidía seguir viendo a Juanma la cosa se iba a poner muy espesa. La vieja tenía sus influencias y

argumentos no le faltaban. Quizás lo mejor fuera aceptar la plata y sacarse varios problemas de encima. Un cálculo rápido le dijo que con ese dinero podría vivir unos meses, tres o cuatro, lo suficiente para buscarse alguna ocupación más a su gusto que la de cafiolo de un marica que ya lo tenía harto con sus recriminaciones y con su actitud histérica y absorbente.

–Aceptaría por el bien de Juanma– mintió–, y porque usted me está dejando sin trabajo.

–¡Sé más honesto, por favor! Para vos Juanma es sólo alguien a quién le sacás plata. Me duele en el alma ver cómo lo maltratas, un ser tan dulce e inteligente.

–¡Mire que acá no hay una víctima y un culpable, fue Juanma quien me buscó, es más, a él le gusta...!

–¡Basta, no quiero saber los detalles! A veces me digo que la culpa es mía. Yo lo mimé, le dí todo, lo protegí, no lo dejé crecer, y este es el resultado...

Al Jopo le parecía que por ahí no iba la cosa, que ser marica era algo que se traía en los genes, y punto, además nada de eso le importaba. Había escuchado la palabra mágica, y ahora no podía pensar en otra cosa.

–Estaba pensando que con esa plata puedo vivir un tiempo, mientras consigo otro laburo. Haré lo que usted diga. ¿Y cuándo veré el dinero?

–Esta noche debes decirle a Juanma que no lo verás nunca más, y no hables nada de nuestro trato. Mañana tendrás el cheque.

–¿Y cómo sé que cumplirá su palabra?

–¿Y cómo sabré yo que vas a cumplir tú? ¡Mi palabra vale bastante más que la tuya, creo! Además, no quiero que Juanma se entere de nada. Se enojaría conmigo. A nadie le gusta que se metan en su vida. Esa es tu garantía, permanecer callado y desaparecer para siempre. La mía es que si no cumples te haré meter preso, ¡puedo hacer que tu vida sea un infierno, nunca más conseguirás empleo!

Normalmente esas amenazas no hubieran hecho mella en el ánimo del Jopo, pero dos cosas lo instaban a aceptar. El dinero era la principal, la otra, que estaba harto de la situación.

–Esta noche le hablo a Juanma y mañana vengo por el dinero.

–Te dejaré un sobre con la mucama. No quiero volver a verte nunca más.

Se encogió de hombros. Si obtenía el dinero, lo demás no le importaba en absoluto.

–No se preocupe. Aunque no lo crea, soy hombre de palabra– estuvo a punto de agregar que toda aquella situación ya lo tenía harto, que estaba cansado de ella y de Juanma, de aquella vida ridícula que lo hacían llevar, de día al servicio de la anciana, y a la noche de su sobrino y que era lo mejor que le podía pasar. Pero se lo guardó, no fueran a obrar en contra suyo términos tan ligeros.

No hubo escena de ruptura. El Jopo prefirió no enfrentar a Juanma. No quería gritos ni reproches. Además, por alguna razón que prefería no racionalizar demasiado lo que iba a hacer le provocaba una vaga desazón, sentía como que estaba vendiendo una parte de sí mismo y no le gustaba. Pero por otra parte necesitaba aire... y dinero. Cien mil pesos eran como cinco mil dólares. Quizás hubiera podido sacarle más a la vieja, pero en fin, ya había aceptado y quería terminar con aquel asunto cuanto antes. Cinco mil dólares... nunca había tenido esa plata junta, de una sola vez. Podría sobrevivir tres o cuatro meses, bien, mientras se buscaba otro trabajo, alguna changa. Eso lo deprimía un poco, buscar trabajo, quedar sujeto otra vez a horarios y obligaciones, odiaba esa rutina, sabía que no estaba hecho para eso. Quizás invirtiera una parte en la compra de una moto, y se pondría a la orden de alguna mensajería, o de algún restaurante para repartos, un "delivery" que le dicen. No se veía tampoco repartiendo pizza y fainá a domicilio, pero sería algo pasajero... Se sacó de estas cavilaciones para tomar el teléfono y discar el número de Juanma. Le habló de manera cortante, parca, comunicándole el fin de la relación. Básicamente soy heterosexual, y estoy enamorado de una mujer. Lapidario. Escuchó las exclamaciones previsibles del otro lado, y cortó cuando comenzaban las recriminaciones, las amenazas y las apelaciones a los sentimientos más elementales. Nunca acepté chantaje sentimental de una

mujer, menos de un hombre, se dijo, y ya no prestó más atención al asunto.

Al día siguiente se puso una camisa limpia, como todos los días, y se fue a cobrar lo acordado. La anciana no lo recibió, se lo había anunciado, no quería verlo nunca más, ¿se sentiría traicionada, despechada?, ¿qué le había provocado él en esos meses escasos que estuvo a su servicio? Capaz que allí estaba el verdadero filón. Con las mujeres nunca se sabe... De todas maneras ya era tarde. La empleada le entregó un sobre. Se lo alcanzó en el umbral junto con una mueca de desprecio. Luego dio media vuelta y prácticamente le estrelló la puerta en la cara.

–¡Perra, arrastrada!– exclamó el Jopo deseando que lo oyera desde el otro lado de la pesada puerta. Sin moverse abrió el sobre y allí estaba el cheque por cinco mil dólares, aunque con fecha dos días posterior. "¡Vieja desconfiada, se quiere asegurar! En fin, dos días más no importan, ¡pero más vale que cumpla o verá el escándalo que le hago, no respondo! ¡Puedo hacer que su querido sobrino la odie para toda la vida!". Metió el cheque en su bolsillo y se fue silbando una cumbia bajo los árboles de la aristocrática avenida 26 de Marzo. Por primera vez en mucho tiempo se sentía distinto, miraba de costado a los peatones. Aquel documento en su bolsillo le daba una inefable sensación de poder.

32

"El Filósofo"

Los altos edificios recortaban un espacio de pocos metros cuadrados, no más de cuatro por cuatro, perdido, abandonado, olvidado. Apenas la Intendencia Municipal parecía haber tomado nota de su existencia colocando un contenedor de basura que solía rebosar bolsas de desechos que caían por su costado dándole al lugar una desgradable apariencia. ¿Cómo es que había quedado aquel espacio; como ninguno de los edificios se lo había apropiado, ningún arquitecto o urbanista del municipio había tomado nota de aquel espacio libre en medio de la ciudad? El lugar estaba cercado por muros laterales de edificios de apartamentos y una gran pared al fondo, perteneciente a un enorme garaje que tenía su entrada por otra calle, y que mostraba apenas un par de ventanas tapiadas por bloques como testimonio de un pasado indescifrable. Aquel reducto era una bendición para los hombres de la noche, los marginados, los bichicomes. Allí solían reunirse, protegidos a medias del viento, como en un refugio. El eterno fueguito, las charlas interminables, coronadas siempre por risotadas y demostraciones de alegría y satisfacción que muchas veces estaban lejos de sentir, pero que

necesitaban exponer al mundo como condición forzosa y recompensa de su forma de vida.

Aquella era una de esas noches. Una luna casi llena se asomaba a la escena con su rostro amistoso y benefactor. La botella de vino "lija" pasaba desinteresadamente de mano en mano. Los hombres reunidos en aquel rincón, semiocultos por el contenedor, sentados desprejuiciadamente en banquitos, latas y bolsas de dudoso contenido, charlaban animadamente, felices porque la noche les había dado un respiro: el viento frío de la virazón había dejado lugar a un vientecito tibio del Norte que alegraba la vida. "El Sarna" hacía honor a su nombre y se rascaba enérgicamente la espalda, en la naciente de la raja del culo. No era que fuera sarnoso, quizás lo había sido alguna vez, y de ahí le había quedado la costumbre de rascarse todo el tiempo, y las numerosas bromas de las que era objeto. "El Abrelatas" se reía a carcajadas de cualquier cosa. Sencillo, de escasas luces, cualquier cosa le hacía reír abriendo muy grande la boca, exhibiendo su único diente. Aun en aquella banda de desharrapados era considerado el más desamparado de todos, el más tonto e inútil, pero, aunque cueste entenderlo, "el Abrelatas" era feliz, ¡era tan poco lo que necesitaba! Estar reunido allí con aquella gente a la que consideraba sus iguales, sus amigos, beber un vino, reír con ellos, disfrutar el momento sin antes ni después, era bastante para hacerlo sentirse bien,

más que la mayoría de la gente que pasaba rapidito por el lugar, deslizando apenas una mirada de costado, entre desconfiada, temerosa y despectiva, para seguir raudamente hacia su destino. ¡Qué sabían ellos de libertad, de amigos, de la felicidad que da no esperar nada, no desear nada! "El Dulce de Leche" estaba como siempre hosco, más dispuesto a gruñir y a criticar que a disfrutar. Hacía tiempo que había aceptado con resignación aquel sobrenombre que significaba "lo más parecido a la mierda", y le hacía honor siempre que podía. No era confiable ni aún para aquellos míseros personajes, pero allí no se excluía a nadie. Hacía grandes esfuerzos por contener su carácter irritable, y hasta se permitía alguna broma, generalmente reducida a un monosílabo "con intención" y alguna risita, baja, carrasposa, irónica.

El Papi y el Moncho eran los dueños indiscutibles de la velada, los portadores de anécdotas, de bromas, de salidas ingeniosas que provocaban las risotadas alcohólicas y desprejuiciadas del resto.

–¡... y cuándo abrí la puerta del escusado había dos tipos haciendo lo suyo, y el que estaba sentado al guáter con la boca ocupada largó un momento el istrumento y me dijo: "esperá turno, macho", ¿turno para qué?, le dije yo, ¿para usar el guáter o para lo otro?, y el tipo se rió y me dijo, "para lo que quieras, aguantá un segundo que ya termino con éste", y "suc, suc, suc" entró a apurar el

trámite, pero yo me di vuelta y me fui, nunca me gustaron los briscos.

–Pues a mí sí, dijo el Moncho, ¿qué más da? Una chupada es una chupada...

Y se reían todos a carcajada limpia, y apuraban el trago, y se pasaban la botella y eran felices a su manera, como en el sueño de una noche de verano.

–¿Y la Jackie?– fue la pregunta intencionada de un empleado de la Segima, una empresa que estaba a mitad de cuadra, no de la cuadra del Papi, sino la que cae para el otro lado, como para el Centro. Es que a todos les gustaba ver a la Jackie, envueltas sus largas piernas en apretados pantalones de cuero, fumando y adoptando poses desprejuiciadas, siempre dispuesta a jaranear y seguir las bromas de doble sentido hasta el borde de lo explícito y aun más allá. Todos tenían la expectativa de levantársela algún día, aunque los retenía en sus pretensiones la mirada censora de su voluminoso hermano y su madre, que les advertían algo así como: ¡Aquí no, eh, si quieren levantarse una mina vayan a otro lado!

No sé– fue la contestación brusca del hermano–, ¿por qué, tienen algún interés personal? No, no, preguntábamos nomás, hace tiempo que no se deja ver por acá, y la madre que agrega con cortesía: Está trabajando en el Este y los obreros que entrecruzan una mirada cómplice, y el gordo que agarra en el aire el sobreentendido y de

malos modos agrega: Sí, sí, está trabajando de eso mismo que piensan ustedes, ¿quieren la dirección? y la madre No seas grosero, ¿te molesta que pregunten por tu hermana?, ella por lo menos se hace querer. Y claro, así cualquiera, se hizo querer por todos los vagos y viciosos del barrio revoleando el traste, ahora por lo menos le está dando plata..., y la madre ya a punto de llorar No seas así con tu hermana, está trabajando en un hotel en La Paloma y los bufidos del gordo que se da vuelta para envolver unas milanesas y gritarle y maltratar como de costumbre al ayudante de cocina ante el azoramiento de algunos clientes y la indiferencia de otros, ya acostumbrados a sus exabruptos. En realidad, esas escenas eran corrientes allí, eran cosa de todos los días.

–¿Y usted qué quiere? –le preguntó bruscamente el gordo a un hombre barbudo y mal vestido, con pinta de ser otro de los tantos pordioseros que andaban por el barrio, aunque con un aire distante, casi respetable, que se asomaba a la puerta. Tras un instante de desconcierto el hombre reaccionó mirándolo con actitud de desafío.

–¡Viene conmigo!– apuntó rápidamente el Profe entrando detrás, y completó fuerte, dirigiéndose al individuo– ¡Pedí lo que quieras, yo invito!

–Una torta de chocolate– dijo el barbudo y señaló hacia la vitrina.

–Dale un buen trozo, yo pago– agregó su acompañante, y unos segundos después el hombre agradeció y salió con un paquete que desenvolvió apenas cruzada la puerta y comenzó a comer con satisfacción.

–¿De dónde sacás esos amigos?– le preguntó el rotisero al Profe apenas el otro hubo salido.

–No juzgues por las apariencias. Es un tipo brillante, profesor de fisosofía, culto, gran jugador de ajedrez y dominó. Pero, el cerebro le jugó una mala pasada. Quizás lo forzó demasiado. Claro, eso no le pasa a la mayoría de la gente...

El gordo se quedó mirándolo, se sintió vagamente ofendido, pero no supo bien qué alegar, así que simplemente dijo, con un tonito burlón: Y bueno, no le sirvió de mucho ser tan "brillante"... ¿Y vos qüé vas a llevar?

Y ahí terminó la historia, de momento. Mientras tanto el hombre ya en la calle terminó su trozo de torta y con el estómago satisfecho, al menos por aquella noche, comenzó a caminar lentamente por la vereda, hasta que se cruzó con el grupo de marginales reunido en la rinconada. Sintió una súbita inspiración y se quedó escuchando su animada conversación. A menudo le pasaba, se quedaba quieto durante largo rato, sin pensar en nada, hasta que de repente despertaba, tomaba conciencia de donde estaba y decidía qué hacer a continuación. Pero no era el caso. Oía claramente sus risas, sus exclamaciones, y los retazos incoherentes de su conversación.

Los tipos lo miraron de arriba abajo, advirtieron su ropa arrugada, su barba de varios días, la mochila en la espalda y resolvieron que era uno de los suyos, así que decidieron invitarlo, sin escuchar la protesta sorda del "Dulce de Leche", quien argumentó que era uno más para compartir el vino y que no había puesto nada. Pero el Moncho, el Papi y el Abrelatas ya lo habían incorporado así nomás, desinteresadamente. Como prueba de aceptación le extendieron la caja de vino. Por las dudas bebió solo un trago No quiero abusar, muchachos, dijo, y se la pasó al Dulce de Leche, quien la recibió con un gruñido. Por supuesto le preguntaron de dónde venía, si hacía mucho que estaba en la calle, y todas esas cosas, a las que contestó con pocos detalles. De repente se sentía integrado, aceptado. En otra vida anterior eso no hubiera sido suficiente, pero había aprendido a separar los momentos, a no andar preguntándose qué le traería el mañana. Sintió que ese era su lugar ahora. Simplemente se sintió obligado a decirles que a veces veía cosas, desvariaba, perdía el sentido de la realidad, que en esos momentos no le hicieran caso, que no era agresivo y que después se le pasaba...

La verdad es que a veces se ponía agresivo, a veces no, sólo rogaba interiormente que si le daba por insultar y romper cosas, razón por la cual lo habían echado de todos lados, los allí presentes no lo molieran a palos y despertara en el hospital, como le había pasado en alguna oportunidad. Del hospital a la Colonia Etchepare, de allí a la

calle, de la calle al hospital, etc. Esa había sido su vida en los últimos tiempos. Ya casi no caía por el club de ajedrez, no era bien recibido. Sus olores, su apariencia, su cara de loco y su tendencia a la alterarse y a ponerse a disparatear en medio de una partida había llevado a los habituales a evitarlo, luego a llamarlo a la Comisión y hacerle saber que no era bienvenido. Igualmente les había impuesto su presencia en alguna oportunidad, después de todo nadie se animaba a echarlo, pero finalmente había tenido un rapto de lucidez y había decidido que aquel ambiente ya no era para él, que no le proporcionaba ningún placer compartir a la fuerza con aquellas personas que lo despreciaban y lo rechazaban. Ahora este era su mundo, y deseaba convertirse en un verdadero bichicome, ya no le quedaba otro peldaño más bajo, ese era el último, definitivamente. Había llegado al piso, ya no deseaba, ya no esperaba. Sonrió para sus adentros, insensatamente feliz.

–Bueno, habrá que ir a dormir...– apuntó cansado y bostezando el Moncho. Unas lanzas rojizas atravesaban el horizonte. En unos minutos la gente común, los trabajadores, los esclavos de la cotidianeidad empezarían a deslizarse callada y sombríamente hacia sus lugares de trabajo. A los contertulios nocturnos no les gustaba confrontarse con esa gente, avizorar en la semipenumbra del amanecer sus rostros que expresaban crítica y desprecio. Era mejor tirarse sobre unos cartones y arrebujarse en una manta grasienta, una gorra encasquetada hasta los ojos; Vos no

ves a nadie, nadie te ve decía el Moncho, y nadie puede juzgarte. Te refugiás en el sueño y listo, chau Pinela, no importa nada.

–¿Vos tenés donde dormir?

–¿Yo?, no. A veces me quedo en un refugio, pero a esta hora no puedo ir, la gente ya se está por levantar...

–Está bien, "filósofo", vení conmigo, te presto una frazada y unos cartones y nos quedamos en un baldío que hay por acá cerca. Hicimos un agujero en el muro. Por ahí pasamos y si no llueve está bárbaro. El muro te protege del viento...

Se quedó pensando, en qué momento de la conversación nocturna, a la altura de qué vino había mencionado que tenía un pasado de profesor de filosofía. Sospechó que ese nombre le había gustado a sus nuevos amigos, y que en el futuro sería para ellos "el filósofo". Y no le disgustó del todo, de hecho siempre había admirado a Diógenes, el creador del estoicismo, y se durmió soñando que se convertiría en una especie de patriarca entre aquella gente, y que muchos concurrirían de todos lados a escucharlo, y decía cosas como Si quieres regalarme algo quítate del sol, que me haces sombra y se transformaba en una leyenda urbana, como "el Dios Verde", pero mucho más lúcido y sutil. De repente aquel era su lugar en el mundo, quién sabe...

El Moncho se despertó, se desperezó minuciosamente y echó a un lado la manta. Le dolía el cuerpo, siempre le dolía, y eso que se había reservado un viejo colchón, pero los fríos y el duro suelo ya no lo perdonaban como antes. Recordó a su compañero de la noche anterior, ¿cómo la habría pasado? Tendrían que conseguirle un colchón, no sería difícil, eran buenos tiempos. La gente tiraba muchas cosas. Bastaría recorrer la costa preguntando a los porteros y en un par de días, con suerte, tendrían lo que necesitaban. Lo veía un poco desamparado al "filósofo". Tendría que protegerlo un tiempo, hasta que se acostumbrara. Le gustaba esa tarea. Le enseñaría todos los "piques" de esa vida, era un experto, un maestro. Cuando llegaba alguno nuevo todos sabían que él era el encargado de enseñarle a sobrevivir, de enseñarle el verdadero sentido de la vida, según el propio Moncho.

Oyó el bostezo prolongado y ruidoso del Abrelatas, con quien compartía habitualmente el baldío. El Sarna dormía debajo del Monumento a los Desaparecidos, a unas cuadras de allí. Trepaba la reja y se acostaba sobre el duro mármol. Decía que frío le aliviaba la eterna picazón que lo torturaba. El Papi no salía de su cuadra, era su feudo y su mundo, y el Dulce de Leche se iba a un refugio, cerca del Palacio Legislativo. Cada uno tenía su rutina. Pero él no cambiaba por nada el baldío. No le gustaba que lo viera la gente, y si quería orinar de noche simplemente se iba a un rincón, meaba y después le echaba un

poco de tierra encima. Práctico y evitaba los malos olores a los que los otros se habían acostumbrado, haciendo lo suyo detrás de los contenedores, contra los árboles o simplemente dejando que el chorro se escurriera por el mármol o el embaldosado al paso de la gente, que hacía gestos de asco y cruzaba la vereda. ¡Qué ganas de hacerse putear!

Se desperezó con detenimiento, sintiendo despertar cada parte de su cuerpo, agradeció el solcito tibio del mediodía, luego tomó la lata del agua, hizo un fueguito y la puso a calentar para el mate de la mañana.

–Che Abrelatas, despertalo al filósofo. Hay que agenciarse el morfi...

–¿Dónde vamo' hoy? Tengo un ragú que mata...

–Hoy vamo' a los Capuchinos, hay guiso de lenteja, ¡una exquisitez!

–Sí, pa vos, ¡a mí me mata!– respondió el Abrelatas, recordando la muy mala noche que había tenido la semana anterior.

–¡También, te comiste como cuatro plato de guiso y la raspa, tené que aflojar, eso es mucho hasta para un estómago de piedra como vo!

–¡Y bueno, hay que aprovechar para cuando no haiga!

–Bueno, llamalo al ciudadano ése, que ya tengo pronto el mate. Dale, que yo voy a veriguar qué hora es...

Se arrimó al buraco en el muro, sacó la cabeza mirando a uno y otro lado y vio a una persona en la esquina, a unos veinte metros

–¡Señor, eh señor, me puede decir la hora po' favó!

–Son las once y cuarto– fue la escueta, mínima respuesta.

El Moncho se dijo que tenían media hora para tomar mate y luego rapidito al convento de los padres franciscanos, había que estar a las doce con el plato y el jarrito. ¡Ah, qué gente tan humana aquella, la vida era buena, sí señor!

–¡Che Moncho, el tipo no se mueve, y está con los ojo como huevo duro!– oyó la voz alarmada, chillona, del Abrelatas.

–¡A ver, dejame!, ¿che filósofo, qué te pasa?– la mirada fija e inexpresiva del aludido no parecía tener vida. Lo sacudió, acercó la cara, puso el oído en su boca entreabierta y sintió un sonido leve, casi imperceptible.

–¡Respira, está vivo!– dicho esto lo volvió a sacudir, nada.

–¡Dejame a mí!– dijo el Abrelatas, tomó por las solapas al "filósofo" y le dio un par de cachetadas.

–¡Eh, pará, no seas bestia!– gritó el Moncho interponiéndose.

–¡Pero yo vi una vez en una película...!– empezó a aclarar el Abrelatas.

–¡Mirá, mejor callate, quedate acá que yo voy a buscar ayuda, y por favor, no lo sigas aporreando, no sabemos lo que le pasa, capaz que tiene un derrame a la cabeza o algo así!

–¡Ah bueno, si vó decí!– contestó el Abrelatas, siempre dispuesto a aceptar la superioridad intelectual de su compañero.

El Moncho caminó lo más rápido que pudo hasta una emergencia médica que estaba a unas tres cuadras. "Suerte que en este barrio no pasa nada" pensó cuando vio las ambulancias estacionadas. Explicó lo mejor que pudo lo que le pasaba a su amigo.

–¡Está tieso, con los ojos duros, debe ser un derrame o algo así!– reiteró su teoría, le recordaba algún caso que había visto. Los tipos de la emergencia se miraron y evaluaron la situación. La pinta del Moncho no los motivaba para nada.

–¿Por qué no llamás a Salud Pública?

–Esos no vienen nunca, además no tengo teléfono, si usted llama capaz que le hacen caso...

El médico evaluó la incongruecia de llamar a Salud Pública desde una emergencia y titubeó.

–Miren que no es uno de nosotros– acotó el Moncho–, Lo conocimos anoche, nos dijo que es un profesor de filosofía...

Esto último decidió al Doctor. No quería problemas por omisión de asistencia. Bastante cascoteados venían

los médicos por ese tema últimamente. Puso cara de resignación, ¡chau descanso!, llamó a un chofer, subieron al Moncho a una camioneta y marcharon los tres.

–¿Y, cómo la ve doctor?– preguntó el Moncho al médico de guardia en la emergencia del Hospital Maciel.

–Mal. Este hombre está catatónico.

–¿Cata... qué?, no entiendo, doctor.

–Que cumple sus funciones vitales, pero no sabemos si piensa, o si nos oye, está como vegetativo.

–¿Cómo un vegetal, dice? ¿Y se cura eso?

–Tiene mejorías y recaídas. Este hombre es un esquizofrénico grave, y eso no tiene cura...

El Moncho se quedó mirando al filósofo, que con la mirada fija y perdida dejaba escapar un hilillo de saliva que le corría hasta el mentón y goteaba luego sobre sus manos, apoyadas blandamente en el regazo.

–¿Y qué van a hacer a hacer con él, si se puede saber?

–Una Asistente Social se está ocupando, está buscando a su familia. Si no aparece nadie irá a dar a la Colonia Etchepare. ¿Usted es algo de él?

–No, nada. Apenas lo conocí ayer...

Y allí se quedó el filósofo, la mirada perdida en algún lugar indefinido, babeante, mientras el Moncho regresaba lentamente, pensando que ahora tendría que patear unas cuántas cuadras para llegar a su "aguantade-

ro" como lo llamaba él. Aprovechó para caminar por la rambla, junto al mar. El aire estaba fresco, pero soportable, y lo acompañaba un solcito amistoso. Pensaba en las palabras del médico. "No sabemos en qué piensa, o si nos oye..." Entonces el filósofo estaba viviendo "para adentro", ¡quién sabe qué pensamientos, qué recuerdos, qué aventuras! Este pensamiento amortiguó un poco la pena que sentía por aquel hombre al que apenas conocía, se dijo que quizás ese mundo interior era mejor que el que habían compartido fugazmente. Se propuso averiguar adónde lo derivaban para ir alguna vez a visitarlo, después de todo el doctor dijo que podía tener mejorías temporales. Luego vio a unos pescadores, individuos de paciencia infinita asomados al mar con sus largas cañas de la que muy pocas veces emergía algún pececito insignificante. Esa imagen, la del pequeño pez temblando al extremo del cordel le hizo recordar que no había comido en todo el día. Promediaba la tarde, y si no se había dado cuenta era porque su estómago estaba acostumbrado a los largos ayunos, pero ahora que pensaba en ello se percataba de que sus intestinos gruñían y se quejaban y que necesitaba echarles algo urgentemente. Se acercó a uno de aquellos pescadores que tenía a su costado, sobre un trozo de lona, varias "roncaderas", pequeñas crías de corvina que ya nunca tendrían oportunidad de crecer hasta convertirse en aquellos robustos ejemplares que hacían las delicias de los verdaderos pescadores.

–¡Parece que están picando!– dijo, respetuoso, como para entrar en conversación.

El hombre lo miró sin mucho interés, casi despectivo.

–¡Bah, pura roncadera, ni un pejerrey siquiera!– contestó desganado.

"¿Para qué se queda aquí entonces? ¡Qué extraños son los pescadores!", pensó el Moncho, y luego, en voz alta:

–¿Y no quiere regalarme alguno de esos pescaditos? Desde ayer que no como nada– dijo, y no mentía–. La verdad que me vendrían muy bien...

El tipo lo pensó un segundo. No le gustaba desperdiciar aquellos pescaditos, que lo más probable era que terminaran en la basura o en el buche de algún gato Y ni que hablar de las puteadas de su mujer cuando se apareciera sólo con una cuantas roncaderas: ¡No sé para qué perdés el tiempo, más te hubiera valido ir a la feria y comprar una buena corvina, o un lenguado, ¿qué te pensás?, que me voy a pasar horas sacándole las escamas a esos pescaditos insignificantes, que no dan ni para matar el hambre! eso y otras cosas, así que tras un instante de vacilación suspiró y respondió:

–Y bueno, sí, llévese todos si quiere...

Por arte de magia apareció en las manos del Moncho una bolsa de plástico, con su modo de vida siempre andaba pronto para lo pudiera surgir, metió las roncaderas, agradeció efusivamene y se fue. Bueno, al menos el morfi

estaba. Apenas llegara haría un fueguito, las fritaría y con eso y unos trozos de pan se iría a dormir contento. ¿Y el filósofo, que comería esa noche, cómo le darían de comer? Seguramente alguna sustancia pastosa e indefinible que le meterían boca abajo con una cuchara. Una lástima, le hubiera gustado conocerlo mejor, parecía un buen tipo...

33

Se miró al espejo y como siempre lo que vio lo hizo sentirse satisfecho: pantalón oscuro bien planchado, camisa clara, impecable, el pelo peinado hacia arriba, con ese aspecto moderno que hasta le había acuñado su apodo: "el Jopo". Siempre habría un mañana para "el Jopo".

Iba a ir a buscar a sus amigos para salir una vez más a la noche a divertirse, quería hacer ostentación de su nueva "situación financiera". Le quedaban unos pocos pesos que debía "estirar" hasta fin de mes, pero ahora no le importba gastarlos, total, tenía mucho más esperando en el banco. Sabía que esa plata que esperaba cobrar al día siguiente no iba a durar mucho, pero no le importaba, nunca le había importado. Y no sólo estaba el cheque, cuidadosamente doblado y guardado en su billetera. Quizás esa vaca podía dar más leche, no la había ordeñado bien, pero eso sería dentro de un tiempo, quizás ni siquiera tendría necesidad, ¡quién sabe! Estaba optimista, feliz. Un delgado horizonte rojo se extendía aún sobre la ciudad. La gente bajaba por la calle retornando a sus hogares, cansados, sin más expectativa que continuar con su rutina. Sacó pecho y caminó por la vereda hacia el sur, hacia la rambla. Se dirigía a buscar a sus amigos, que lo esperaban

como otras veces instalados en un vistoso "dek", una de esas terracitas de madera lustrada ubicadas en la vereda, en la cual se colocan unas mesas con sombrillas o con un techito provisorio. Última moda para esnobs. Sentarse en uno de esos sitios equivalía a mirar la vida que pasaba por la calle con cierta superioridad, con cierto aire despreocupado de potentado que exhibe públicamente su existencia privilegiada. A lo lejos vio a sus amigos recortados por la luz del boliche sobre el fondo oscuro de la noche. Reían, tomaban cerveza y parecían estar atentos a una mesa lindera en la cual se habían instalado tres o cuatro chicas, seguramente empleadas que salían de sus trabajos. "¡No pierden el tiempo, así me gusta, que vayan haciendo el trabajo de ablande, yo me encargo del asalto final!"

Cuado estaba a media cuadra escasa del local alguien salió de las sombras y se interpuso en su camino.

Oyó la voz meliflua, que intentaba ser dura pero se entrecortaba con espasmos de incontenible emoción.

–¡Necesito hablar contigo, ahora!

Volvía la pesadilla. Decidió subir al auto de Juanma y evitar una escena enfrente de sus amigos.

–¿Qué hacés acá, me seguiste?

–¡Claro que te seguí, quería saber con quién andabas! ¡Seguro que te vas a reunir con algún atorrante, algún chiruso de cuarta!

El Jopo no daba crédito, ¿acaso creía que lo había dejado por otro marica?

–¡Son mis amigos! ¿Y qué querés ahora? ¡Creo que fui claro contigo!

–Demasiado claro, ¿qué pasó, te convenció mi tía? La vieja es bien intencionada, pero no tiene derecho a meterse en mis asuntos, en mi vida privada...

–No fue eso– mintió–. Te advertí bien claro que voy a empezar una vida nueva con una mujer, y que no hay lugar para vos en esa vida.

–¿Con quién, con la puta esa? ¡No puedo creer que me dejes por esa mujerzuela!

–¡Mirá, sea lo que sea es una mujer, y no te permito que hables así, no sos mi novia, para empezar!

Las recriminaciones y reproches crecieron. El homosexual se expresaba con una intensa emoción en la cual se mezclaban humillación, despecho, promesas y amenazas. Al principio Jopo se sorprendió ante aquel dolorido reclamo, para él nunca había sido más que una opción mercantil aderezada con algo de sexo no demasiado gratificante. Todo aquello le produjo un extraño sentimiento en el cual confluían la lástima y el rechazo.

–¡Me vas a obligar a hacer un disparate; te burlaste de mí, me estafaste, sos un reverendo hijo de puta!

–¡Yo no te obligué a nada, todo lo que hiciste fue por tu voluntad! ¡Mirá, tomate una de tus pichicatas y andá a dormir! ¡Se te va a pasar, se les pasa a todos, y a todas, o lo que seas!– vio la mirada del otro transformarse hasta pasar de aquella expresión de perro apaleado y suplicante

que tan bien conocía a otra de infinito resentimiento y de amenaza. Un destello rojo y profundo relampagueó en los ojos de Juanma. De repente el odio, un odio antiguo y poderoso, algo que han sentido todos los seres que como aquel enfrentan un día, después de una breve primavera, a una eternidad de humillación, soledad y desprecio.

–¡No tenemos más que hablar, no quiero volver a verte nunca más!– remató el Jopo y empezó a abrir la puerta. En la penumbra y medio de costado advirtió el movimiento del otro que buscaba algo en la cintura. Apresuró la apertura de la portezuela y puso un pie urgente en la acera inclinando el cuerpo tan rápido como pudo para salir del auto. Entonces oyó el estampido, un golpe en la espalda y algo que le quemaba las entrañas. Dio dos pasos en la vereda y cayó. El auto roncó un instante haciendo chirriar las ruedas en el pavimento y arrancó bruscamente, cuando ya alguna gente que había escuchado el inequívoco sonido del balazo se asomaba a la puerta del boliche, curiosa y expectante, entre ellos Ruben y el Lele.

Varias personas, amigos y extraños corrieron a auxiliar al Jopo y poco después ingresaba a la sala de urgencias del Hospital Maciel. Unas horas más tarde un joven médico, aún con la bata y la gorra de cirujano puestas, mientras se frotaba vigorosamente las manos con alcohol, procedía a informar a sus amigos y a una llorosa Vero, a cuyo brazo se aferraba fervorosamente Yéssica, sobre el efecto de la intervención. Tuvo suerte exclamó con aire satisfecho,

contento sin duda del éxito de una de sus primeras operaciones realizadas sobre aquel material disponible y renovable que llegaba a las salas de urgencia de los hospitales públicos. Mientras tanto su mirada iba del escote de Leti a la escandalosa minifalda, casi un "cinturón", que lucía Yéssica. Era evidente que ambas habían sido reclamadas por el urgente trance mientras se dedicaban a alguna otra actividad relacionada con su forma de vida. La bala entró por un glúteo, y se detuvo a centímetros de la columna. Hubo algún daño a nivel intestinal, pero lo reparamos. Unos días a suero y a caldo y podrá reanudar su vida normal, aunque no va a poder sentarse cómodo durante algún tiempo... Dijo esto con aire casi festivo, como tratando de sacar solemnidad al momento, como diciendo que la cosa daba para reírse un poco ahora que lo peor había pasado. Así lo entendieron Ruben y el Lele, quienes respiraron hondo y no pudieron evitar sonreír, ¡quién se iba a imaginar que el Jopo iba a terminar con un tiro en el culo, las vueltas del destino! A todo esto Verónica y Yéssica agradecían efusivamente al joven médico. La Vero tomó la mano del doctor y la apretó contra su abundante y casi descubierto pecho mientras Yéssica se abrazaba de ambos y esbozaba un llantito convencional de alegría y también se apretaba al hombre que no pudo dejar de esbozar un rubor, aunque reaccionó a tiempo para decirles por lo bajo, de manera casi imperceptible para los otros que al día siguiente iba a pasar control a las nueve de la

mañana, por si querían conocer las novedades sobre el estado del herido. Aquí estaré, dijo Yéssica adelantándose a Vero que la miró con gesto interrogante, a lo que la primera respondió con un expresivo mohín que parecía decir "vos ocupate del Jopo, que es tu asunto, y yo me encargo del doctorcito...". "Estas dos se hacen tiempo y lugar para todo", pensó Ruben, quien decidió aprovechar la situación y dijo en voz alta: "Veo que ustedes tienen ganas de quedarse a acompañarlo. Bien, el Lele y yo nos retiramos, que mañana tenemos que trabajar, ¡ustedes nos avisan de cualquier cosa, eh!". Y allá se fueron comentando animadamente lo ocurrido y esbozando todo tipo de especulaciones. "Que fue un marido", "un acreedor", "algún puto, no te olvides que nos confesó una vez que si tenía necesidad...", "¿un ajuste de cuentas quizás? Mirá, tiene una vida cada vez más complicada, lo voy a apoyar hasta que salga de ésta, pero después me voy a abrir, no quiero terminar como él", "es nuestro amigo, me da lástima verlo así", "a mí también, pero tenemos que cuidar el laburo, imaginate vos, docente, verte involucrado en un asunto de drogas, o de trata de blancas, sería tu fin", "tenés razón, pero mañana voy a venir a ver que necesita, no lo voy a abandonar", "no, yo tampoco, ¡pero mirá que éste se arregla solo eh, va a salir de ésta y de muchas más!", remató Ruben mientras el Lele aprobaba con movimientos no muy convencidos de su cabeza, y como era evidente que aquella cuestión los ponía incómodos cam-

biaron de tema. ¿Y qué vas a hacer con la Yéssica, ya te la tiraste?, Sí, una vez, pero es muy rápida, ya me pidió "ayuda económica", ¿qué te parece?, ¡me dijo que no le alcanza para la pensión!, ¿Y qué vas a hacer?, ¡rajar, por supuesto!, además ¿vos viste cómo se prendían ella y la Vero al doctorcito ése? ¡Es una putita, una descarada!", "¿y, no sabías cómo iba a ser la cosa? Lo que vos necesitás es una novia, una de verdad, con casita, papá, mamita, y todas esas cosas. ¡Si tenés suerte hasta te la puede chupar en el sofá del living!", "¡sos un cínico, un hijo de puta! ¿Te creés que todas las mujeres son iguales?", "¿y recién te enterás?".

34

Sórdido episodio

El título, ampuloso, destacado, aseguraba la atención de los lectores que buscaban el mayor morbo posible dentro de la crónica roja, y el contenido no los decepcionaba.

"*Un joven médico, recién recibido, se suicida dentro de su auto en medio del Parque Miramar, en las proximidades del Puente de las Américas. El episodio estaría vinculado con un atentado contra un funcionario de Secundaria, actualmente sumariado, quien resultó herido de bala en la zona del Parque Rodó. Existiría entre ambos una relación homosexual que fue rota por el funcionario, lo que provocó la reacción deseperada del pederasta, quien ante la negativa del primero a rehacer el vínculo le disparó y luego de deambular algunas horas optó por quitarse la vida, con la misma arma que usó para herir a su amante. Lamentable decisión de un joven y promisorio profesional de la salud...*" etc, etc.

El Jopo apartó con rabia el diario que recién le había alcanzado Vero y se quedó pensando. Se repitió una y otra vez que no tenía responsabilidad alguna, que aquello iba a pasar de todas formas algún día, y que el propio Juanma había elegido su destino. Recordó palabras que

había oído alguna vez en el patio del caserón antiguo en el cual se había criado: *"no hay homosexuales felices. Siempre les va a faltar algo"*. Curioso que provinieran de un padre que los iba a abandonar muy pronto, a él y a su madre, y que le sirvieran ahora de consuelo. La figura machista y paternal le resultaba con el tiempo tan odiosa como la del infeliz que casi había acabado con su vida. De todo eso se quedó con sólo un concepto *"no existe la felicidad"*. ¿Qué hacer ahora con su vida? Volver a Secundaria, ni pensarlo. Con todo lo que le había pasado seguro que lo iban a cesantear, además no quería volver, no podría. Ya todos estarían enterados, burlándose, acusándolo, señalándolo. Además tendría que trabajar durante años casi gratuitamente para que le descontaran todo lo que debía. De repente se acordó de algo que lo sobresaltó: el cheque, ¿dónde estaba el cheque por cinco mil dólares que tenía en el bolsillo en el momento de recibir el balazo? Desesperadamente increpó a la Vero, ¿Mi billetera, dónde está mi billetera?"

–La tiene Ruben, me dijo que no te preocuparas, que te la va a devolver con todo su contenido. Supuso que estarías muy preocupado, no sé por qué. ¿Qué tenías dentro de la billetera, además de los documentos? Veinte mangos, con suerte...

El Jopo respiró hondo, pero inmediatamente le vino a la cabeza una posibilidad que lo aterró.

–¿Qué día es hoy?

–Viernes, estuviste inconsciente unas horas nada más...

–¡Pasame el teléfono, ya!

–¿Cuál teléfono? Acá no hay, ¿te pensás que estás en un sanatorio privado?

–¡El tuyo, tu celular, por favor, rápido!

–Casi no tengo saldo...

–¡Lo que sea, te juro que te cargo el saldo que quieras, pero lo necesito, es asunto de vida o muerte!

Vero resopló, sabía que en cuestiones de dinero, mucho o poco, no había que confiar en el Jopo, pero de mala gana le alcanzó el celular.

–¡Ruben, por favor necesito que me hagas un favor, es urgente!

–¡Jopo, que alegría escucharte! ¿Estás bien?

–¡Sí, sí, pero ahora necesito que hagas algo por mí, me va la vida! ¡Agarrá el cheque que está en mi billetera, vos ya lo habrás visto, andá al Banco y cobralo, y me traés la plata!

–¡Pero Jopo, sabés que estoy trabajando ahora!

–¡Mirá, ese cheque me lo dio la vieja como compensación por el despido, y porque no quería líos con el sobrino, pero con todo esto lo va a anular en cuánto se acuerde, si es que no lo hizo ya! ¡Andá por favor, ya, por nuestra amistad te lo pido!

–Está bien, creo que puedo tomarme una hora, ¡pero qué susto nos diste, creí que...!

–¡Andá, por favor andá!...

Pi, pi pi, "Su saldo no permite continuar con esta llamada..."

–¡Uff, qué suerte, justo a tiempo! ¡Ahora a rezar!

–¿A rezar, vos?

–Es una forma de decir, cruzá los dedos por lo menos...– dijo esto el Jopo, y se quedó doblado y gimiendo, se dio cuenta de que se había movido y ahora le dolía terriblemente el trasero y el vientre.

–¡Dijo el médico que no te muevas o te puede producir un sangrado interno!

–¡Ay, ay, ay, ahora me lo decís! ¿Y que más dijo el médico, hasta cuándo voy a estar acá?

–Sí te portás bien tres o cuatro días, hasta que puedas ingerir algo de alimento sólido, le preguntamos a la Yéssica cuando venga.

–¿A Yéssica, y por qué a Yéssica?

–Se fue a almorzar con el doctor que te operó, me parece que se enganchó un punto, ¡y no está nada mal el doctorcito eh!

–¡Pero ustedes aprovechan cualquier oportunidad para "levantar", ya no respetan ni el lecho de un moribundo!

No debió haberlo dicho. La risa espontánea y estridente de Vero lo contagió, tuvo que reírse, de una manera entrecortada, con espasmos breves e incontenibles. Fue como una liberación, un afloje, pero sintió la

puntada en la parte inferior de la espalda y se contuvo como pudo.

–¡No me hagas reír, por favor!

–¿Yo...? ¡No me hagas reír vos a mí!

–¡Bueno, no importa quien haga reír a quien, quedan prohibidas las bromas en esta habitación hasta que me den el alta!

–Bueno, hablemos de algo más serio, entonces. ¿Así que recibiste un cheque de la vieja? ¡Qué calladito te lo tenías! ¿No nos ibas a contar nada, te la ibas a gastar toda vos solito?

–Tengo proyectos, pero ahora no te los voy a contar, sería de mala suerte, voy a esperar a tener la guita en el bolsillo.

–Ahora sí que me mata la curiosidad. De acá no me muevo hasta saber que proyectos tenés para nosotros... Dame una pista, sí, una chiquita aunque sea– y diciendo esto Vero se arrimó, se inclinó sobre él, generosa y oferente como siempre, le acarició la cara y le lamió la oreja. La escena fue interrumpida por un par de enfermeras que con gesto crítico la hicieron salir de la habitación para hacer la higiene habitual a los internados a la vez que le advertían que cuidar al herido no habilitaba ciertas expansiones, que lo que este necesitaba era descansar y moverse lo menos posible. Al mismo tiempo se miraban entre sí, inquisitivamente, se advertía que estaban al tanto de quién era, hasta se podía leer su pen-

samiento: ¿Y éste no era homosexual?, parece que no se priva de nada...

–Esperá en el pasillo y por favor, si llama Ruben alcanzame el celular en el acto, no importa con quien esté– dijo el Jopo, y agregó por lo bajo palmeándole los glúteos y señalando con un breve movimiento de cabeza a las enfermeras–, andá, ahora les toca a ellas divertirse...

Un rato después entró Vero urgida, masticando un sandwich, y con el celular en la mano.

–¡Acá efta la ll'mda que eftabs esprndo, es el Rubn!

–¿Ruben, qué pasó!

–Nada, salió todo bien, tengo tu plata en el bolsillo.

–¿Toda?

–¡Todita!, quedate tranquillo. Es un compromiso, son unos cuantos pesos. ¿Qué querés que haga con ella, te la llevo?

–¡Lo pensé mejor, buscá en mi billetera, hay una tarjeta BROU que Secundaria me dio para cobrar. Depositala ahí, por favor, ¡yo no voy a poder manejarme hasta dentro de unos días!

–¿Todo bien, cobraste la plata? –preguntó Vero limpiándose la boca con un trozo de papel que encontró sobre la mesa de luz.

–Sí, parece que sí, ahora te puedo contar.

Vero se inclinó sobre él, expectante, y el Jopo pensó una vez más que tenía un par de "atributos" que estaban

entre los mejores que había visto en su vida, y de algo relacionado con eso justamente quería hablarle.

–Mirá, vos sabés que de repente me quedé sin nada, no tengo trabajo, ni crédito, pero tengo unos pesos que puedo invertir en mi futuro... y el tuyo.

–Estoy ansiosa, no le des tantas vueltas, ¿qué futuro nos tenés reservado?

–Te la hago corta. Tengo el dinero necesario para el depósito de un departamento y para comprar unos muebles en algún remate.

–¿Y?

–Vos podrías trabajar en ese apartamento, vos y la Yéssica, yo me encargaría de todo, pondría un aviso en el diario y las cuidaría, ustedes solo tendrían que ocuparse de lo suyo, y vamos a medias con lo que ganen– acá se detuvo advirtiendo en la mirada de Leti algo entre sorpresa y suspicacia.

–Ya hablamos de eso en alguna oportunidad. Me dijiste que tu sueño era trabajar en un apartamento, elegir los clientes, no tener que hacer la calle ni terminar en un prostíbulo o en las manos de algún proxeneta. Te estoy dando la oportunidad, a vos y a la Yéssica, es más provechoso y seguro de a dos. Y no me digas que vas a cambiar de vida porque no es verdad. A ustedes les gusta esa vida y no les gusta trabajar, digo trabajar ocho horas atrás de un mostrador o limpiando edificios. Te ofrezco la oportunidad de tu vida.

Vero titubeó pero en su fuero interno ya sabía que no tenía alternativas, que iba a decir que sí, que la oferta le convenía. "La cabra al monte tira" le decía siempre su madre, y en su caso era cierto, más que cierto. Y a "la Yéssica" también le convenía, tenía un hijo chico que mantener y sus opciones venían en picada, pronto terminaría haciendo la calle.

–Lo voy a pensar...– mintió– y voy a hablar con la Yéssica. Si aceptamos vamos a tener que confiar en vos, en que no te vas a portar como un fiolo malnacido. Me parece que no sos esa clase de canalla.

–No te vas a arrepentir.

Y se quedaron en silencio, meditando, sabiendo que de alguna manera sus destinos estaban unidos desde siempre y que no había más opción que esa.

Lo que restaba del día se extinguía lentamente. La ventana de la habitación se abría a un cielo gris oscuro, separado de la fronda verde de las arboledas por una delgada lengua roja que se extendía de un extremo a otro del horizonte.

35

El joven embrazó los libros como quien toma una lanza, la pone en el ristre y se enfrenta al mundo. Aquellos libros eran su marca registrada. Todos en el barrio lo conocían como "el Profe" y lo miraban con aprecio y respeto. Había profesionales y comerciantes exitosos y de los otros que circulaban por aquella calle, que iban y venían cada día, pero sólo él lo hacía siempre con una munición de libros bajo el brazo. "¡Cuando escucho la palabra revólver echo mano a mi libro!", era su frase preferida, una paráfrasis de lo que había dicho alguna vez el canalla de Millán Astray.

¡Ese muchacho siempre con libros! ¿No se aburre? comentaba la matrona de la casona, apoyada en la escoba. ¿No le duelen los brazos de tanto cargar libros? –le preguntó el rotisero, quién pensaba que se trataba de una carga inútil en todo sentido, mientras le envolvía un par de milanesas al pan que iban a ser su cena y la de su esposa. Pensaba en ella, en su pequeña hija y una ola cálida de ternura lo invadía. El gordo lo miraba de costado, como para no contagiarse. "Y sí, hay que hacer de todo para ganarse la vida... ¡cómo envidio a aquellos que aún conservan el cerebro virgen, incontaminado!,

esos son felices, no tienen que pensar, ni que preocuparse por nada, pertenecen a la Edad de Oro..." contestó el Profe, consciente de que el discurso era excesivo, hasta absurdo en aquel entorno, pero no le importó en absoluto, prefería alimentar la fama de excéntrico un poco ridículo antes que condescender. No iba a permitir que nada arruinara su día, por primera vez en mucho tiempo volvía feliz a su casa, ningún nubarrón arruinaba el rutilante anochecer de verano. Finalmente había hablado con Ana María. Las explicaciones habían sido escasas, casi innecesarias. Duró lo que tenía que durar, todo bien, sin rencores, le dijo ella, y en sus ojos advirtió que la distancia que los separaba se había vuelto inabordable. Y se alegró por eso. Aquella conversación cerraba el ciclo. Esa noche dormiría tranquilo, sin sobresaltos, sin culpa. El futuro le sonreía desde aquellos rostros amables cuyo sueño velaba en la penumbra. Vio al Papi y lo saludó de lejos. "El sol sale para todos", recordó, era el título de una maravillosa película de John Ford. La "veterana vestida de pebeta" regresaba taconeando como siempre desde su trabajo. La saludó con una sonrisa afectuosa. Me alegro que ese asunto haya terminado bien para ella, aquel canalla merecía lo que le pasó. De la pensión entraban y salían gentes, vio ingresar rengueando al muchachón al que según la crónica roja un homosexual le había pegado un tiro en el culo. "¿Habrá sido un castigo divino?", se preguntó, pero ese no era un pensamiento

correcto, era reaccionario y discriminatorio, así que lo desechó. Ese asunto no le concernía, ni siquiera lo entendía, "palabras en un idioma extranjero". Como siempre lo acompañaba la muchacha pechugona que parecía ser su novia o algo por el estilo. Alguien había alquilado el local de la esquina y en vez de un almacén había puesto una peluquería, entre una papelería y un empresita de remises, de las tantas de varios rubros que cambiaban la fisonomía de la cuadra. Un par de tipos corpulentos con equipos deportivos pasaban corriendo y resoplando ruidosamente. Un cuzquito blanco olfateaba una columna y levantaba la pata. Fabián, quien vivía en un departamento debajo del suyo, regresaba a su hogar junto con su hermana Tania, una linda chica que para escándalo de muchos estaba ennoviada con un moreno cuya única habilidad conocida era tocar el tamboril, aunque "algo de electricidad sabe también" pensó el Profesor recordando episodios pasados. "Los habrá unido la música. Fabián toca la guitarra, la hermana canta y el Chipi le da al tamboril. Un trío muy original". Y hasta la Jacqui andaba en la vuelta, seguramente había regresado a pasar las fiestas, ceñida y alborotadora como siempre.

Entre tragedias y comedias las aguas fluyen y seguirán fluyendo eternamente, reflexiona con melancolía el Profesor, lúcido testigo de la vida barrial. Inmediatamente volvió sobre estas palabras, fuera lo que fuera que significaran expresiones tan pomposas como "*seguirán fluyendo*

eternamente". A él no le gustaba usar frases como esas. Tenía un carácter racional, y consideraba la literatura como una forma de conocimiento, la mejor y la más enriquecedora de todas, no como una forma de autoconsuelo ni de romanticismo trasnochado. Ese recuperado dominio de sí mismo lo fortalecía, había dejado atrás una etapa, ahora lo aguardaba otra en la que quería concentrarse exclusivamente, quizás para siempre, aunque era consciente de que "para siempre" era mucho, demasiado tiempo. No se cuestionaba sobre la índole moral de su reciente aventura, en el fondo no creía en eso, creía más bien en una forma de la libertad que le permitía elegir en cada momento de su vida, y en que ahora estaba exactamente donde quería estar, y punto.

Atravesó triunfante el umbral del edificio y subió corriendo los escalones. Le aguardaban rostros sonrientes que le daban a su vida esa cuota de paz y calidez que todos necesitan en el breve tránsito. Entró, besó a su mujer, tomó a su pequeña en brazos y sintió que algo aleteaba dentro suyo.

¿Sería eso todo, absolutamente todo, ese tiempo de recreación de la vida, ese suave contento? ¿Era así la felicidad? Desechó ese pensamiento, esa pregunta que podía arruinar su nuevo y recuperado equilibrio. Otro día pensaría en eso, quizás.

Las estrellas comenzaban a colgarse del telón oscuro y sosegado de la noche. Pronto serían miles los ojos aso-

mados sobre la calle oscura, relucientes, observadores, inescrutables, ominosos para algunos, sonrientes para otros.

36

Árboles Secos

Una mañana aciaga, un par de semanas antes del comienzo de la explosión anual de consumismo desenfrenado de cada fin de año, el barrio se desperezó con el estruendo de maquinarias, gritos destemplados de capataces dando órdenes, y el rugido inconfundible de las motosierras.

Ante la requisitoria urgente de varias personas, un capataz condescendió a explicar lo que estaba ocurriendo: tenían órdenes de desmontar los árboles de toda la cuadra, de esquina a esquina. Todos aquellos soberbios y legendarios árboles, los que habían sido el orgullo de los vecinos, aquel túnel de sombra que provocaba envidia y admiración a los habitantes de otras calles, de otros barrios, estaban siendo impíamente talados, hasta la raíz, y según las explicaciones del encargado, también las raíces serían extraídas de inmediato, como dientes infectados. Luego se taparían los pozos y las veredas quedarían recubiertas por un geométrico y gris embaldosado.

Ante el escándalo y las protestas la misma persona explicó, papeles en mano, que los árboles habían sido ata-

cados por alguna enfermedad endémica y misteriosa, que sus raíces ya no podían sostenerlos, y que eran un peligro para todo el vecindario. Recordó que varios habían caído durante el temporal de agosto, todos recordarían los daños que habían provocado, y señaló varios ejemplares completamente secos y huecos, que sólo esperaban un viento que los derribara sobre bienes y personas, con la consiguiente bulla por parte de la prensa y las acusaciones y juicios contra la Intendencia. *En estos casos*, remató, *lo mejor es cortar de raíz, que muerto el perro se acabó la rabia y eso precisamente es lo que estamos haciendo.* Voces contrapuestas se elevaron, a favor y en contra, sin ponerse de acuerdo. El Profe salió también a la vereda a contemplar desolado el estropicio. La discusión trepaba en tenor y exaltación y algunos estuvieron por pasar de las palabras a las manos.

–¡Señores, acá hay una decisión de la Intendencia, nosotros nada podemos hacer. No vale la pena que se encabriten por esto. Piensen más bien en los riesgos que corren con estos árboles siempre a punto de caerse!– se desgañitó el jefe de la operación, megáfono en mano, pugnando por sobreponerse a la gritería

No dejaba de tener razón, pero algunos no podían sino expresar su desconsuelo ante aquella devastación que cambiaba radicalmente la apariencia y quizás la vida del barrio. El Profesor se sentía inclinado a protestar; también él había sido atraído por la sugestiva cúpula verde

que hasta el año anterior se enseñoreaba altivamente de la calle. Pero razonador como siempre sopesó los argumentos, y no dejó de inquietarle el hecho de que dentro de poco tiempo su propia hija, y alguno o alguna más que viniera en el futuro, tendría que transitar debajo de aquella peligrosa fronda, bajo aquellos árboles secos tambaleantes y condenados. En suma, que en un día la fisonomía del barrio cambió para siempre. En realidad ya venía cambiando, sólo que no se podía advertir hasta qué punto porque lo impedía la oscura y bamboleante ramazón. Con la desaparición de los árboles se impuso a la vista una abigarrado submundo que irrumpió triunfante: floridas marquesinas, carteleras, luces, pantallas electrónicas, vidrieras deslumbrantes, en fin, un colorido mundo de negocios que habían crecido como hongos a la sombra y que ahora podían exhibirse orgullosamente.

No faltaron los partidarios de las "conspiraciones ocultas", que nunca faltan, y a veces hasta tienen razón, que sospechaban abiertamente de la esplendorosa vida comercial a la que se abría el barrio y de los nuevos dueños de la calle, a quienes se había oído quejarse a voz en cuello de que las ramas arruinaban sus marquesinas y que las ingobernables raíces penetraban bajo los cimientos y levantaban sus flamantes y costosos pisos.

¡Esto no ocurrió porque sí, de un año para otro, estos árboles fueron envenenados por algún hijo de puta! fue la sospecha inmediata. Hubo quejas, gritos, amenazas, pero

nada podía hacerse. En una jornada, en un triste y fatídico día aquel orgulloso vergel fue barrido por una marabunta anaranjada de obreros y máquinas que junto con el paisaje se llevó para siempre la antigua vida del barrio.

37

Un tiempo cálido, monótono, interminable...

Y bajo el insoportable flagelo de Capricornio, llegaron las fiestas.

La gente pasaba presurosa, como siempre. A simple vista la diferencia la hacían las mujeres, que mostraban su disposición a vestir ropas cada vez más escasas y reveladoras. Claro que en los últimos días casi todos llegaban cargando grandes paquetes bajo el brazo, señal de la inminencia de las fiestas que obligaban a hacer un desganado e innecesario acopio de obsequios y manjares exóticos, saturados de grasas y calorías, totalmente inadecuados para esa época del año.

Todos se preparaban para aquellas dos noches deseadas y temidas por igual: Nochebuena y Año Nuevo. No faltaba quien se preguntara: ¿a qué repetir los mismos festejos, las mismas ceremonias, los mismos excesos? Una respuesta un tanto cínica, pero plausible: para que todos tuvieran la oportunidad de repartirse salomónicamente entre la familia paterna y la materna, siempre tan distantes y mirándose de reojo, comparando, recelando. Era la

única explicación que venía a cuento ante tan desatinada clonación del despilfarro.

Libre de la contención de los añosos árboles, el virus proteico había continuado su implacable tarea. Una imagen posmoderna se apoderó de las desnudas aceras, desconcertando a los habituales de la zona, acostumbrados a la modorra de las horas de estío bajo la fresca protección, y que ahora debían refugiarse detrás de las cortinas, añorando aquellas tardes de termo y mate mientras miraban evolucionar a sus hijos en las bicicletas nuevecitas del verano.

La noche de fin de año transcurrió dentro de lo habitual: hombres, mujeres y niños atiborrados de comida, de alcohol o de dulces que a la medianoche salieron apresuradamente a la calle para presenciar la pirotecnia multicolor que se derramaba desde el cielo estrellado, emergiendo desde los distintos puntos de la ciudad, y sobre todo desde la rambla, ese otro mundo. Es también la oportunidad de saludarse con gente a la que apenas se conoce, y a veces ni siquiera eso, pero las personas con el estómago repleto se sienten satisfechas, magnánimas, favorablemente predispuestas hacia el prójimo. Se saludan, intercambian efusiones y levantan alegres las copas que no han abandonado en ningún momento.

Fue entonces cuando un ruido estridente e irrespetuoso se apoderó del ambiente. Alguien sacó a la calle unos parlantes y una consola y una arrogante música de

acentos populares se extendió estentórea y apabullante, a cuyos sones brotaron de las entrañas de las pensiones muchachas jóvenes, de cutis aindiado algunas, rubias rubicundas de remotos aires germánicos otras, de polleras cortas y muslos exhuberantes que giraron y giraron poseídas y provocativas, atrayendo a todos hacia el centro de una vorágine de sensualidad y gozo, a los vecinos de todos los días y a los que nadie registra pero no importa, porque allí se confunden y se mezclan los pelos, las edades y las condiciones sociales: comerciantes, empleadas de tienda, obreros, funcionarios, limpiadoras y limpiadores, docentes, desempleados, prostitutas, marginales, estudiantes y niños, muchos niños, sumergidos de repente en aquel torbellino de movimientos anárquicos y ruidosos que se apoderó de la calle hasta la madrugada, para escándalo de unos pocos y regocijo de los más. Los cuerpos se buscan entonces para agitarse al compás de la música pegajosa, y allí estaban la Gladys y su hija, y estaba el Profe, y la Jackie, que regresó al barrio por esa exclusiva noche, y el Papi, y se vio al gordo con movimientos oscilantes y toscos abrazar a su madre y a su sobrino, y la Vero que jaraneaba de lo lindo con la Yéssica y su hijo de la mano, mientras el Jopo acompañaba con la mirada brillante y la risa fácil, contagiosa, porque todavía no estaba en condiciones de sacudir su remendado trasero, y se encontraron y bailaron en la noche anárquica la Tania con el Chipi y Fabián, y Adriana con el futuro médico Juan Carlos,

quien ya le había echado el ojo y la cosa parecía venir bien, y se sumaron Toniño y sus amigos que llegaron a la carrera en cuanto olfatearon la algazara, y giraron y giraron todos, jóvenes y viejos, ricos y pobres, hombres y mujeres, y celebraron y se conocieron o se reconocieron como en la primera o la última noche de Babel, despreocupados y felices, en una noche que por un momento pareció eterna, inacabable...

Pero todo ciclo se cierra, todo termina para empezar de nuevo: una artera puñalada ensangrentó el horizonte llamando a todos a recobrar la perdida conciencia. Entonces el cansancio, el sueño y los vapores alcohólicos hicieron lo suyo: la fiesta decayó rápidamente, la cuadra se quedó vacía y la música languideció hasta apagarse. En la calle se amontonaban los restos de la fiesta que nadie recogería ese día. El viento fresco de la madrugada arrastraba los papeles y se arremolinaba en los rincones.

La luz reverberaba alta en los edificios cuando una figura tambaleante llegó hasta la casa tapiada, sacó un colchón semioculto en el balcón, lo tiró bajo un pretil, se tapó con una colcha deshilachada, para protegerse de la luz más que nada –¡cómo se extrañaban los árboles!– y se arrebujó pensando que era primero de enero, que haría mucho calor ese día, y que pese a todo su felicidad era completa, llana, sin nubarrones a la vista. Para el Papi el año no podía haber comenzado mejor. El barrio ex-

hausto, ahíto, palpitaba suavemente en la mañana deshabitada, recuperaba fuerzas, refugiados sus habitantes en las penumbras de cada casa, de cada dormitorio, de cada zaguán. El sol, rotas sus amarras, navegaba ahora en un azul infinito, ascendía en la vasta oquedad de un tiempo monótono, cálido, interminable.

Impreso y encuadernado en ZONALIBRO
San Martín 2437 - Tel. 2208 7819 - E-mail: zonalibro@adinet.com.uy
Dep. Legal Nº 369.972 / 16 Edición amparada en el decreto 218/996 (Comisión del Papel)
Agosto de 2016

Otras publicaciones de
RUMBO EDITORIAL

Agua enjabonada
Elder Silva

Mítico Passo Fundo
Roberto Quintana

Roto
Franklin Rodríguez

La urdimbre y la trama
Margarita Heinzen

Arena de reloj
Marita Cabrera

Viralata
Fabián Severo

El muro
José Luis González Olascuaga

Mima Kumba
Susana Andrade

Zitarrosa. Apuntes para una biografía
Daniel Mañana

Zurdo
Yamandú Gillman

General Óscar Petrides Belisario
Giselle Petrides

Historias en las grietas
Gustavo Martínez

Operación Viento Sur
Daniel Brown

El expediente
Miguel Cherro

Con abundante lenguaje coloquial, absolutamente creíble y bien manejado, Barboza ha creado una de las más entrañables y cercanas entregas de la última narrativa uruguaya.

Son nuestros corazones que andan por las calles, nuestros conflictos, incertidumbres, debilidades y pobrezas. Que el espejo presente imágenes por momentos desagradables, no parece achacable al autor.

Despojados de la moralina y la hipocresía, desnudados magistralmente en su carnadura más humana, estos sobrevivientes se parecen peligrosamente a nosotros.

Prof. Lauro Marauda



